

erskine
caldwell

*una tarde,
un verano*

se

Lectulandia

Esta es la región que Erskine Caldwell conoce mejor. Tennessee, donde los caballos son criados con esmero y donde se abandona la prole humana poco menos que a su suerte. Tennessee, donde el color de la piel y el padre que se tuvo determinan el sitio en el establo y el puesto en la sociedad. Grover Danford detenta aquí una posición privilegiada. Su finca de jacas domina la ciudad de Wolverton. Acaudalado y próspero, se permite ofrecer a Madge, su esposa, costosos regalos, ignorando los cuchicheos de la ciudad con respecto a las frecuentes idas y venidas que ella hace a Nashville, o los murmullos de la servidumbre sobre la ausencia de herederos en su casa... A Jim, administrador de la finca, también le corresponde su puesto. Sabe cómo manejar a los pobres blancos que trabajan para él, a esos hombres ufanos e irritables que con tanto celo preservan el estrecho margen de superioridad sobre los negros que les da el color de la piel. Además, se hace respetar de los negros. Es que éstos saben igualmente dónde encajar en el trazado de las cosas... esto es, abajo. ¿Pero cuál es el puesto que ocupa Jeff, con su piel trigueña y su cabello oscuro y ondulado, cuyos compañeros de juego negros lo insultan con pullas alusivas a su «papá blanco»? ¿Quién creerá que él estaba renuente aquella tarde en el cobertizo, cuando una mujer blanca lo obligó a hacer el amor con ella? ¿Quién lo protegerá cuando el esposo de ésta jure vengarse? ¿Adónde podrá ir si los negros no se le acercan y si los blancos quieren despedazarlo?...

Lectulandia

Erskine Caldwell

Una tarde, un verano

ePub r1.1

Titivillus 03.07.16

Título original: *The Weather Shelter*

Erskine Caldwell, 1969

Traducción: Jaime Tello

Editor digital: Titivillus

Fotografía de cubierta: *Louisiana Negress* (July 1937)

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

I

La finca Danford para crianza y entrenamiento de *ponies*, donde padre e hijo habían criado Shetlands durante los últimos cuarenta años, tenía varios centenares de acres de suaves colinas onduladas y fértiles valles cerca de la región que por generaciones la gente había llamado el borde occidental de la meseta de yerba azul.

La localización de la extensa finca Danford no quedaba lejos de la curva del río donde viraba abruptamente abajo del borde rocoso de las tierras altas y seguía su curso luego más abajo serpenteando por entre campos y bosques. Era la única finca de su clase en el Condado de Wolver aunque había numerosas otras fincas dedicadas a la lechería en esa región de abundantes tierras de pastoreo.

No había ciudades grandes cerca, con excepción de Nashville y Memphis, aunque Jackson para entonces estaba creciendo rápidamente cuando gentes desilusionadas de esa parte del país abandonaron sus pequeñas granjas agrícolas que no daban rendimiento en la esperanza de poder conseguir una mejor manera de vivir en la ciudad, y la población más cercana, que era Wolverton, quedaba a poco más de una milla de la finca Danford.

Durante los últimos cuarenta años había habido pocos cambios en la población de Wolverton de unos mil blancos y otros tantos negros. Como algunos decían al explicar por qué la población de Wolverton se había mantenido más o menos igual por tanto tiempo, si uno se iba de Wolverton para vivir en alguna otra parte, se sentía siempre tan lejos del terruño para sentirse cómodo que pronto tenía que volver, y si alguien extraño llegaba allí a vivir, no pasaba mucho tiempo antes de que le pusieran una camisa de fuerza y lo llevaran al asilo de locos.

Wolverton era el pueblo donde vivían algunas de las personas que trabajaban para Grover Danford en la finca de *ponies* o que habían trabajado para el padre de Grover muchos años atrás y estaban ahora retirados. La mayoría de los restantes que allí vivían eran dueños de pequeñas granjas agrícolas cercanas o tenían empleos en la fábrica de alimentos para ganado o en la gran planta fabricante de mantequilla y queso.

La principal sección de negocios de Wolverton tenía sólo tres cuadras. El banco y la oficina de correos quedaban en el extremo oriental de la Calle Unión, situados en esquinas opuestas, y las grandes iglesias de ladrillo, una Bautista y Metodista la otra, con blancas torres altas quedaban en las esquinas del extremo occidental. En el centro de la población estaba la corte del Condado de Wolver, un gran cubo de piedra gris coronado por su antiguo campanario y el más alto palomar en Wolverton. Además de

una farmacia, un salón de billares, una pescadería, y el Crystal Palace Café, a lo largo de las tres cuadras del sector comercial de la Calle Unión, había numerosos almacenes pequeños de ferretería, abastos, ropa, y de variedades.

Abajo, al lado de la línea férrea en el distrito negro de calles de tierra y cabañas de madera y ranchos de cartón, que la gente que vivía allí llamaba Media Vida porque decían que era un lugar donde uno podía sufrir tanta hambre que se sentía medio muerto y medio vivo, había varias iglesias de madera sin pintar, una escuela pública de seis grados en pésimo estado de conservación y unas cuantas tiendas de víveres y carne.

La élite de la población vivía en un distrito residencial, un agradable barrio de blancos situado muy arriba de Media Vida, con casas modernas de ladrillo y estuco, bien cuidados prados y jardines, y aceras y calles pavimentadas donde prósperos abogados, médicos, hombres de negocios y unas cuantas viudas ricas tenían sus casas y jardines.

Apretadamente construido y con casas en su mayoría de un solo piso para ricos y pobres, Wolverton había sido fundada en la falda al borde de la meseta de yerba azul, y casi toda la gente que vivía allí tenía a la vista millas y millas de cercas de madera pintadas de blanco reluciente que rodeaban completamente la finca Danford y dividían los numerosos potreros, campos de heno, comederos, y picaderos para entrenar los *ponies*. En el centro de la finca estaba la mansión Danford sobre una colina, un imponente punto de referencia por casi medio siglo, y un poco más abajo de la blanca mansión con sus paredes de caballete estaba la bien ordenada aglomeración de establos y graneros.

Variando en color de alazán y roano y castaño a negro reluciente y gris moteado, los potros Shetland de rubias crines y largas colas eran a menudo vendidos en lotes de diez, quince, o más a mayoristas y despachados por tren o camión a vendedores al detalle a sitios tan distantes como Chicago y Boston. Sin embargo, frecuentemente se vendían en números menores a dueños de pequeñas concesiones de *ponies* en ferias y carnavales y parques de diversiones en varios lugares del país.

Año tras año los *ponies* de Danford se habían vendido muy bien, y los compradores, especialmente los operadores de *ponies* para que montaran los niños que andaban preocupados por los accidentes que pudieran ocurrir a los pequeños y por las demandas legales resultantes y que deseaban tener Shetlands bien entrenados y dóciles, pagaban con gusto lo que les pidieran. Y casi cada año algunos entrenadores de animales venían a seleccionar varios de los potros de Danford para llevarlos y entrenarlos para que actuaran en circos con perros y monos y payasos.

La venta más agradable, sin embargo, era cuando los padres traían a su pequeño a la finca para escoger un *pony*. Cuando esto sucedía, el capataz y los mozos del establo no estaban siempre muy seguros de no dejar escapar una lágrima cuando le daban una palmada en las ancas a modo de despedida al *pony* que se llevaban. Y en cuanto al propio Grover Danford, siempre conmovido por la excitación y el anhelo de

un niño o una niña, prácticamente regalaba el *pony* en ocasiones así.

El capataz, Jim Whittaker, y los mozos de establo juraban que todos los caballos grandes de silla y los padrotes de la finca relinchaban y pateaban el suelo cada vez que enlazaban un *pony* y lo llevaban por una rampa a un tráiler y lo transportaban a vivir en alguna parte lejana del país.

Los briosos caballos de silla, que parecían gigantes al lado de los diminutos Shetlands, eran los que Grover y Jim Whittaker montaban cuando salían a inspeccionar las cercas y a clavar las tablas sueltas o cuando rodeaban las yeguas y potros de los potreros a los picaderos. Los caballos grandes tenían muy poco trabajo adicional en los meses calientes del año. Sin embargo, había muchas ocasiones en los meses de invierno cuando había que ensillarlos de prisa, a veces en medio de la noche, para rodear a los Shetlands y llevarlos bajo cubierta en los establos cuando había un cambio inesperado de tiempo o una tempestad inmediata de nieve o cellisca.

II

Grover Danford, un hombre alto, macizo, de cabellos castaños y amables maneras, y dueño único de la finca de *ponies* por herencia, estaba aproximándose a los cuarenta cuando finalmente se casó después de varios años de soledad después de la muerte de Kathlee.

Después del matrimonio, Grover y su esposa, Madge, vivían en la blanca mansión de tres pisos y numerosas habitaciones que había sido construida por el padre de Grover en la más alta colina de la finca. Entre las primeras exigencias que Madge había hecho tan pronto como se hubieron casado era adquirir un automóvil costoso para ella, y tenía que ser un convertible deportivo pintado de un especial color rojo que ella escogería.

Grover estaba profundamente enamorado de Madge y afanosamente le daba cualquier cosa que ella quisiera. Aparte del convertible rojo, ella dijo que quería que le abriera una cuenta ilimitada de gastos en varios almacenes de Nashville y que le diera el primero de cada mes una mesada, cuyo monto ella determinaría de tiempo en tiempo.

Él había conocido a Madge por sólo un corto tiempo antes de casarse. Se habían conocido en un baile de exalumnos después de un partido de fútbol en la universidad en Knoxville y, después de una franca insinuación de Madge cuando descubrió que él estaba lejos de ser pobre, la boda tuvo lugar unas pocas semanas después en casa de los padres de ella en Nashville. Aunque él había tratado de ser paciente y considerado desde el primer momento, Grover no podía evitar sentirse cada vez más perturbado y se preguntaba si ella lo quería lo bastante para ser su esposa.

Para empezar, Madge no sólo había rehusado el viaje de luna de miel a Nueva Orleans o Miami Beach, o a cualquier otra parte, dando como excusa que no podría viajar porque estaba siguiendo un tratamiento con un médico de Nashville que no podría interrumpir, sino que firmemente había establecido la regla de que no habría la acostumbrada primera noche de bodas en casa por la misma razón. Había dormido en una alcoba separada desde entonces y esto era tanto más frustrante para Grover pues siempre se las había arreglado para tener una excusa para no dormir con él incluso antes de casarse. A veces decía que tenía resfriado o un terrible dolor de cabeza, o su excusa era que tenía dolor de espalda o alguna otra dolencia física que la incapacitaba.

Rubiamente hermosa, delgada, vivaz, delicadamente femenina en apariencia, sin llegar aún a los treinta, Madge Danford frecuentemente se ponía inquieta y rápidamente se enfurecía y se quejaba ruidosamente de que se aburría en la casa sin las fiestas y almuerzos y demás vida social de la ciudad. Pronto se le volvió un hábito dejar la casa, a menudo sin decirle una palabra a Grover y a veces aun en plena media

noche, y conducía su carro rojo llameante a Nashville donde se quedaba por una semana o más.

Una vez a media noche Grover había seguido a Madge desde la casa a la carretera cuando ella se iba a Nashville.

«Por favor no hagas eso, Madge», le rogaba mientras estaba junto a la puerta del carro. Ella había arrancado ya el motor y estaba acelerándolo ruidosamente. «No te vayas así, Madge. No me dejes. Quédate aquí conmigo».

Echando atrás la cabeza, le soltó una carcajada.

«¡Yo! ¡Mí! ¡Conmigo! ¡Eso es todo lo que te importa! ¡Tú mismo! ¡Egoísta!».

«Pero es que no quiero que te vayas sola así a media noche, Madge. Es peligroso. Escúchame. Algo podría pasarte en la carretera a esta hora de la noche. Aguarda hasta la mañana. Por favor, Madge».

«¡Ya veo! ¡Crees que puedes retenerme aquí si me asustas lo suficiente, y que yo me iría luego contigo a la cama!».

«Claro que eso es lo que quiero, Madge. ¿Es que nunca lo deseas? ¿No piensas hacerlo? ¿Después de todo este tiempo? Cuando te pedí que te casaras conmigo...».

Ella rió de nuevo. «¿Y era para eso para lo que querías casarte conmigo?».

«Bueno, eso es parte de la razón, Madge. Te quiero y...».

«Si te sientes tan triste, voy a ayudarte, Grover. Te diré lo que debes hacer. Regresa a la casa y métete en la cama. Tápate bien luego con las cobijas y cierra los ojos y duérmete y tal vez te sueñes con lo que quieres hacer».

Con un aleteo de la mano y un rugido del motor, se perdió en la noche. No regresó esa vez por más de una semana.

III

Grover había mandado hacer una elaborada carreta de mimbre en Kentucky especialmente para Madge poco después de casarse, y le había dicho que podía escoger cualquier *pony* para ella. También, fue entonces cuando le explicó que había mandado hacer la carreta lo suficientemente grande para que uno o dos niñitos cupieran también. Como de costumbre, Madge se le había reído en la cara por sugerir que quería que tuviera bebés y le dijo que pasear en carreta de *pony* era una idiota idea campesina y que ella estaría mucho más contenta yendo a fiestas y jugando *bridge* con sus amigas en Nashville.

La linda carreta, sin usar siquiera una vez en todo ese tiempo, se mantenía limpia y reluciente bajo un toldo en un sitio especial en uno de los graneros. Siempre esperanzado de que Madge cambiara de opinión, Grover se preocupaba de que los ejes estuvieran siempre bien engrasados y nunca había huella de orín en parte alguna del carruaje. Y cuando quiera que lo miraba e imaginaba que podía ver a Madge con sus niños montando en él, siempre recordaba la única vez en sus vidas cuando creyó que Madge iba al fin a ceder y dejar que le hiciera el amor.

Había sucedido una cálida noche de verano mientras paseaban por el jardín. Habían dejado la casa después de la cena y salido al crepúsculo, mientras las luces de la calle en Wolverton comenzaban a titilar en la noche perfumada. Nunca había logrado recordar de lo que habían estado hablando, pero sabía que nunca olvidaría la forma en que Madge de repente le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó apasionadamente con los labios bien abiertos. Era la primera vez que ella hacía nada por el estilo y él se preguntaba si una perfumada noche de verano y una rosa roja la habrían impelido a ser afectuosa y amorosa. Lo que él había hecho un poco antes había sido sacar su cortaplumas del bolsillo y cortar una rosa roja de una de las plantas. Después de cortar cuidadosamente las espinas, se la había dado sonriendo pero sin decir una palabra. Fue entonces cuando ella de repente lo abrazó y lo besó tan apasionadamente.

Él la estaba estrechando tan cerca de su cuerpo que podría sentir los latidos de su corazón y entonces ella empezó a sollozar y puso su mejilla apretada contra su rostro. «Grover... Grover...», murmuró ella.

«¿Qué te pasa, Madge?», preguntó él. «Dímelo. ¿Por qué lloras así? ¿Qué anda mal?».

Ella apretó los brazos en torno a su cuello.

«Deseo tanto quererte, Grover», sollozó ella con un temblor en el cuerpo.

Sintiendo el calor de sus lágrimas en el rostro, él la acarició para tranquilizarla.

«Podemos amarnos, Madge. Así es como debe ser».

Ella contenía el aliento una y otra vez.

«Lo deseo... lo deseo... lo deseo tanto Grover», dijo ella excitadamente. «No sabes cuánto deseo amarte... créeme... tienes que creerme. Nunca vayas a pensar otra cosa... no importa lo que pase. Puedo sentir ahora cuánto te quiero... cuánto de veras lo deseo. Sé que está aquí... lo siento aquí dentro. Y eso es lo que me hace llorar... sólo pensar en ello. Pero tengo que irme... no puedo quedarme... no puedo evitarlo. He llorado por eso desde que nos casamos... y yo no quería que supieras que he llorado tanto... no quería que lo supieras. Pero ahora me diste esta rosa. Y entonces no pude evitarlo. Me hizo tan feliz que lo hicieras... sé que lo hiciste porque me quieres. Lo sé... lo sé... Pero ahora quisiera que no lo hubieras hecho. Me hace sentir tan triste. Tan infeliz. Y por eso es que no puedo evitar llorar. Me siento tan avergonzada. Ojalá... ojalá... ¡Oh!, cómo quisiera poder ser diferente... aunque fuera por un ratito... y no como soy... eso es lo que me pone tan triste, ¡tan infeliz! ¡Grover! ¡Grover!».

«No hables así, Madge», dijo él con ternura. «Quiero que siempre sepas cuánto te quiero... más de lo que podría decirte. Ahora no puedes sentirte triste y desgraciada, ¿verdad, Madge? ¿No se te ha pasado ya esa sensación? Por favor, dime que nunca volverás a sentirte así».

El cuerpo de ella se tensó entre sus brazos.

«Grover...».

«¿Sí, Madge?».

Él podía sentir el calor de sus mejillas húmedas de llanto oprimidas contra su rostro.

«No me odies, Grover. Por favor. No puedo evitarlo. Dios sabe que es la verdad. Simplemente no puedo evitarlo. Así es como soy. Si pudiera amarte como quiero... como tú quieres que te ame... ¡como debería ser! Eso es lo que quiero... y no puedo... ¡no puedo!».

«No te preocupes así, Madge», le dijo calmándola. «Todo va a ir muy bien de ahora en adelante. Veremos que así sea».

«¡No! ¡No! No podrá ser... no puede ser... ¡y no puedo evitarlo!», sollozó ella casi indistintamente. «Tiene que ser así... ¡nada podrá cambiarlo!».

Él la levantó en vilo y la llevó en sus brazos desde el jardín y a través de la ancha veranda y a la casa. Llorando suavemente con su rostro bañado en llanto pegado al suyo, ella se le apegaba desesperadamente mientras cruzaban el *hall* y hasta que llegaron al tope de la escalera. Allí, casi junto a la puerta de la alcoba de Madge, ella de súbito aulló histéricamente y le clavó las uñas en el rostro tan dolorosamente que tuvo que ponerla en el suelo.

Mientras ella corría a la puerta de su alcoba, podía sentir cómo la sangre le corría por el rostro y el cuello y trataba de limpiársela mientras se mantenía paralizado y confuso por su conducta.

«Por favor, Madge», suplicó. «Hemos esperado todo este tiempo. No me hagas esperar más. Te adoro... tú lo sabes... y te quiero tener ahora, Madge».

«¡No entres en mi alcoba!», le había gritado ella angustiada, como una niña aterrorizada. «¡Déjame en paz! ¡No me toques! ¡No te acerques!».

«Si espero un poquito, ¿no me abrirás la puerta entonces, Madge?».

«¡No! ¡No puede ser! ¡No puedo dejar que lo descubras! ¡Nunca! ¡Nunca!».

IV

Ni una palabra se dijeron a la mañana siguiente sobre lo que había sucedido la noche anterior y el asunto nunca se mencionó desde entonces. Sin embargo, no importaba cuántas veces Grover había pensado sobre lo que había sucedido, nunca logró hallar una explicación satisfactoria de la violenta reacción histérica de Madge a la puerta de su alcoba tan poco después de que lo había estado abrazando y besando tan afectuosamente.

Al principio había sospechado que estaba enamorada de otro hombre, pero cuando finalmente le preguntó directamente y le pidió que le dijera la verdad, su negación fue tan enfática y convincente que él ya no sospechaba que ella le fuera infiel. Desde esa noche al pie de la puerta de su alcoba él había estado aguardando pacientemente, y siempre esperanzado, que le diera la más leve indicación de que ya no seguiría resistiéndose, y el momento más triste de todos era cuando se iba de repente en uno de sus frecuentes viajes a Nashville.

Una vez cuando Madge dejó la casa en su convertible rojo, y sin siquiera un aleteo de la mano a Grover al irse, Jim Whittaker se quedó mirándola con un solemne sacudir de la cabeza hasta que el rugiente automóvil rojo desapareció de la vista.

Jim, que tenía un poco más de cincuenta años entonces y tenía cuatro hijos e hijas que ya se habían casado y se habían ido, era un jinete alto, de rostro encendido con ojos azul pálido y pelo oscuro encaneciendo. Después de terminar el último año en la escuela pública de Wolverton, que entonces sólo llegaba hasta el segundo grado, Jim había venido a trabajar como mozo de establo a los trece años para el padre de Grover, y había conocido a este desde la mañana de su nacimiento en la gran mansión blanca de la colina. Desde el día en que Jim lo había sostenido cuidadosamente montado en un *pony* por primera vez, y le había enseñado a palmear el cuello del *pony* con una mano y a mantener las riendas firmemente con la otra mano, todo cuanto Grover había aprendido sobre la cría y entrenamiento y cuidado de los Shetlands se lo había enseñado Jim Whittaker a lo largo de los años.

«Grover», le había dicho Jim mientras estaban de pie en el picadero largo tiempo después de que el carro de Madge se había perdido de vista esa mañana, y mientras ambos seguían contemplando la serpenteante carretera, «Grover, todavía no tienes una mujer que se porte como una esposa contigo después de aguardar tanto tiempo para casarte. Es una verdadera vergüenza, y no me gusta nada. Cuando una mujer se casa, hay un lugar especial para ella, y esa con que te casaste no lo ocupa. Esa no es manera de tratar a un hombre con quien se ha casado... yéndose a quedarse quién sabe cuánto tiempo y sin siquiera tomarse el trabajo de volver la cara al irse. Es algo odioso hacer eso. Claro que no es cosa mía, y soy el primero en admitirlo, pero si me oyes, muchacho, la próxima vez que la tengas aquí en casa, agárrala, y levántale el

vestido, y arráncale las pantaletas y dale unas nalgadas hasta que ese trasero se le ponga tan rojo como ese carro que maneja».

«Tal vez ella cambie antes de mucho, Jim».

«No veo señas de que quiera cambiar de modo de ser, muchacho. Tal vez tú lo veas, pero yo no. Ella se va a Nashville, o a donde sea que se va, cada vez con más frecuencia. Y eso no es bueno. Cuando a un hombre le entran las ganas y quiere a su mujer, y ella no aparece por toda una semana...».

«He aguantado tanto... que puedo aguantar un poquito más».

«Ya sé que has estado aguantando. Pero ¿cuánto puede aguantarse uno y aguantar aunque esté seguro de poder conseguir lo que ha estado esperando? Déjame decirte una cosa, muchacho. No es natural que un hombre se case y luego tenga que mantenerse aguantando las ganas por Dios sabe cuánto tiempo».

Sacudiendo la cabeza y sin decir nada más, Grover se dio vuelta y caminó lentamente hacia el establo. Jim dudó por un momento y luego lo siguió.

«Anda y dime que me calle el pico, si quieres. Pero si no lo haces, voy a seguir preocupándome y quejándome».

Grover no había dicho nada todavía cuando Jim lo alcanzó.

«Bueno, yo sé por qué querías casarte con ella para empezar, muchacho. He visto bien lo bonita que es para darme cuenta. Es linda de verdad. Pero ¿por qué diablos se casó contigo y luego se da vuelta y actúa de ese modo? ¿Era sólo para casarse con un hombre rico y gastarse tu plata y nada más?».

«No lo sé, Jim, no lo sé».

«Bueno, eso es lo que me preocupa. Porque se trata de ti, y no puedo dejar de preocuparme. ¿Se porta como una real hembra en la cama, quiero decir cuando está aquí y no se ha largado quién sabe adónde diablos por una semana o más? Si no se porta extra bien en la cama cuando el negocio es cuando más importa..., carajo, muchacho, si no lo hace, esa bicha no vale una moneda de latón. No pretendo ser experto en muchas cosas... pero cuando se trata de amarrar una yegua para que el padrote la monte...».

Jim había seguido a Grover hasta la puerta del establo y luego no siguió cuando Grover entró y desapareció. De pie junto a la puerta, esperó lleno de expectativa a que Grover dijera algo. Después de un largo silencio, Jim lo llamó.

«No sé si puedes oírme desde ahí».

«Te puedo oír».

«Bueno hay otra cosa...».

«¿Qué es?», preguntó Grover.

«Bueno, tal vez no debiera...».

«Anda y dilo».

«Bueno, yo sé que no es cosa mía, pero no puedo contenerme, y tengo que decirlo».

Hubo una larga pausa mientras Grover esperaba oír lo que Jim diría.

«Estoy escuchando», Grover dijo.

«Has estado casado con ella por más de dos años ya, y no veo todavía señas de muchachitos en esa casota con todos esos cuartos vacíos. No debía ser así, no puedo dejar de pensarlo todo el tiempo. Todo hombre quiere tener un hijo. Es natural que un hombre quiera tenerlo... o bien se transa por una hija si no puede tener un hijo la primera vez. Y pronto llegará el hijo si ensaya bastantes veces. De todos modos tú naciste aquí para que tu papá te pasara esta finca y tú sabes que debías tener un hijo para lo mismo. No querrás que esta linda finca sea puesta en subasta cuando te mueras y venga a caer en manos de algún idiota que no sabe distinguir entre una cincha y una grupa. Ah, no, ¡carajo! Ahora, si conozco a las hembras como creo, cuando ella vuelva de Nashville, tráela aquí al establo y yo...».

«¿De qué diablos estás hablando, Jim?».

«Aguarda. Voy a acabar lo que estaba diciendo. La traes aquí al establo y yo entonces traigo a *Mr. Pepper* o a *Showboy* y la próxima yegua que le toque, que será *Gypsy Girlee* o *Lady Pauline*. Ya miraré la lista de turnos y decidiré todo de antemano. Entonces tú la mantienes aquí todo el tiempo —aunque tengas que amarrarla— y te apuesto el mejor par de botas en el almacén que no podrá evitar sentirse una real hembra después de que vea lo que va a ver. Y tampoco le tomará mucho tiempo, si es que tiene algo de mujer. Sé lo que estoy diciendo, muchacho, porque todavía me acuerdo cómo se puso mi mujer cuando la llevé la primera vez al puesto de monta. Haz lo que te digo y descúbrelo por ti mismo. No hay mejor cura en todo el mundo que ésta para una mujer que se resiste».

CAPÍTULO 2

I

El puesto de monta, establos, graneros, y talleres de la finca Danford, todos alegremente pintados en un tono tradicional de rojo vivo con bordes blancos que siempre parecían recién pintados no importaba qué tan oscuro y lóbrego fuera el tiempo, habían sido construidos en un conjunto en forma de herradura en un amplio terraplén al este de la imponente mansión blanca. En el centro de todo había numerosos potreros, y más lejos el picadero ovalado. Al oeste del grupo de edificios, a unas doscientas yardas y situados bien separados a ambos lados del rápido torrente llamado Saddle Creek, había un número de pequeñas cabañas blancas donde Jim Whittaker y Mike Devlin y algunos otros trabajadores casados vivían.

Junto al límite sur de la finca cercada de blancas estacas, y a poca distancia de la vía férrea y a una media milla de las cabañas de madera dañadas por la intemperie en el distrito de Media Vida de Wolverton, había un gran pozo de agua dulce que se llenaba hasta el borde por varios manantiales que nunca se secaban, ni siquiera en las peores sequías de verano.

También no lejos de la frontera sur, y dentro de unas cien yardas del pozo, había un albergue de techo de madera que había estado allí por muchos años y que estaba siempre bien suplido de alfalfa y otras yerbas forrajeras recién embaladas. Tres lados del albergue estaban protegidos con muros de madera pintados de blanco. El otro costado se había dejado abierto para ofrecer una amplia entrada para los *ponies* y, para la protección de potrillos excitados que entraban y salían galopando, todas las columnas cuadradas estaban cubiertas de estopa. Y como todos los otros edificios de Danford, el albergue tenía un pararrayos sobre el pendiente techo.

El pozo se había casi rodeado de un grupo de encinas jóvenes y sauces y enredaderas de madreSelva y no se había usado para dar de beber a los *ponies* desde que se habían instalado una torre con un tanque y una serie de abrevaderos cerca de los establos y potreros. Sin embargo, el albergue continuaba siendo sitio favorito de reunión para cada nueva generación de potrillos ya que ofrecía sombra cuando el sol de verano era ardiente y un techo cuando había un aguacero torrencial con tormenta.

Como había sido costumbre desde la época cuando el padre de Grover, George Danford, empezó a criar y a vender *ponies*, los muchachos de Wolverton, cuando tenían nueve o diez años, tanto blancos como negros, eran contratados y se les pagaba un salario semanal para ayudar a entrenar los Shetlands jóvenes primero a que se acostumbraran a la jáquima y luego a aceptar silla y bridas sin asustarse ni corcovear.

Después de un período de entrenamiento preliminar, los muchachos cabalgaban

en los potreros y el picadero hasta que los Shetlands jóvenes se acostumbraban a la silla y al jinete y eran considerados por Jim Whittaker como suficientemente entrenados, o amansados, como decía Jim, de modo que niños muy pequeños podían montarlos sin peligro. Era una especie de ceremonia de grado cuando se permitía finalmente a *pony* y muchacho dejar los potreros y galopar a su gusto por los campos sin la supervisión de Jim Whittaker o de algún otro. Lograr esta libertad de correr por los campos por vez primera era siempre un excitante evento en los establos. Y cuando el muchacho regresaba del galope, los otros muchachos lo rodeaban envidiosos y lo observaban mientras desensillaba el *pony* y le limpiaba el sudor de la silla y le peinaba la larga cola y la rubia crin.

Con excepción de unos pocos, generalmente muchachos que temían ser pateados, o derribados y pisoteados por los potrillos, la mayoría de los muchachos de Wolverton estaban siempre ansiosos de ayudar con el entrenamiento y habrían trabajado gustosos gratis por tener ese privilegio. Algunos de los muchachos lloraban y suplicaban que se les permitiera seguir montando los Shetlands cuando Jim Whittaker, después de colocarlos en la báscula de *jockey*, tenía que decirles que habían llegado al peso límite de ochenta libras, y les explicaba que le dañarían el lomo al *pony* llevando cualquier peso adicional.

«Mr. Jim, por favor, no me quite el derecho a montar», era una frecuente súplica de un muchacho lloriqueante. «Si sólo peso un poquitico más que la semana pasada. Casi nada. Usted puede verme, ¿no se da cuenta? Ese poquito no hará mucha diferencia, ¿verdad, Mr. Jim?».

«Lo siento, hijo», decía Jim. «Sé cómo te sientes, pero no puedo evitarlo. Esa es la regla y hay que cumplirla. Y tú no querrías ver a este lindo *pony* con el lomo hundido o las piernas combadas por el resto de su vida, ¿verdad?».

«Pero, Mr. Jim, si vuelvo la semana entrante y no peso demasiado, ¿entonces me deja volver a montarlo?».

«No hijo. Esto es definitivo. Pero quizá algún día puedas ser un *jockey* y montar caballos de carreras».

«Yo no quiero montar un caballo grande... quiero montar un *poney* Shetland».

Y sucedía a veces que padres quejosos venían al establo y culpaban a Jim Whittaker de que sus hijos estuvieran ayunando hasta matarse de hambre y retrasando su crecimiento en un esfuerzo por mantenerse bajo peso y poder continuar montando los *ponies*. Otros padres se habían quejado, y algunos incluso se habían puesto furiosos e insultantes, cuando Jim Whittaker no le daba a un muchacho un trabajo por ser demasiado grande y pesado para su edad de nueve a diez años. Cualquiera que fuera la queja, sin embargo, Jim decía que era su oficio entrenar y proteger los *ponies* y no criar los muchachos de otras gentes.

Y en cuanto a un muchacho no se le permitía seguir montando después de haber sido pesado en la báscula de *jockey* y se le había dicho que había llegado al peso límite, no era raro que regresara una y otra vez a los establos y se sentara triste en la

cerca del potrero, llorando, mientras un muchacho más pequeño acariciaba y ensillaba un *pony* y luego lo montaba dando vueltas por el picadero. Cuando ya no podía soportar la angustia de verlo, se volvía a su casa como si ya no tuviera ninguna razón para seguir viviendo.

Cuando uno de los chicos, Jeff Bazemore, un negro de piel extraordinariamente clara y ondulados cabellos castaños que tenía doce años, de repente creció y aumentó de peso de la noche a la mañana, se puso tan lacrimoso y desesperado cuando bajó de la báscula que Jim Whittaker mismo tuvo que enjugarse una lágrima. El muchacho cuarterón, que en apariencia física era obviamente la segunda generación de una mezcla racial, había estado ayudando con el entrenamiento en las tardes después de salir de la escuela y todo el día en el verano durante los últimos tres años. Conocía tan bien los métodos de manejar los Shetlands, aparte de ser tan cuidadoso y considerado con ellos, que el capataz le había estado permitiendo dar instrucción de rutina y consejo a los muchachos que venían a cabalgar por primera vez.

Jeff Bazemore vivía en la sección de Media Vida de Wolverton con padres adoptivos, Mary y Pete Lawson, que tenían tres hijos propios de más o menos la misma edad que Jeff, por lo que éste se consideraba huérfano. Pete Lawson era un inválido, pues había perdido una pierna en un aserradero cuando era joven, y recibía un mísero sueldo como portero a medio tiempo en el tribunal de Wolver Country. La mujer de Pete lavaba y planchaba en su casa para varias familias blancas. En cuanto a Jeff, siempre entregó el dinero que ganaba en los establos a sus padres adoptivos —y Grover Danford se había ocupado de que se le pagara mejor que a los otros chicos. Jeff había sido adoptado y criado por los Lawsons y todo cuanto sabía de su propia madre era que había sido maestra y la habían matado a bala cuando él tenía pocos meses de nacido.

El hombre que había matado a la madre de Jeff con dos descargas de una escopeta era un negro que pretendía ser barbero pero que en realidad se dedicaba a actividades ilegales y la había seguido de Memphis a Wolverton cuando descubrió que estaba viviendo allí y que enseñaba en la escuela para negros. Justamente antes de morir en el porche de la casa de los Lawsons donde había vivido como pensionista por casi dos años, ella le dijo a Mary Lawson que el hombre que le había disparado había estado tratando de convencerla por mucho tiempo de que se fuera a vivir con él en Memphis y que le diera el dinero que obtuviera de otros hombres y esta vez le había dicho que la mataría si seguía rehusando hacer lo que le exigía.

Después de la muerte de su madre, se hallaron cartas de parientes que vivían en Tupelo en su alcoba, pero para entonces ya había sido enterrada en el cementerio detrás de la Iglesia Episcopal Metodista Africana en Wolverton. La adopción de Jeff por los Lawsons fue aprobada por el tribunal poco después del entierro, y cuando Pete Lawson le pidió la cuenta al empresario de pompas fúnebres, que era también negro, éste le contestó que ya la cuenta había sido pagada por alguna otra persona.

Siendo de color más claro que cualquier otro de los chicos de la escuela y de la

calle donde vivía, y como tenía pelo castaño que era ondulado y no rizado, Jeff Bazemore había tenido que soportar las pullas de chicos y chicas mayores desde su más tierna edad por no ser negro como ellos y por no tener un pelo como el suyo. Nunca se había sentido avergonzado de ser lo que era, pero a menudo se había preguntado por qué no era como los otros chicos de Media Vida.

Después de oír una de las coplas que le cantaban los otros chicos mayores, Jeff finalmente le preguntó a Mary Lawson por qué se burlaban así de él.

Mary había oído la copla, también, y todo cuanto pudo decirle era que su madre estaría orgullosa de que fuera así y que nunca debía lamentarlo, en recuerdo de ella. Jeff había oído esa copla tan a menudo que podía repetirla palabra por palabra.

*¡Eh! ¡Eh! ¡Negrito! ¡Negrito!
¡Muéstrame tu cara!
¡A ver cómo tu papá blanco
Hizo una nueva raza!*

«Mamá Mary, ¿por qué se la pasan cantándome eso?», le había preguntado. «Yo no tengo papá —un papá de verdad. Soy huérfano. ¡Tú misma lo dijiste!».

«Los chicos viven inventando cosas y se portan así, Jeff. Pero no siempre saben lo que dicen. Es una copla que han inventado sin razón. Un día inventarán otra y se olvidarán de ésta».

«Y ¿por qué la hicieron sobre mí?».

«No pienses más en eso Jeff».

«Tal vez tuve un papá blanco, Mamá Mary», insistía. «Yo no fui siempre un huérfano, ¿verdad?».

«Aguarda hasta que crezcas un poco más para pensar en esas cosas», le dijo ella evasivamente. «Eres demasiado pequeño para preocuparte por cosas así. Más tarde tendrás tiempo de sobra para eso».

«Cuando crezca más, Mamá Mary, ¿me dirás entonces por qué no soy puro negro, ni puro blanco tampoco, para saber por qué nací así?».

«Si no lo descubres por ti mismo para cuando seas grande, entonces te lo diré. Jeff. Pero tienes que aguardar y crecer primero».

Cuando Jeff creció, y su color de cuarterón se hizo más notable aun cuando estaba con compañeros de juego mulatos, lo molestaban cada vez más los chicos y chicas mayores por ser diferente y por parecer más un chico blanco que negro. Había una copla en particular que un grupo de muchachos mayores que vivían en la cuadra siguiente gozaban cantando cada vez que él pasaba cuando lo mandaban a comprar algo al almacén de la esquina.

*¡Mamá, mamá, no me vengas con cuentos!
¿Por qué me hiciste medio blanco,*

Un bastardo? dilo sin miedo

Jeff había tratado de ignorar todas las coplas que le cantaban hasta que escuchó una que lo puso tan furioso que se dio de puñetazos en varias ocasiones en el patio de la escuela. Y como los muchachos sabían lo furioso que se ponía al escucharla, durante todo el verano se la cantaban por todas partes.

*Yo tengo un hermanito
Con su pelo castaño.
Mamá dice que lo trajo
De la feria hace años
No puede ser negro y rizado,
Pero eso no le importa;
Él lo que quiere es encontrar
A su papito blanco.*

II

Para cuando Jeff tenía nueve años había dejado de jugar incluso con los tres niños Lawson en su casa, y empezó entonces a ir todos los días a los establos de Danford. Por los tres años siguientes, verano e invierno, pasaba cada hora que podía trabajando con los Shetlands y aprendiendo de Jim Whittaker cómo entrenar y cuidar a los potrillos.

La tarde cuando Jim Whittaker le dijo a Jeff que se había sobrepasado en dos libras sobre el límite de peso y no podía seguir montando un *pony*, los ojos se le llenaron de lágrimas y no pudo decir una palabra al bajarse de la báscula. Varios muchachos más jóvenes estaban ensillando *ponies* en los potreros y otro muchacho estaba ya montado en su *pony* favorito y se dirigía al picadero. Observó por largo tiempo y luego, limpiándose los ojos, regresó a la báscula.

Jim Whittaker, sabiendo por experiencia de años que los muchachos como Jeff Bazemore casi siempre pedían que los volvieran a pesar, lo estaba esperando en la báscula.

«Mr. Jim, tal vez hubo un error», dijo lleno de esperanza. «¿Por qué no pesa otra vez para asegurarnos?».

Jim asintió con el rostro. «Una vez más y eso será todo. Pero no esperes que esta vez sea diferente».

Su peso en la báscula era exactamente el mismo que la vez anterior.

«Alguna vez tenía que suceder, Jeff», le dijo Jim tratando de consolarlo. «No podía prorrogarse por más tiempo. Y ahora puedes empezar a crecer y volverte un hombre. De ahora en adelante ya no serás un muchachito».

Jeff se marchó con los hombros caídos de desilusión, mientras más lágrimas afluían a sus ojos. Cuando llegó al potrero, se sentó en la barra superior de la barda y se quedó allí mirando sin ver a los muchachos con los *ponies*.

«¡Hola, Jeff!», le gritó uno de los chicos. «¿Qué vas a hacer cuando ya no puedas montar un *pony*? ¿Vas a ser un viejo retirado de ahora en adelante?».

Él fingió no haber escuchado una palabra de lo que le había dicho el chico.

«No vas a enfurecerte y huirte de la casa, Jeff», le gritó otro chico.

Grover había estado observando desde la ventana de la oficina del establo, dándose perfecta cuenta de lo que estaba sucediendo, y salió entonces y se dirigió a la báscula.

«¿Has chequeado la báscula últimamente, Jim?», le preguntó. «¿Estás seguro de que está bien?».

«La mantengo exacta todo el tiempo, Grover. Está perfecta. Nada puede andar mal».

Grover señaló a Jeff sentado en la barda del potrero.

«Entonces tendremos que contratar a un nuevo chico para el establo, Jim», dijo. «Desde ya. Ha crecido lo suficiente para un trabajo más grande y mejor paga. Jeff trabajará aquí en los establos después de la escuela, los fines de semana, y todos los días del verano de ahora en adelante».

«¿Para qué?». Jim habló inmediatamente con un gesto de desaprobación. «¿Para qué dices eso, Grover? Yo no necesito más ayuda aquí. Todo va bien como está. Tengo suficientes ayudantes para el establo. No quiero tomarlo a él ni a nadie más. Yo soy el capataz y sé lo que necesito y lo que no necesito. Cuando necesite más ayuda aquí, yo te lo haré saber».

«Tengo mis razones, Jim», le dijo Grover calmadamente.

«¿Qué razones?».

«¡Quiero que empiece a aprender todo lo que hay que aprender aquí!».

«Yo no tengo tiempo libre que desperdiciar para eso. No es parte de mi trabajo, de todos modos».

«Entonces quiero que sea parte de tu trabajo. El chico montó y entrenó potros por casi tres años y ese fue un buen comienzo para él. Y por eso ahora quiero que le enseñes todo lo que tú sabes sobre la crianza y el manejo de los *ponies* del comienzo al final. Sería buena idea enseñarle ante todo cómo destetamos los potrillos con la mezcla correcta de melaza en su alimento de proteínas. Encárgalo de eso para empezar. Después puede aprender todas las otras cosas que haya que aprender».

«¿Por qué?», preguntó Jim sospechoso. «¿Para qué diablos? Ya te dije una vez...».

«Es porque quiero que crezca y se haga un experto tan bueno en este negocio como tú y nos ayude a mejorar la cría. Jeff tiene la edad precisa ahora para empezar a aprender todo lo que yo quiero que aprenda».

«No me gusta oír lo que me estás diciendo, en la forma que me lo estás diciendo, Grover», protestó Jim rudamente, más desagradado aún. «Qué me parta un rayo si voy a dedicarme a enseñarle a él o a nadie cómo quitarme mi empleo. Quizás yo no sepa de muchas cosas pero no soy tan bobo así. Yo he trabajado con esta cría de Danford desde que tu papá me contrató hace más de cuarenta años cuando sólo tenía yo trece, y voy a seguir haciéndolo y nadie va a impedírmelo. Y de aquí a veinte años o más seguiré siendo el capataz aquí».

«De eso no tienes que preocuparte, Jim. Ni volveremos a hablar de eso. Olvídalo. Tu empleo aquí es por toda la vida».

Jim volvió la cabeza y miró a Jeff sentado en la barda del potrero.

«Bueno, si quieres saber la verdad, eso no es todo lo que me molesta», dijo luego.

«¿Y qué otra cosa es?».

«Bueno, yo no planteé el problema. Tú empezaste todo».

Grover asintió con el rostro. «Muy bien, Jim, yo lo empecé. Ahora, anda y dime lo que está molestándote».

«Yo soy un blanco, Grover, maldita sea. Tú sabes lo que eso quiere decir. Nací

blanco y me criaron blanco y siento como blanco y no puedes ser más blanco que eso. Por eso es por lo que tengo principios de blanco y por eso es que no voy a cambiarlos a mi edad. Siendo blanco, tú tienes que entenderlo, ¿verdad?».

«Sigue, Jim. Te escucho».

«Muy bien, Te diré lo que me está molestando. Yo me entiendo muy bien con los negros en esta vida siempre y cuando trabajen para mí en la forma que yo les digo y se cuiden de lo que dicen y se mantengan en su lugar y actúen como deben actuar los negros. Por eso no me gusta nada ver que uno es ascendido al pie mío y tratado como si fuera tan blanco como yo. Eso es lo que me fastidia ver que has escogido al tal Jeff Bazemore para favorecerlo sin ninguna razón. Le has estado pagando el doble de lo que los otros chicos ganaban por el mismo trabajo y él dice que todo se lo entrega a Pete Lawson para pagar su sustento porque es huérfano. Si quieres ser caritativo con él porque es huérfano... bueno, eso es cosa tuya. Pero ahora vienes y dices que quieres ascenderlo de modo que estará al pie mío. Eso es diferente. Y eso no me gusta nada».

«No puedo evitarlo, Jim. Así es como va a ser».

«No tiene que ser. En vez de ascender a un chico de color como ese, podrías conseguirte un hijo propio —y bien blanco. Eso es lo que me la paso diciéndote. Tu padre lo hizo y ahora es tu turno. Eso es orgullo de familia. Tú sabes que deberías tener tu propio hijo a quien dejarle esta finca cuando te mueras de modo que quede en la familia, como debe ser. Tú tienes una esposa. Y debías ser lo bastante hombre para manejar una mujer. Para eso son las mujeres. ¡Qué diablos, Grover! Si yo estuviera casado con una mujer que no quiere quedarse en casa y meterse en la maldita cama y tener hijos para mí y si...».

«Mientras tanto, Jim, ¿recuerdas de lo que estuvimos hablando no hace mucho?».

«¿De qué?».

«Cuando ambos estuvimos de acuerdo en que era ya tiempo de introducir sangre nueva en la raza y mejorar la cría de los *ponies* Danford. Tenemos que mantenernos al día. Las carreras de *ponies* y las carreras con carritos se están poniendo de moda en todo el país y tenemos que estar metidos en eso con nuestra raza. Decidimos hacer algunos cruces con caballos galeses y pintos indios y quizás algunos árabes para obtener un tamaño un poquito mayor y más velocidad y algunos buenos puntos en la exhibición. He decidido que para empezar compraremos un joven padrote galés y de ahí arrancaremos. Voy a ir pronto a Kentucky y veré qué puede conseguirse».

Una amplia sonrisa se pintó en el rostro de Jim Whittaker.

«Me gusta oírte hablar así, Grover. Me hace bien porque esa es una cosa buena que hacer. Estoy de acuerdo. Tenemos que mantenernos mejorando la raza en Danford si esperamos que nuestros animales sean de primera clase, como para sentirnos orgullosos en exhibiciones y fuera de ellas. No quiero vivir para ver los *ponies* de Danford entrecruzados y degenerados hasta ser *ponies* de tercera clase. No quiero ver mi vida desperdiciada y viniendo a eso quiero una raza de primera clase y

nada más. Por eso es que soy partidario de empezar a cruzar razas para obtener *ponies* de carrera y de carritos inmediatamente».

Su sonrisa se evaporó y dio varios pasos hacia atrás.

«Pero un momento», dijo mirando a Grover a los ojos. «¿Qué tiene hacer un muchacho de color como Jeff Bazemore con todo esto? Estás mezclando dos cosas diferentes».

«Si un buen cruce de razas selectivo mejorará la raza de los *ponies* de Danford...».

«¿Qué clase de charla es esa? Si estás usando eso para argumentar lo mismo sobre el cruce de razas entre blancos y negros, no voy a quedarme aquí escuchando esa porquería de conversación. No me voy a quedar callado. ¡Qué carajo! ¡Yo no sería Jim Whittaker si lo hiciera!».

Jim se dio media vuelta y se fue sin decir otra palabra.

CAPÍTULO 3

I

La discusión entre Grover y Jim Whittaker en relación con Jeff Bazemore, que había terminado tan abruptamente cuando Jim se retiró enfurecido, había tenido lugar casi trece años después de una memorable tarde de domingo poco antes de que Grover cumpliera veinticuatro años.

Había sido el último domingo de septiembre en esa breve estación del año cuando el final del verano puede transformarse rápidamente en otoño. Siempre había sido una época del año entre estaciones cuando el tiempo en el borde de la meseta era tan cambiante que una noche podía haber una helada asesina y al día siguiente un claro cielo azul podría ennegrecerse de súbito de uno a otro horizonte por una tormenta amenazante.

El día de ese remoto año había sido tibio y soleado en los establos cuando Grover ensilló a Governor, su brioso bayo de Tennessee, y se marchó con un martillo y una bolsa de clavos a inspeccionar las cercas en busca de tablas sueltas. La cabalgata semanal alrededor de la finca se había vuelto una tarea agradable ya que era la única vez en la semana en que podía cabalgar por varias horas y dar rienda suelta a Governor para galopar cuanto quisiera.

Como de costumbre, los domingos durante los dos últimos años desde que había abandonado sus estudios de administración de negocios en la universidad y había regresado a encargarse de la finca de Danford después de la muerte de sus padres en un accidente automovilístico, Grover había estado solo en los establos desde temprano por la mañana. Jim Whittaker se había ido, gruñendo como de costumbre, a llevar a su esposa a la iglesia en Wolverton. Los chicos del establo y los dos choferes de camión y tractor, como lo hacían todos los domingos, bien estaban en casa o en casa de algún amigo en Wolverton tomando cerveza y jugando póker y nadie regresaría a los establos hasta tarde para alimentar y dar agua a los potros.

Después de casi una hora de cabalgar, y no hallando mucho que hacer con respecto a las cercas, Grover estaba en el límite sur de la finca no lejos del pozo y del albergue cuando sintió las primeras gotas de lluvia sobre el rostro. Governor sentía la lluvia, también, y sacudió la cola varias veces, y enfiló derecho al albergue.

El cielo estaba apenas levemente gris cuando empezó a llover, pero las nubes pronto se oscurecieron al pasar sobre el borde de la altiplanicie y la lluvia pronto empezó a caer firme y persistentemente. Dentro de unos pocos momentos el primer rayo se dibujó contra la baja nube oscura, y fuertes ráfagas de viento empezaron a barrer los pastos. No pasó mucho tiempo antes que otro rayo en zigzag, y otro y otro

y otro en rápida sucesión, iluminaran el cielo, y el trueno reventara contra las colinas. Casi inmediatamente la llovizna se había vuelto un torrencial aguacero.

Cuando el aguacero empezó a caer, Grover estaba a sólo cien yardas del albergue, pero para cuando entró, su camisa estaba empapada. Después de poner a Governor en un establo, se quitó la camisa y la colgó a secar cuanto pudiera mientras esperaba que la lluvia cesara.

Todos los potros en el potrero de abajo, como chicos excitados corriendo a casa cuando el trueno y el rayo los amedrentan, habían galopado a través de la lluvia al albergue. Apretujados y empujándose unos a otros, estaban pateando sacudiendo las mojas crines y moviendo las largas colas como impacientes porque la lluvia cesara de modo de poder volver adonde estaban pastando.

Después de abrir una de las balas de heno para los potros y de poner un poco en el comedero del establo de Governor, Grover estaba de pie bajo las vigas del albergue viendo caer la lluvia cuando vio a una mujer joven corriendo por el sendero entre la cerca y la vía férrea. El sendero estaba a sólo unas cincuenta yardas, pero ella iba en dirección de Wolverton, a una milla de distancia, y no había una sola casa cerca donde pudiera guarecerse de la lluvia.

Al principio dudó en llamar y pedirle que viniera al albergue, porque sabía que estaba ya empapada. Pero mientras la contemplaba interesado, comenzó a preguntarse quién sería y por qué estaba paseando sola un domingo en la tarde. Aunque no estaba lo bastante cerca para que pudiera verle claramente el rostro, podía ver el juvenil movimiento de sus piernas y el ágil movimiento de sus delgadas caderas al correr, y se sintió más interesado que nunca.

Sin aguardar más tiempo, Grover la llamó haciéndole señas con la mano para que corriera al refugio. La chica se detuvo, quieta en medio de la lluvia con su empapado traje pegado al cuerpo como indecisa sobre lo que hacer, y Grover la llamó de nuevo y empezó a hacerle gestos con ambos brazos.

«¡Hola!», gritó más fuertemente. «¡Apúrese y venga a refugiarse de la lluvia! ¡No se quede ahí empapándose! ¡Venga!».

Aún indecisa, ella miró hacia Wolverton por el sendero. Luego se limpió la lluvia del rostro y de los ojos y volvió a mirar a Grover de nuevo.

«¡Venga!», le urgía él sacudiendo la mano. «¡No hay puerta, tiene que trepar por la cerca! ¡Apúrele! ¡No quiero que siga allá más tiempo!».

Como si estuviera ansiosa de complacerlo, la chica corrió inmediatamente a la cerca, levantándose la falda, y luego, a fin de poder trepar la alta cerca se alzó la falda aún más hasta que él pudo ver el relampagueante contraste de la diminuta ropa interior blanca contra el moreno pálido de sus piernas y muslos.

Fue entonces, cuando ella saltó sobre la cerca y se vino corriendo hacia el albergue, cuando él se dio cuenta de que nunca había visto una muchacha con un color tan inusitado como el suyo. Y al acercarse y al ver él el resplandor castaño de su cabello húmedo, se dio cuenta de que nunca antes había visto a una mulata o

cuarterona con ese color tan especial.

Acezando por la carrera, sus grandes ojos castaños de par en par abiertos de excitación, se quedó allí mirando a Grover y sonriendo cautamente con su traje amarillo empapado pegado al cuerpo diseñando obviamente los audaces contornos de sus senos y caderas.

Mientras la miraba, preguntándose quién sería y cómo había llegado a tener tan extraño color, sus labios empezaron a temblar como si de repente se hubiera sentido temerosa de cómo sería tratada por un hombre blanco. Dio un paso atrás y al mismo tiempo miró de un lado a otro a ver por dónde podría huir de él.

En ese instante, y antes de que se hablara una sola palabra, un rayo hirió una alta encina cercana al albergue, destrozando las ramas superiores y hendiendo el tronco por la mitad hasta el piso. La caída ensordecedora sacudió la casa de madera y asustó tanto a los potros, que se encabritaron, y empezaron a relinchar nerviosamente.

Como desdeñoso del compartimiento de los potros, Governor resopló y pateó la puerta de su establo.

Asustada por la vecindad del rayo, igual que los potros, la chica se había lanzado en brazos de Grover. Todo su cuerpo estaba temblando y sollozaba como una niña, cuando Grover la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho. Con cada aspiración de aire, él podía sentir a través de la humedad de su traje la morbidez maravillosa de sus senos moviéndose excitadamente contra su pecho desnudo.

«Tengo miedo... ¡tanto miedo!», dijo sollozando.

«No hay nada que temer ahora», le dijo él, dándole golpecitos en la espalda para tranquilizarla. «Este albergue es el sitio más seguro en que podríamos estar. Tiene hasta un pararrayos. No hay cuidado».

«No puedo evitarlo... siempre tengo miedo», dijo ella con un sollozo. «Siempre suena tan cerca, tan fuerte... tan aterradorante...».

«¿Ha sido siempre así toda su vida?».

«Sí».

«Bueno, no tiene que tener más miedo. El rayo caerá en otra parte la próxima vez. Yo le daré la orden. Ahora permítame que yo me encargue de todas sus preocupaciones».

Hubo una rápida tensión de su cuerpo por sólo un instante, casi un estremecimiento agradecido, y después ella oprimió su rostro contra el de él con un leve suspiro.

«¿Cómo se llama?», le preguntó él entonces. «¿Quién es usted?».

Grover esperó, y como ella no le contestara, la retiró de modo de poder ver bien su rostro, Mirándola así, vio el color llamativo de sus ojos y el tinte moreno pálido de la piel y la sinuosa protuberancia de sus senos bajo el húmedo traje amarillo. Se había quedado mirándola tan intensamente por tan largo rato, sin decir una palabra, que ella comenzó a temblar de nuevo. Grover apretó sus manos sobre los hombros de la chica.

«Quiero saber quién es usted», dijo impacientemente, sacudiéndola suave pero

firmemente. «Nunca la he visto antes. Y creía conocer a todo el mundo por aquí. ¿Cómo se llama?».

«Kathlee», le respondió dubitativamente.

«¿Kathlee?».

«Sí».

«¿No Kathleen?».

«No. ¡Kathlee!».

«¿Dónde vive?».

«En Wolverton».

«¿Cuánto hace?».

«Unas tres semanas».

«Por eso no la había visto antes. ¿De dónde vino a Wolverton?».

«De Memphis».

Ella lo miró, esperando que le preguntara por qué se había mudado de una ciudad del tamaño de Memphis a un pueblo tan pequeño como Wolverton. Sin embargo, en vez de preguntárselo, se quedó mirándola firmemente.

«Kathlee», repitió él entonces con un lento asentir del rostro. «Kathlee. Es un lindo nombre... lindo como usted. Nunca he conocido a nadie con ese nombre. Nunca lo he oído antes siquiera. Quizás usted sea la única que tenga ese nombre. ¡Pero está empapada, Kathlee!».

Sacudiéndola suavemente por los hombros de nuevo, le habló con fingida rudeza.

«Nunca se va a secar así... tiene que hacer algo».

«¿Qué quiere que haga?»., preguntó ella.

«Váyase detrás de esas balas de heno y quítese su ropa húmeda y exprímala y sáquele toda el agua que pueda. Después cuélguela a secar como hice yo con mi camisa. Si se queda así, va a coger un tremendo resfriado, Kathlee».

Sonrió entonces por vez primera y, con casi infantil premura se dio vuelta y se fue a hacer lo que le había dicho él.

«Pero mi traje está tan mojado. ¿Quiere que me quede hasta que la ropa esté bien seca?».

«Claro, Kathlee», le dijo. «¿A dónde podría ir sin ropa?».

II

Con el empapado traje amarillo pegado a la morbidez de su cuerpo, Kathlee estaba riendo como una muchachita despreocupada mientras miraba atrás sobre el hombro justamente antes de perderse de vista detrás de las balas de heno.

«Lamento no tener una toalla para que se seque», gritó Grover.

«No importa», escuchó él que ella decía. «No necesitaré nada por el estilo».

Grover estaba diciéndose algo, casi hablando en voz alta, cuando salió y se detuvo debajo del techo que goteaba. Podía ver que continuaba lloviendo, suave pero firmemente, y que un negro nubarrón se cernía como una inmensa tienda sobre el borde de la montaña a unas cuantas millas de distancia con la amenaza de más rayos y relámpagos.

En cualquier otro momento él sabía que estaría allí aguardando impaciente que la lluvia cesara y preocupándose por el resto de la cerca que debía inspeccionar. Ahora, sin embargo, ni la lluvia ni la cerca podían impedirle estar pensando en Kathlee y decirse que nunca había conocido a nadie como ella en toda su vida. Kathlee y la pálida piel morena de su cuerpo. Kathlee y la ansiedad de su sonrisa. Kathlee y la suavidad de su tacto. Kathlee y la bondad de su presencia. Kathlee... Kathlee... ¡Kathlee!

Y allí estaba él mirando sin ver los pastos inundados de lluvia y podía ver a Kathlee de nuevo claramente mientras trepaba la alta cerca y de nuevo la veía venir corriendo hacia él en el albergue bajo la lluvia, y recordó entonces cómo la había tenido entre sus brazos cuando el trueno la asustó y vio de nuevo el suave oscilar de sus curvas y delgadas caderas al irse a quitar las ropas empapadas. Para entonces ya sabía que lo que deseaba era estar de nuevo cerca de ella y sentir una vez más la tibia suavidad de su rostro apretado contra su pecho.

Caminando de un lado a otro, se descubrió de pronto preguntándose qué diría la gente si descubrieran que había estado con una chica de color en el refugio. Pero pronto arrojó estos pensamientos de su mente —para él ahora, blanca o de color, ella era simplemente Kathlee.

Pronto, sin embargo, surgió el pensamiento sobre lo que sucedería si no pudiera evitar enamorarse de una chica de color. Hasta entonces él habría jurado que nada así podría sucederle. Pero ahora no estaba tan seguro. Nunca había tocado antes a una chica de color —ni siquiera cuando era mucho más joven y vagando de noche por la ciudad con un grupo de muchachos que perseguían a una chica de color hasta la planta de productos alimenticios donde varios de ellos la violaron en un vagón de carga y la abandonaron llorando. Pero Kathlee era diferente, se decía, una y otra vez, y no como ninguna otra mujer blanca o de color. Ella era Kathlee y él la deseaba no importaba lo que ocurriera.

Cuando Grover entró de nuevo al albergue, vio que los potros estaban todavía pateando impacientes mientras aguardaban que la lluvia cesara. Abrió otra bala de heno para ellos y la echó en los comederos. Su gran caballo bayo, viendo que a los potros les daban otra ración, resopló y comenzó a patear las tablas de su establo como para llamar la atención. Grover tomó entonces un poco de heno y lo arrojó al comedero de Governor que se tranquilizó de nuevo. Excepto por un pateo ocasional, los potros estaban tranquilos comiendo en sus comederos y el único sonido de la lluvia era el leve salpicar del agua al caer del techo a los pocitos debajo del tejado.

Yendo a un banco, Grover se sentó a aguardar mientras Kathlee estaba secándose la ropa, detrás del alto montón de heno embalado. Mientras estaba allí sentado, pensó una vez más en ella desde el momento en que trepó sobre la cerca hasta que desapareció detrás de las pacas de heno. Mientras más tiempo pasaba pensando en ella, más ansioso se sentía de verla y de tenerla cerca de nuevo.

Cuando no pudo aguardar más, la llamó.

«¡Kathlee! ¿Están sus ropas ya casi secas?».

«¡No!», contestó ella al punto como si hubiera estado aguardando ansiosamente que él hablara. «Es que hay tanta humedad».

«Pero no están casi secos, de modo que se los pueda poner».

«No del todo».

«¿Qué tan pronto?».

«Tal vez en un ratico».

Desilusionado se dejó caer abatidamente en el banco. Se estaba haciendo tarde y el negro nubarrón se hundía cada vez más sobre el filo de la montaña transformando el día en crepúsculo. Una súbita ráfaga de viento azotó el albergue y un momento después empezó a golpear sobre el tejado un fuerte aguacero.

«Kathlee, ¿oye eso?», le gritó. «Es más lluvia. No podrá irse a casa cuando está lloviendo así. La ropa se le empaparía otra vez».

«No me importa qué tanto llueva siempre y cuando no haya más truenos y rayos... y... y... si usted me dijera algo...».

«¿Qué quiere saber?».

«Su nombre... es decir... si quiere decírmelo». Hablaba de modo dubitativo y cauteloso. «Pero si no quiere...».

«Claro que se lo diré», dijo él, riendo un poco. «No es ningún secreto. Se me olvidó decírselo... creo que estaba pensando en algo más importante todo este tiempo. En alguien llamada Kathlee. Pero mi nombre es Grover... Grover Danford. Y esto es mío. Esta finca».

«¿Y todos estos lindos *ponies*, también?».

«Sí. Los *ponies* y todo lo demás».

«Siempre quise tener un *pony* cuando era chiquita. Un *pony* propio en el que pudiera montar y montar y montar».

«Me temo que ya es un poco tarde para que pueda hacerlo. Ahora es toda una

mujer. Pero si tuviera unos nueve o diez años...».

«De todos modos, me gusta mirarlos. Y he visto esa gran casa blanca en la colina. ¿Es allá donde usted vive y su familia viven?».

«Es donde yo vivo. No tengo familia... mis padres murieron».

Hubo un largo silencio.

«Pero usted estará casado, ¿no?», preguntó entonces.

«No. No estoy casado. ¿Y usted?».

«No».

El golpeteo de la lluvia en el tejado se hacía más fuerte.

«Kathlee, ¿por qué no me cuenta más acerca de usted?», dijo él.

«¡Sí! ¡Oh, sí!», respondió ella al instante.

«¿Y volverá por aquí otra vez?».

Pasaron varios momentos antes de que ella respondiera.

«No lo sé... No sé si deba... porque yo no soy como...».

«¿No como otras muchachas? ¿Es eso lo que quiere decir?».

«Sí».

«¿Y si le digo que eso para mí no tiene importancia, me creerá... y volverá de nuevo?».

«Claro que sí... si usted quiere».

«¿Prometido?».

«Prometido».

«¿Aunque haya truenos y relámpagos?».

«Correría todavía más aprisa para llegar aquí».

«¿Y si estuviera lloviendo fuerte y se le empapara la ropa otra vez?».

«No me importa. Siempre puedo quitármela y exprimirla».

«Pero toma tanto tiempo para que se seque. Y yo tengo que quedarme aquí sentado y aguardar todo este tiempo».

Súbitamente, con una enceguedora brillantez en la oscura tarde, un rayo zigzagueó desde el nubarrón arriba del filo de la montaña. Casi al mismo instante tan fuerte fue el trueno que parecía que el rayo hubiera caído en el propio albergue. Los asustados potros se encabritaron y relincharon, y esta vez, sin importarles la lluvia, salieron a estampía del albergue.

III

Mientras huían los potros, Governor estaba pateando las tablas de su establo con los cascos traseros. Kathlee, aunque había contenido el aliento cuanto había podido, dio un grito lleno de terror.

Antes de que Grover pudiera llamarla y tratar de evitar que se asustara, Kathlee corrió a él en el banco y le abrazó el cuello en un desesperado abrazo. Él podía sentir el aterrorizado palpitar de su corazón mientras se le ceñía y sollozaba de miedo, y rápidamente él también la abrazó y comenzó a darle palmaditas para calmarla.

«Ya pasó, Kathlee. Ya pasó».

«No puedo evitarlo», sollozó ella. «Tengo tanto miedo».

«Ya pasó, Kathlee», susurró él. «Ese fue el último. Ya no habrá más rayos. Ni más truenos. Nada más que temer».

«¿Cómo lo sabe?».

«El cielo se está aclarando».

«¿Está seguro?».

«Sí, Kathlee. Abra los ojos y verá».

Con su rostro oprimido fuertemente contra el suyo, él podía sentir que ella sacudía la cabeza como si tuviera miedo todavía de abrir los ojos. Él la estrechó más fuertemente y al punto ella se ciñó más contra él como si deseara que siguiera estrechándola entre sus brazos así y que nunca la soltara.

«¿Siempre la asusta así una tormenta?», le preguntó.

«No puedo evitarlo», respondió ella dándole un nuevo apretón con los brazos en el cuello. «No puedo evitarlo. Siempre he tenido terror de los truenos y los rayos desde que era una niña. Siempre que había una tempestad así, mi madre me apretaba en su regazo hasta que pasaban los rayos y los truenos. Y si la tormenta llegaba durante la noche, ella dormía conmigo y me mantenía abrazada hasta el amanecer. Siempre me decía que mientras fuera una buena chica el trueno y el rayo nunca me harían daño».

«¿Dónde fue eso?».

«Vivíamos en Tupelo».

«¿Fue allí donde nació?».

«Sí».

«¿Y sus padres viven todavía allí?».

«Mi madre solamente. No sé de mi papá. Quiero decir... mi verdadero papá. No sé dónde vive. Nunca lo conocí».

«¿Por qué no?».

«Era un blanco».

«¿Y cómo sabe que era blanco?».

«Mi madre me lo dijo».

«¿Y qué más le dijo de él?».

«Ya no recuerdo nada más».

«¿Él vivía en Tupelo?».

«No sé. Supongo que sí».

«¿Y nunca ha tenido curiosidad sobre él? ¿Nunca ha deseado haberlo visto... ver cómo es?».

«Claro. Muchas veces. Todavía lo deseo. Pero no espero verlo nunca o reconocerlo si lo viera. Es demasiado improbable. Hay demasiados hombres blancos».

«¿Cuánto hace que su madre le habló de su padre?».

«Hace mucho tiempo, me parece. Ya tengo veintidós años».

«¿Y vino aquí de Tupelo?».

«No. Vine de Memphis. Fui a la universidad en Memphis. Estuve allí cuatro años. Tenía un trabajo a medio tiempo en un hospital y mi madre me enviaba un poquito de dinero y me gradué no hace mucho. Estoy segura de que yo era la favorita de mi madre, y por eso era que ella trabajaba tan duro para mandarme un poco de dinero de modo que pudiera seguir estudiando y me graduara. Yo tenía siete hermanos y hermanas —hermanos y hermanas medios— y eran mucho más morenos que yo, en realidad negros, y ellos decían que yo era demasiado clara para ser de su familia. Mi madre trataba de impedir que lo dijeran, pero siempre lo hacían. Me molestaban por mi color claro y mi pelo liso tanto que mi madre dijo que quería que me fuera de casa tan pronto terminara la secundaria y que obtuviera la mejor educación universitaria que pudiera».

Ella hizo una pausa como tratando de decidir si se le decía más sobre su vida.

«Kathlee», dijo Grover entonces, «y su otro papá, el que vivía con ustedes, ¿le ayudó en sus estudios?».

«¡No!», dijo ella con énfasis. «Ese padre, no quiero decir mi verdadero padre, sino el otro, me golpeaba muchas veces porque decía que yo no era negra como él y mis hermanos y hermanas. Yo estaba entonces en el último año de secundaria y a veces se levantaba en medio de la noche y me golpeaba en la cama con sus puños y luego me tiraba al suelo y me pateaba, y mi madre lloraba pero no podía impedir que me siguiera golpeando. Era horrible. Me hizo tanto daño. Pero yo resistí de modo de poder sacar mi diploma de bachiller para entrar a la universidad».

Nada más se dijeron por un largo rato. La lluvia había cesado y las nubes iban a la deriva por el cielo y el sol se estaba poniendo como una bola de fuego detrás de los graneros y establos. Luego, en la serenidad del crepúsculo, Grover estrechó a Kathlee en sus brazos y la sentó en sus piernas y la mantuvo apretada contra sí. Quería saber más de su vida anterior en Tupelo, pero, después de oír lo mucho que la habían golpeado, decidió que era mejor esperar para otra oportunidad.

«Kathlee, todavía debes ser una buena chica como tu madre te dijo que deberías

ser», dijo él suavemente, «porque la tormenta no te hizo daño esta vez. ¿Eres una buena chica, Kathlee?».

Ella asintió rápidamente. «Lo soy... lo soy».

«¿Hasta cuando estás así... desnuda?».

Alzando los ojos a él, tímidamente, rió como una niña.

«Usted me dijo que me los quitara».

«¿Y siempre haces todo lo que los demás te dicen que hagas?».

Conteniendo el aliento, dudó responder por varios momentos.

«No», dijo entonces con firmeza. «Sólo lo que tú quieres que yo haga».

«¿Lo dices de veras?».

«Sí».

«¿Cualquier cosa?».

«Cualquier cosa».

«Entonces quédate como estás ahora, Kathlee», le dijo como dándole una orden, muy en serio. «Tus ropas no se secarán por largo rato. Yo te diré cuándo podrás ponértelas. ¿Lo oyes, Kathlee?».

«Oigo», susurró ella, oprimiendo su rostro contra el suyo.

Él la sacudió suavemente.

«¡Oye! ¿Se te ha olvidado ya mi nombre?».

«¡No! Grover... Grover... Grover».

«Entonces, nunca más vuelvas a olvidarlo, Kathlee».

«No lo haré... Grover... no lo haré. ¡Nunca... nunca!».

CAPÍTULO 4

I

Ya eran más de la cinco en la tarde levemente nebulosa.

Kathlee había prometido encontrarse con Grover en el albergue a las cuatro de la tarde esa tarde de domingo por segunda vez, y Grover, ansiosamente observando el sendero entre el cercado pintado de blanco y la vía férrea, deseaba haberle pedido que viniera mucho antes y no aguardar toda una semana antes de verla de nuevo.

Grover había ido ya hasta el cercado varias veces, y cada vez, al no ver a Kathlee aproximándose desde Wolverton, se había preocupado por lo que pudiera haberle pasado.

A diferencia del domingo anterior, esa tarde llena de truenos y relámpagos y chubascos, la de hoy era clara y brillante con unas cuantas nubecillas blancas hasta que la calina llegó.

Como no estaba lloviendo ni había amenaza de tormenta, la única razón en que Grover podía pensar para que Kathlee no hubiera cumplido la cita a la hora prefijada era que alguien la hubiera seguido por el sendero al salir de Wolverton para encontrarse con él. Y si alguien la había seguido, continuaba pensando él una y otra vez, habría podido alcanzarla y haberla llevado por la fuerza a los bosquecillos que abundaban junto a la vía férrea.

Lo que lo había perturbado tanto y lo mantenía preocupado ahora era recordar tan claramente lo que Jim Whittaker le había dicho a comienzos de la semana anterior.

Estaban en los establos esa mañana del martes cuando Jim le dijo a Grover que había oído hablar mucho en la calle y en algunos de los almacenes de Wolverton sobre una chica de color de piel muy clara y pelo castaño de unos veintidós a veintitrés años que era la nueva maestra de la escuela pública para negros ese año y era tan bonita que se decía que no pasaría mucho tiempo antes de que algún blanco la capturara. Jim dijo que él no había visto a la chica de color, pero que se había hablado tanto de ella que estaba dispuesto a creer que era por lo menos la mitad de lo linda que todos decían. Como lo comentó Jim entonces, eso sería suficiente para enviar toda una multitud de hombres en persecución de la chica.

«Te pones a escuchar ese tipo de charla y antes de darte cuenta comienzas a sentir algo que te hierve debajo de la piel», Jim le había dicho a Grover. «Eso es natural que le pase a uno. Pero yo trato de ser un buen marido para mi mujer a mi edad y por regla general me mantengo mucho en mi casa estos días. Tú me verás llevar a mi vieja a su iglesia a oír los sermones de los domingos por la mañana y no me vas a encontrar en el pueblo los sábados por la noche metiéndome en líos. Ya eso pasó,

beber y armar líos. Y eso es lo que te pasa cuando te decides a vivir la vida de un hombre casado honesto.

»Con todo, y no me avergüenzo de admitirlo, y podría presumir sobre ello si me empujaras un poquito, tuve mi parte de chicas de color en mi tiempo y por eso es que no me siento con derecho a criticar si algún blanco quiere hacer lo mismo en estos días. No la clase de mezcla racial cuando una negra y un blanco se exhiben en público y viven bajo el mismo techo o incluso tratan de casarse, allí es donde marco el límite. Pero dejando de lado esa mezcla total, los tiempos no cambian tan radicalmente, y mientras haya muchachas de color bonitas, van a ser perseguidas y agarrarlas afanosamente por algunos blancos. Desde luego, algunas correrán más rápido que otras, y otras mucho más despacio, si quieres verlo de ese modo.

»Habrás visto cómo me excito cuando comienzo a hablar así, muchacho. Bueno, tal vez es porque he estado viviendo por muchos años y he visto muchas más cosas que la gente joven como tú no sabe. Pensarías que la nueva generación del Condado de Wolver actuaría de modo distinto en esta época y no conservaría las viejas costumbres en la manera de tratar las hembras. No me gusta que eso se conserve en los tiempos modernos porque no creo que sea correcto y siempre sentía lo que le pasaba a una muchacha de color que le caía en gracia a un blanco y nunca tenía la oportunidad de escoger por sí misma lo que quisiera. Lo único decente sería permitirle que tenga tanto derecho a escoger como el hombre blanco. Eso podría iniciar una ruidosa discusión en todas partes y atraería una gran multitud de gente, pero si jugaran limpio echando monedas al aire, o algo por el estilo, ella tendría por lo menos la mitad de las oportunidades de hacer lo que quisiera. Pero tal como es aquí ahora, no creo que esa maestra tenga la oportunidad de echar al aire una moneda y de pedir cara o cruz. Conozco demasiados blancos en Wolverton que dirían al diablo con todo y adoptarían la vieja costumbre.

»Grover si es cierto todo lo que oí sobre esa maestra, es una desgracia que no sea blanca y tan bonita en vez de ser de color...».

Jim hizo una leve pausa y miró a Grover con un asentimiento del rostro lleno de significado.

«Bueno, muchacho, voy a decírtelo francamente. Si ella fuera la otra, no dejaría yo pasar un minuto tratando de empujarte a que lo hicieras tú mismo antes de que algún otro lo haga. ¿Por qué? Porque estoy preocupado por ti, muchacho. Te he conocido desde el día en que naciste y desde el primer día fuiste como un hijo mío favorito. Eres dueño de esta linda finca que tu papá te dejó sin deudas ni problemas y estás ganando mucho dinero todo el tiempo y no tienes de qué preocuparte. Pero no te estás volviendo más joven cada día y todavía estás tonteando por ahí y desperdiciando el tiempo y viviendo solo en esa casota blanca sin casarte como deberías haberlo hecho ya. Yo sé que vas a ver mujeres en Nashville y en Memphis con mucha frecuencia. Eso está bien porque eso muestra que tu mente anda bien orientada. Pero nunca regresas casado. Eso es lo que anda mal. Ahora, déjame decirte

algo, muchacho, si aguardas demasiado, llegará el momento en que te despiertes a media noche sintiéndote desesperado por tener una mujer en la cama contigo y entonces es cuando te vistes a la carrera y sales volado a casarte precisamente con la mujer que no debes. Detestaría que eso te pasara, muchacho. Sería una maldita lástima».

Después de escuchar todo el largo discurso de Jim Whittaker, Grover se había marchado sin decir nada, pero Jim, todavía hablando, lo había seguido hasta el establo.

«Grover, cuando un hombre se despierta a la media noche sudando suficiente espuma caliente como para afeitarse y se va de prisa sin detenerse siquiera a orinar y se casa con la mujer que no debe, se está buscando tanta desgracia como una muchacha que es forzada y violada por algún desgraciado que se va luego sin siquiera esperarla que ella encuentre sus pantaletas y se las ponga de nuevo. La única diferencia es que un hombre debería ser más sensato y una muchacha a veces no puede evitarlo. Tú eres lo bastante sensato para salirle adelante a esa clase de desgracia. Ahora anda y usa tu buen sentido».

Al separarse Grover de Jim entonces, había empezado a preocuparse por el temor de que alguien pudiera seguir a Kathlee por el sendero desde Wolverton y la violara antes de que pudiera llegar al albergue la próxima vez que tenían que encontrarse.

II

Para fines de la semana, después de preocuparse día tras día, Grover no había podido aún pensar en la forma de encontrarse con Kathlee de modo que no tuviera que caminar sola las dos millas de ida y vuelta por el solitario sendero.

Cuando él y Kathlee habían hablado sobre ello el domingo anterior, ambos se habían dado cuenta de que si él iba a buscarla en su carro, y alguien la veía con él en la ciudad, se lo informarían al superintendente de escuelas y no se le permitiría seguir enseñando un día más en Wolverton y tendría que regresar a Memphis. E incluso si iba a buscarla después de la media noche y la traía a su casa, sabían que habría aún el riesgo de que alguien viera a una muchacha de color entrar al carro de un blanco e irse con él.

Cuando Grover miró de nuevo su reloj, había pasado otra media hora y en pocos minutos serían ya las seis. Y ya serían dos horas de retraso sobre la hora en que Kathlee había dicho que vendría al albergue. Ahora empezó a preguntarse si ella habría cambiado de parecer y ni siquiera hubiera salido de su casa.

Mientras paseaba inquieto de un lado a otro por el albergue, tomó el pequeño joyero de su bolsillo y lo miró tristemente. Recordó con cuánta ansiedad y alegría había escogido un regalo para Kathlee, y se preguntaba ahora si llegaría a tener la oportunidad de dárselo.

Estaba mirando aún la envoltura dorada del regalo cuando oyó que alguien lo llamaba. Estaba seguro de haber reconocido la voz de Kathlee cuando ella llamó de nuevo con más urgencia la segunda vez. Entonces volvió a ponerse la cajita en el bolsillo y corrió desde el albergue. Kathlee estaba al otro lado de la alta cerca y le ondeó la mano apenas lo vio. Esta vez estaba luciendo un traje de un amarillo mucho más pálido, pero mientras trepaba la cerca, pudo ver de nuevo el familiar contraste de su ropa interior blanca contra el moreno pálido de sus piernas.

Kathlee corrió a él y lo abrazó tan estrechamente como pudo, como una niña asustada queriendo estar con alguien en quien confiara que la protegería. Mientras se le ceñía al cuerpo, ella acezaba como si hubiera venido corriendo todo el camino desde Wolverton. Agradecido de tenerla de nuevo en sus brazos, Grover la estrechó y aguardó que volviera a conquistar su aliento. Su rostro y sus brazos estaban calientes y húmedos.

«Grover... cómo lo siento», dijo ella, hablando lentamente, mientras le volvía el aliento. «Lo siento tanto... no quería retrasarme tanto. Quería estar aquí contigo todo el tiempo... tal como lo prometí... pero no pude evitarlo, Grover».

«¿Qué pasó?», preguntó él con tensa rapidez en la voz, incapaz de hallar razón alguna para su tardanza como no fuera que alguien la hubiera seguido. «¿Qué pasó? ¿Alguien te detuvo... te molestó... cualquier cosa... cuando venías por el sendero?».

«No», respondió ella al punto. «No. Nada de eso. Me vine corriendo desde el pueblo y no vi a nadie».

«¿Entonces?, ¿qué pasó?».

Él podía sentir temblar su cuerpo al oprimir su rostro, todavía caliente y húmedo, fuertemente contra sí. Levantándola en vilo, la llevó al albergue y se sentó en el banco con ella en sus piernas.

«Quiero que me lo cuentes, Kathlee», le dijo gravemente. Se sentía aliviado al saber que nadie la había seguido por el sendero desde la ciudad, pero estaba preocupado aún sobre qué otra cosa podría haber sucedido para impedirle llegar a tiempo. Él se esforzaba por no pensar en ello, pero todo lo que Jim Whittaker le había dicho le volvía a la mente.

«Kathlee, quiero saber qué paso. Todo. La verdad. Dime».

«Tendré que empezar por el principio».

«Muy bien. Cuéntame desde el principio».

«¿Vas a creerme, no?».

«Te creeré si tú dices que puedo creerlo».

«Por favor... debes hacerlo».

«¿Qué fue, entonces?».

«Había este hombre...».

«¿Quién era? ¿Cómo se llama?».

Él se dio cuenta al punto de que estaba herido y furioso y sabía qué ruda y exigente sonaba su voz al hablar. Y fue entonces cuando se dio cuenta por vez primera que estaba perdidamente enamorado de ella y celoso y nunca querría que ella estuviera con ningún otro hombre.

«¿Qué hombre?», preguntó de nuevo, con voz más áspera.

«Por favor, no dejes de amarme» suplicó ella.

«¿Y cómo sabes que te quiero?».

«¡Porque yo te quiero!».

«¿De verdad?».

«¡Sí, Grover! Y tienes que amarme... ¡debes amarme! Por favor, dime que me amas. ¡Te deseo tanto!».

Ella alzó los ojos a él por un momento, como si le suplicara silenciosamente que fuera bondadoso y comprensivo y no dejara de amarla. Sollozando levemente, de pronto inclinó la cabeza mientras apretaba los brazos en torno suyo. Él nunca había estado enamorado antes y, no importaba qué hubiera sucedido que ella aún no le había dicho, no quería esperar más tiempo para asegurarle que la amaba.

«¿Cómo descubriste que yo te amaba, Kathlee?».

«No lo sé exactamente... es sólo que yo te quiero tanto y deseo tanto que me quieras tú también».

«¿Desde el domingo pasado cuando tus ropas duraron tanto en secarse? ¿Fue entonces, Kathlee?».

Él sentía cómo su cuerpo temblaba levemente.

«Así creo. Sí. Ahora estoy segura. Fue el domingo último, Grover».

«Te quiero, Kathlee. Y te querré siempre».

«Nunca dejes de hacerlo, Grover. Nunca dejes de hacerlo, te lo suplico».

Él le tomó la barbilla con la mano y le hizo levantar la cabeza hasta que pudo mirarla a los ojos.

«¿No hay nadie más, verdad, Kathlee?».

Rápidamente ella sacudió la cabeza. «No, Grover. Nadie».

«¿Es eso cierto? ¿Puedo creerte?».

«Es la verdad. Créeme, por favor».

«Entonces ¿qué es lo de ese hombre de quien me estabas hablando? Y ¿por qué tardaste tanto en llegar?».

«Quiero contártelo todo, Grover. Todo. Y debes creerme. Tienes que creerme».

«¿Qué pasó, pues?».

«En Memphis... estaba este hombre... cuando yo estaba en la universidad...».

«¿Qué pasó con él? ¿Qué quería?».

«Quería casarse conmigo y...».

«¿Un blanco?».

«No».

«Entonces era de color... un negro...».

«Sí. Negro».

«¿Es eso todo?».

«Ojalá lo fuera. Pero eso fue sólo el comienzo. Sucedió hace casi un año. Mi último año de universidad. Su nombre es Willy Shoelong. Es barbero en Memphis. Eso es lo que él dice, pero no es realmente un barbero... es otra cosa... es un tipo horrible».

«Dime qué pasó».

«Él me vio en la calle la primera vez y quería que le diera una cita. Pero no me gustó la manera como me miraba ni la forma de hablar y no quería tener nada que ver con él. Pero eso no lo detuvo. Me siguió varias veces tratando de descubrir dónde vivía y yo le tenía tanto miedo que hasta que se iba yo iba a la biblioteca de la universidad o visitaba a una chica que conocía y nunca me iba derecho a casa donde vivía en el mismo cuarto con otra chica. Le tenía pavor... había algo en la forma como me miraba y me hablaba que me hacía sentir tan incómoda. Siempre estaba pensando que podría matarme. Era alto y delgado con grandes ojos redondos que miraban como si estuvieran a punto de salirse de la cabeza en cualquier momento y siempre llevaba una navaja y la sacaba del bolsillo y la abría mientras charlaba.

»Y cada vez que podía detenerme en la calle, y hasta el momento en que me gradué, me decía que si no me casaba con él con nadie más lo haría ni viviría para contarle. Siempre le dije que yo iba a ser maestra y no estaba pensando casarme. Eso no le impedía seguir hablando sobre lo que haría, y me dijo que adondequiera que fuera a enseñar él me encontraría y me perseguiría hasta que yo hiciera lo que él

quería. Por eso vine a Wolverton... nunca pensé que podría encontrarme aquí. Es un pueblo tan chico y no le dije a nadie adónde iba a enseñar... pero de algún modo él lo descubrió».

III

Grover quería creer que ella estaba diciendo la verdad y que no estaba tratando de engañarlo, pero no estaba seguro y no podía evitar sentirse herido y resentido. Era la primera vez que una sospecha lo asaltaba y no podía evitar pensar que ella le había sido infiel esa tarde mientras él la aguardaba en el albergue.

«¿Estaba él aquí hoy, Kathlee?», preguntó alzando toscamente la voz.

«Sí».

«¡Entonces has estado con él!».

«No, no exactamente», protestó seriamente. «No. No así, no como tú piensas. Esa es la verdad, Grover. Tienes que creerme».

Al punto, sin decir otra palabra, Grover la quitó de sus piernas y la dejó sentada en el banco mientras cruzó el albergue y se fue al establo donde Governor estaba comiendo muy satisfecho su heno moviendo ocasionalmente la cola y pateando el piso. Acercándose al establo, le dio palmaditas en las ancas afectuosamente y se quedó allí largo tiempo deseando la compañía de su caballo y no deseando enfrentarse a Kathlee mientras su mente estaba llena de sospechas sobre lo que podría haber tenido lugar esa tarde entre ella y el barbero negro de Memphis.

Por toda una semana él había estado pensando en ella como quería que fuera — Kathlee, ni blanca ni de color, sólo Kathlee— y ni por una vez se le había venido a la mente que un negro hubiera tratado de hacerle el amor como lo había hecho él sólo una semana antes. Su única preocupación desde entonces es que ella podría ser violada por un blanco y ahora él se sentía más nervioso y preocupado sabiendo que un negro la quería y sabía ahora que tendría que descubrir qué había sucedido exactamente esa tarde si era que quería tener alguna paz interior. Con cada pensamiento que le cruzaba por la mente hiriéndolo con un dolor penetrante, Grover se volvió nerviosamente y miró a Kathlee a los ojos.

Ella no se había movido del banco en que estaba sentada y continuaba observándolo con las manos tensamente anudadas sobre el regazo. Sus ojos y labios y toda la expresión de su rostro le suplicaban no seguir mirándola de manera tan acusadora. Su boca se movía nerviosamente tratando de sonreír.

«¿Qué quisiste decir con lo que dijiste ahora mismo?, ¿no exactamente?», preguntó él, con voz ruda y fuerte. «¡No exactamente! ¿Qué quiere decir eso?».

«No hubo nada como lo que hicimos el domingo pasado Grover. Eso es lo que estoy tratando de decirte. Nada».

«¿Y no te desnudaste ante él?».

Sacudiendo la cabeza, trató de sonreír para darle certidumbre.

«No, Grover». Ella habló tan calmadamente como pudo. «Yo estuve todo el tiempo en la casa, Grover, y los Lawsons lo hicieron quedarse en la puerta y no lo

dejaron entrar. Cerraron con pasadores todas las puertas y ventanas y le dijeron que si trataba de entrar por la fuerza llamarían a la policía y lo harían arrestar. Él se mantenía diciendo que lo único que quería era hablar conmigo por un rato y no sería problema para nadie si lo dejaban entrar a la casa. Yo les dije a los Lawsons que temía que me hiciera daño, porque yo sabía que lo haría si no prometía hacer lo que él quería, y ellos le tenían tanto miedo que le dijeron de nuevo que se fuera o llamarían a la policía y lo harían poner preso. Finalmente, él dijo que si los Lawsons prometían no decirle a la policía que él estaba en Wolverton él prometía irse de vuelta a Memphis. Grover, eso es exactamente lo que pasó y por eso no pude venirme más temprano».

Grover se había acercado a Kathlee y estaba allí mirándola como si tratase de convencerse de que ella había dicho la verdad y no lo engañaría sobre lo que había pasado.

«Bueno, si dices que no entró en la casa donde tú estabas...».

«No, Grover, no entró».

«¿En dónde está ahora?».

«Regresó a Memphis».

«¿Cómo sabes que lo hizo?».

«Estoy segura de que estaba tan asustado entonces de que los Lawsons fueran a la policía, que por ello se fue rápidamente. Corrió hasta su carro y se fue muy rápido. Willy Shoelong ha sido arrestado muchas veces en Memphis y su retrato ha salido en los periódicos y él temía que la policía de Wolverton fuera dura de verdad si lo capturaban aquí y descubrían quién era realmente».

Grover se sentó en el banco junto a ella.

«Willy Shoelong. ¿Es ese su verdadero nombre?».

«Ese es el nombre que aparece en los periódicos cada vez que es arrestado».

«¿Y qué te dijo todo ese tiempo cuando estaba en la casa de Pete Lawson?».

«Lo mismo que me había dicho antes en Memphis. Tratando de obligarme a casarme con él... de modo que yo pudiera luego salir con otros hombres y obtener dinero para dárselo a él. Yo sé que esa es la verdadera razón por la cual quiere que me case con él. Y ahora hubo algo más que antes no había dicho. Cuando dejó la casa de los Lawson... dijo...». Kathlee cerró apretadamente los labios.

«¿Qué dijo?».

«Dijo... que me mataría si yo vivía con alguien más... o hacía algo por el estilo... casada o no».

«Eso ha sucedido ya, Kathlee».

«Ya lo sé».

Nada se dijeron después por un largo rato mientras él estaba allí sentado pensando sobre lo que Kathlee le había contado. Toda duda y sospechas se habían desvanecido ahora de su mente y sabía que podía creerle plenamente después de eso. Ahora, sin embargo, estaba preocupado seriamente por la amenaza que Willy Shoelong había

hecho.

«Esto es serio», dijo él. «Voy a hablar mañana con mi abogado y veré qué aconseja. De todos modos tenía que verlo mañana para otra cosa, pero ante todo quiero hallar la manera de impedir que te amenace más. Algo hay que hacer al respecto».

Una vez más se quedó silencioso mientras contemplaba su caballo en el establo al otro lado del albergue. No podía evitar preocuparse, ahora que Willy Shoelong sabía dónde Kathlee vivía, sobre el constante peligro de que volviera a Wolverton.

Ella le tocó el brazo. «Grover...».

Él se volvió y la miró.

«Grover, no te preocupes demasiado por mí ahora. Estamos aquí y eso es todo lo que importa cuando estamos juntos. Podría pasar otra semana antes de que...».

«No, no pasará», le dijo enfáticamente. «No va a pasar tanto tiempo otra vez. No voy a aguardar toda una semana para verte. Eso es demasiada pérdida de tiempo. Y supongamos que pensara en algo que quisiera decirte antes, o tuviera algo que darte...».

Recordando lo que había traído para darle, sacó del bolsillo el pequeño joyero y se lo entregó.

«Mientras tanto ya tengo algo para ti, Kathlee. Si te lo pones, veremos si te queda bien... y si te gusta».

Ella rápidamente desenvolvió el angosto estuche, sonriendo excitadamente, y vio el collar de oro rutilante de chispas de diamante.

«Grover...», había contenido el aliento mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. «Grover... es tan bello... y me lo has dado tú. Estoy tan feliz... Grover... Quiero decir algo... Pero no sé qué decir ahora...».

«No tienes que decir nada, Kathlee. Yo quiero decir algo. Te adoro, Kathlee. Y si tú me quieres, eso es todo lo que importa».

«¡Oh, te quiero... te quiero!».

Ella lo miró, los ojos radiantes de lágrimas, y luego rápidamente enlazó su cuello con los brazos. «¡Oh, Grover! ¡Te quiero tanto! ¡Tanto! ¡Sé que mi color es diferente... pero no puedo evitarlo... y quiero pertenecer a ti tal cual soy! ¡Siempre... Siempre!».

CAPÍTULO 5

I

Grover Danford, habiendo dormido sólo unas pocas horas después de la media noche, se había levantado el lunes con el alba y se había hecho su desayuno y terminado de comer antes que Annie y Della llegaran a trabajar como de costumbre a las siete de la mañana. No eran todavía las ocho cuando salió de la casa y se fue a los establos. Al llegar, Jim Whittaker acababa de llegar para iniciar su jornada de trabajo.

«¿Qué haces aquí tan temprano, Grover?», dijo Jim con sospechosa aspereza. «¿Estás chequeando si llego tarde al trabajo? No quiero a nadie fisgoneando por aquí. Yo hago mi trabajo, siempre lo he hecho. Nadie tiene que vigilarme. Además, me estarás obstaculizando si no te vas a algún otro sitio».

«Nada de eso, Jim», lo tranquilizó Grover rápidamente. «Nada que tenga que ver contigo. No pienses en eso. Me levanté temprano porque tengo que ir rápidamente al pueblo a ver a Ben Dowd sobre algo importante».

«Bueno, si esa es la verdadera razón, podrías haberte quedado en cama y dormir un par de horas más. Ben Dowd es igual al resto de esos abogados. No aparecen por la oficina antes de las diez —a menos que tengan un caso en el tribunal y puedan ver unos buenos honorarios que sacarle del bolsillo a alguien. Pero habrá un caso en el juzgado de policía esta mañana con el que no habrá abogados que se enriquezcan. Teniendo presente quién fue arrestado y lo que ha hecho. Te apuesto un cuarto de dólar ya mismo que el Juez Painter no tomará más de un minuto para imponerle una sentencia de un año de trabajos forzados... y todo antes de que los abogados puedan lavarse el sueño de los ojos».

«¿De qué estás hablando, Jim? ¿Quién fue arrestado?».

«Tú has leído en los periódicos sobre Willy Shoelong...».

«¿Quién? ¿Quién dijiste?».

Grover sabía que había oído el nombre perfectamente, pero estaba tan sorprendido que le costaba creer que Jim estuviera hablando de la misma persona que había amenazado a Kathlee.

«Willy Shoelong, ese es. Es un barbero negro de Memphis que siempre anda en líos con la policía por vender drogas y conseguir mujeres y cosas así. Pero no podría tener mucho tiempo de ejercer su profesión de barbero si está siempre metido en líos con la ley como dicen en los periódicos. Parece que nunca pasa una semana sin que...».

«¿Y qué hizo esta vez, Jim?», preguntó Grover ansiosamente.

«¿No oíste nada al respecto?».

«No. ¿Pero no trató de matar a alguien, verdad, Jim?».

«En cierto modo, sí. Yo diría que sí. La policía lo vio corriendo a más de sesenta millas por hora por la Calle Unión ayer tarde antecitos de las seis y lo persiguieron y lo obligaron a encunetarse antes de que pudiera salir de la ciudad. Según me contaron, cuando fueron a arrestarlo por andar a velocidad excesiva, sacó una navaja para atacar a los policías. Entonces es cuando habría podido matar a alguien si no le hubieran quitado la navaja de una patada y le hubieran dado un buen golpe en la cabeza. Tal vez Willy Shoelong puede sacarle una navaja a la policía en Memphis y no pasarle nada, pero no en Wolverton, ¡ah, no! La manera como la policía maneja este pueblo, y con o sin abogado, le darán un año de trabajos forzados por eso y no simplemente una multa de diez dólares por correr. La policía de Wolverton y el Juez Painter lo decidieron de antemano».

«¿Estás seguro de todo esto, Jim?».

«Segurísimo. Lo oí en la estación de policía. Y es lunes por la mañana. Eso hace una gran diferencia. A fines de la semana, como jueves o viernes, la policía es generalmente más suave con la gente por estar borracha en la calle o por golpear a la mujer y cosas así, e incluso les prestan oídos a los abogados. Pero no los lunes por la mañana, ¡ah, no! La explicación que yo le doy a eso es que el domingo todo el mundo ha estado en el sermón en la iglesia y le han inyectado tanta religión que se les derrama al día siguiente. Por eso les gusta empezar la semana siendo duros con los pecadores que han estado en riñas disparando o apuñalando el sábado en la noche, o en pura fornicación, y entonces es cuando el Juez Painter les da la máxima sin escuchar reclamos. Por eso puedes contar con que pondrán a Willy Shoelong fuera de servicio por todo un año —sin cortar barbas ni nada de lo otro».

«Bueno, es una buena cosa que le hagan eso a un tipo como él», observó Grover vagamente, tan aliviado que no podía pensar en decir nada más. Después de mirar la falda de la montaña en dirección a Wolverton por varios momentos, asintió con el rostro a Jim y se fue caminando hacia la oficina del establo. «Entremos y examinemos los libros, Jim. No hemos mirado las cuentas por algún tiempo y he decidido que ya no tengo urgencia de ir a ver a Ben Dowd inmediatamente. Le daré un poquito más de tiempo de lavarse el sueño de los ojos —como dijiste hace un rato».

«Malditos abogados», estaba diciendo Jim mientras entraba al establo con Grover. «Duermen hasta tarde y leen cuarenta palabras de sus libros de leyes y le ponen la soga al cuello a un pobre hombre si no puede sacar cuarenta dólares en efectivo tan pronto ellos chascan los dedos».

Después de pasar casi tres horas en la oficina del establo, Grover se fue en su carro a Wolverton.

II

Era poco más de una milla desde el grupo de graneros y establos hasta Wolverton pero como estaba conduciendo lentamente mientras pensaba en su razón para ver a su abogado, eran casi las once cuando Grover se bajó del carro en el estacionamiento detrás del Citizens Fidelity Bank. La oficina de Ben Dowd estaba en el segundo piso sobre el banco adonde podía llegarse por una estrecha escalera de madera por la parte exterior del edificio de dos pisos.

Cuando llegó al piso alto y abrió la puerta de la oficina, la no tan joven secretaria de Ben, *Mrs. Houser*, lo observó con su acostumbrada mirada impersonal como si nunca lo hubiera visto en su vida y lo considerara un intruso que no le había sido presentado apropiadamente. Ben decía siempre que *Mrs. Houser* era la secretaria ideal para él porque era la personificación de la ley y el orden, de la integridad profesional, de la moral integral, y de la maternidad sacrosanta, al paso que una secretaria más joven y más cordial en su oficina difícilmente alteraría su reputación de ser más que un *playboy* dedicado y un soltero picarón que el competente abogado que realmente era.

Con los labios comprimidos y la mirada austera y vestida en su acostumbrada blusa abotonada hasta el cuello y falda modestamente larga, sus escasos cabellos grises templados sobre la cabeza hasta rematar en un moño, *Mrs. Houser* no dio señales de reconocer a Grover ni lo saludó mientras lo miraba desde su escritorio donde se sentaba rígidamente erguida en su silla de recto respaldar y asiento de caña trenzada que parecía haber sido traída a la oficina desde su cocina. En realidad, era una silla de cocina de antigua moda. Le había dicho ella a Ben que se la consiguiera porque los hombres habían a propósito diseñado las sillas modernas de oficina de una forma tal que las extremidades inferiores de las secretarías se vieran indecentemente expuestas.

No importa quién entrara a la oficina de Ben Dowd, extraño o no, *Mrs. Houser* siempre daba la impresión inmediata de que una competencia de resistencia estaba teniendo lugar para decidir si era ella o el visitante quien hablaría primero. Aunque había sido la secretaria de la oficina por más de siete años, en apariencia mucho antes de esto había llegado a la etapa de la vida cuando la edad no se calculaba ya en años ni en décadas sino en toda una existencia.

Ben Dowd, que no había llegado aún a los cuarenta, siempre se divertía observando las confusas reacciones de políticos y negociantes que lo visitaban cuando eran confrontados por *Mrs. Houser* al entrar a su oficina por vez primera.

Generalmente lo primero que un desconcertado visitante decía, después de entrar a la oficina de Ben y de cerrar la puerta, era expresar admiración de que un abogado joven tuviera como secretaria a *Mrs. Houser*, que más parecía una abuela, en su silla

de cocina ante el escritorio de recepción.

Era entonces cuando Ben, con el rostro radiante de alegría, trataba de decir con toda seriedad que había estado aguardando por siete años que *Mrs. Houser* cometiera su primer error de mecanografía o que pusiera un documento en el sitio equivocado en los archivos de modo de tener una excusa para despedirla y conseguirse una linda secretaria joven con busto y piernas visibles.

En contraste, Ben Dowd tenía la apariencia, y en cierto modo la justificada reputación, de ser alegre y deportivo en su vida personal, aunque detrás de su jocunda apariencia había una gran habilidad legal, aguda y astuta. Financieramente exitoso, soltero todavía, y confortablemente corpulento para su altura de un metro ochenta, nunca había deseado asociarse con otro abogado ni lograr una posición política.

Sin embargo, año tras año, siempre oculto detrás de bambalinas y nunca visto en la escena, Ben era la fuerza dominante en la política del condado, y en no poca medida en la política del Estado, y su organización política del condado raramente dejaba de lograr que un demócrata escogido por él fuera elegido o nombrado para algún alto cargo.

Cuando se le preguntaba por qué había aguardado tanto para casarse y darle a una digna mujer joven una vida cómoda con su acompañante posición social, Ben decía que estaba aguardando un descenso abrupto de la tasa de divorcios en el país de modo de tener mejores posibilidades en ese tipo de juego de azar. Entretanto, sin embargo, tenía unas cuantas mujeres —muchas de ellas jóvenes divorciadas y viudas recientes— esperanzadamente interesadas en él como posible esposo de modo que tenía un amplio campo para escoger cuando decidiera dar semejante paso.

Finalmente, después de un largo intervalo de silencio, la competencia de resistencia entre *Mrs. Houser* y Grover terminó cuando *Mrs. Houser*, con un exasperado suspiro de rendición, le preguntó a Grover qué quería.

«Quiero ver a Ben Dowd», le dijo con una ancha sonrisa que ella sólo pudo interpretar como una radiante exhibición de victoria sobre ella.

Estaba a punto de preguntar a *Mrs. Houser* si ella podía pensar en alguna otra razón para estar allí cuando ella le habló de nuevo en su cortante manera.

«*Mr. Danford*, ¿tiene una cita con *Mr. Dowd*?».

Él negó con la cabeza.

«Entonces tendré mucho gusto de arreglar una cita para usted. ¿Qué día le...?».

«Para ahora mismo, *Mrs. Houser*. Ahora es cuando quiero verlo —no mañana ni pasado mañana. No podría esperar tanto tiempo».

Ella comprimió los labios como si nunca quisiera volver a hablarle. Antes de que ella pudiera decir algo, él fue a la puerta de la oficina interior, golpeó ruidosamente, y la abrió luego y entró a la oficina de Ben.

Ben que estaba hablando por teléfono, le indicó una silla frente a su escritorio mientras Grover cerró la puerta tras de sí. Después de escuchar un rato más el teléfono, Ben murmuró unas pocas palabras antes de cortar la comunicación. Era un

cuarto inusualmente grande con una espesa alfombra verde y, además del gigantesco escritorio con tope de cuero y varias sillas de altos respaldos, los principales muebles eran una docena de poltronas en cuero verde cuidadosamente espaciadas en torno a una ancha mesa de conferencias de caoba. Sobre los muros verde pálido había numerosas pinturas de gran tamaño con marcos dorados que representaban caballos y *ponies* y escenas plácidas de arroyos y campos y bosques.

Después de dejar el teléfono, Ben estiró el brazo sobre el escritorio y le dio la vuelta a una gran foto enmarcada para que Grover la viera. Era una fotografía de cuerpo entero, en colores, de una sonriente rubia de unos veinte años que tenía la piel tostada por el sol del verano y lucía un diminuto bikini.

«Grover, quiero presentarte a una amiga mía recién descubierta que vive en Jackson», dijo Ben en un tono grave de voz como si estuviera haciendo realmente una presentación formal. Luego con una sonrisa agregó, «puedes llamarla Gladys. Pero con una condición. Doy mi consentimiento y permiso sujetos a ser retirados si no permaneces del lado tuyo de la cerca. Recuérdalo. De todos modos, Gladys está loca por lo grandioso de la naturaleza y los grandes espacios abiertos. Puedes descubrirlo por la manera como luce en un traje de baño».

Grover asintió con el rostro.

«¡Estupendo, estupendo!», dijo Ben con una radiante sonrisa, reclinándose en su silla y tomándose las manos por detrás de la cabeza. «Tú eres propietario de parte de los grandes espacios abiertos con esa finca tuya de *ponies* y pensé que apreciarías uno de los sitios claves de la naturaleza. Me alegra que tengas tan buena percepción, amigo. Y mientras estamos en eso, hay otra cosa más que quiero decirte sobre Gladys. Y esta te concierne».

«¿Cómo puede tener que ver conmigo?».

«Ella anda loca por montar a caballo. Ahora, si Gladys viene de Jackson algún día para pasar un día al aire libre, quiero que le des un buen caballo de silla —no uno de esos *ponies* enanos, desde luego, para una mujer joven plenamente desarrollada— de modo que pueda cabalgar y cabalgar a gusto por colinas y valles en tu finca. Pero no te sorprendas si quiere cabalgar en pelo en vez de usar una silla, ella es el tipo de muchacha a quien se le ocurriría una cosa así».

«Seguro, Ben», respondió Grover al punto. «Le daré a Governor. Será un buen caballo para ella. Governor puede hacerle pasar un mal rato a un extraño, pero en cierto modo él puede notar la diferencia y le gusta ser suave y tierno con una mujer».

«¡Estupendo, estupendo! Conozco a Governor y sé que tiene mucha sensatez de caballo. Llamaré a Gladys por teléfono y arreglaré para que venga pronto. Y antes de que lo olvide, hay todavía otra cosa que debes saber de antemano sobre Gladys de modo que estés preparado y no te quedes ahí parado mirándola con la boca abierta como un bobo y la pongas en situación embarazosa».

«¿Qué quieres decir, Ben?», preguntó Grover.

«Te dije que es loca por lo grandioso de la naturaleza y los grandes espacios

abiertos y todo lo demás. Pero no te estoy hablando de caminar en la lluvia y contemplar crepúsculos ni irse de pícnic entre las vacas en un potrero. Bien, el hecho es que, siendo una chica moderna y librepensadora y demás, le gusta combinar los baños de sol con las cabalgatas».

«¿Ambas cosas al mismo tiempo?».

«Correcto».

«¿Y cómo puede hacerlo?».

«Tal como te lo dije», dijo Ben. «Le encanta cabalgar un caballo y quemarse al mismo tiempo. ¿Comprendes? Pero no te preocupes. Usa botas de montar y un suspensorio de *jockey*».

«¡Un suspensorio! Una chica...».

«Bueno ya te dije que es una chica moderna librepensadora».

«Ya sé, pero una chica con sólo un suspensorio...».

«No olvides las botas».

Grover estaba sacudiendo la cabeza. «Ben, me refiero a esa otra cosa».

«Si esto te preocupa, amigo, ¿cómo quieres llamarlo, un soporte atlético?».

Grover estaba aún sacudiendo la cabeza. «Pero, Ben... en los establos... los mozos de los establos...».

«Nada de qué preocuparte, viejo», le dijo Ben ondeando la mano. «Olvídalo. Probablemente tendrá encima un impermeable o algo por el estilo y no se lo quitará sino cuando se pierda de vista en los campos. Pero no tienes que seguirla para descubrirlo, viejo. Simplemente acepta mi palabra de que es verdad. Y mientras pienso en eso, no le des una fusta y espuelas cuando ensilles a Governor, quiero decir cuando le pongas las riendas, porque me temo que eso le daría ideas dañinas a su impresionable femenina cabecita librepensadora. Podría ocurrírsele montarme a mí con una fusta y espuelas y darme un rudo paseo. Y no quiero que empiece a hacer cosas así. ¡Bien! Todo eso está arreglado. Y ahora, ¿qué puedo hacer por ti, Grover? ¿Para qué querías verme? ¿Tienes un pleito en mientes? ¿Alguien te debe plata por un *pony* que no puedes cobrar? ¿Qué problema tienes?».

III

Grover estaba mirando a la fotografía en el escritorio y lo que vio no fue a la rubia Gladys sino una vívida pintura de Kathlee sonriéndole tan amorosamente la tarde anterior cuando finalmente llegó al albergue. Fue entonces cuando Ben repentinamente estiró el brazo, tomó la foto y le dio vuelta, de modo que ahora lo miraba a él y no a Grover.

«¡Oh no, sinvergüenza!», dijo, sacudiendo la cabeza como si le hiciera una seria advertencia. «Esa ya está tomada. Tendrás que ir a otra parte y encontrarte una».

«Ya lo he hecho, Ben», Grover dijo seriamente. «Por eso he venido a verte».

«¿Quién? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?».

«Ben, ella es la nueva maestra de la escuela de negros. Se llama Kathlee. Es una chica de color. Y es fuera de lo común. Tiene una piel morena muy clara y pelo castaño ondeado como algunas chicas blancas que tú conoces. Créeme, Ben, no podrías notar la diferencia...».

«Estás bromeando».

«No».

«Una chica de color... una negrita...».

«¡Cállate!».

Hubo un largo silencio mientras él miraba fijamente a Grover.

«Muy bien», dijo entonces Ben. «Retiro mis palabras. Te pido perdón. Una chica de color. Pero ¿qué diablos, Grover?».

«Quiero casarme con ella».

«¿Qué dijiste?».

«Me oíste bien. Casarme con ella».

«¡Casarte con ella! Pero qué estúpido. ¡Tú, yanqui! ¡Extranjero estúpido! ¡Comunista! ¡Qué demonios!».

«Hablo en serio, Ben».

«Estás completamente loco ¡eso es lo que pasa! Tú eres un blanco. No puedes hacerlo. Sería un pecado Bautista. Y no sería legal, de todos modos. Los matrimonios mixtos no se permiten en este Estado. Y si te fueras a algún otro sitio y lo hicieras, yo me encargaría de que te arrestaran si volvías a poner el pie aquí. Por Dios, buscaría en las leyes hasta que encontrara la correcta para colgarte. Pero ahora mismo en lo que estoy pensando es en salir corriendo e internarte en el asilo de locos. Allí estarías seguro hasta que te curaran y volvieras a ser cuerdo».

Se quedaron allí mirándose fieramente el uno al otro por un largo rato. Finalmente, con una ancha sonrisa en su rubicunda cara, Ben Dowd fue el primero en hablar.

«De modo que tú fuiste el blanco que la agarró primero. He estado oyendo mucho

de ella durante las dos últimas semanas, una cantidad de padrotes de la localidad tenían ideas sobre ella. Pero tú fuiste el primero. Y ¿qué hiciste, viejo? La violaste y luego tuviste remordimientos de conciencia y piensas que deberías casarte con ella. Tú eres un auténtico caballero sureño, viejo. Tengo que admirarte por ello. Me quito el sombrero. Un auténtico caballero sureño no es fácil de encontrar en estos días. La mayoría se han ido al norte o a Texas o a algún otro sitio olvidado de Dios. Si tuviera a la mano una bandera de los Confederados, me pondría en pie y la ondearía para ti. ¡Qué hijo de puta eres!».

«Créeme, Ben, no sucedió así».

«Bueno, no importa cómo haya sido, no puedes casarte con ella».

«¿Y por qué no?».

«Ya te he dicho que sería un matrimonio ilegal en este Estado. Ni violación, ni preñez, ni consentimiento ni ninguna otra cosa harían la menor diferencia». Su voz era entonces áspera y sin el menor rastro de compasión. «Sería ilegal incluso si pudieras obtener una licencia matrimonial, lo cual no puedes. Ningún empleado del condado va a arriesgarse a ir a la cárcel por darte una licencia para un matrimonio mixto. ¡Qué diablos, Grover! ¡Y hay muchas otras razones, por todos los diablos! Y aunque las cortes llegaran a legalizar un matrimonio interracial en este Estado, serías exilado, corrido de la región por jinetes nocturnos, y hay muchos de ellos para hacerlo. Nunca podrías vivir de nuevo en esta parte del mundo. Los Bautistas y Metodistas y demás no lo soportarían. Tendrías que abandonar tu linda finca, todo cuanto tienes. Deberías detenerte a pensar lo duro que trabajó tu papá para crear todo eso y dejarte todo lo que tienes. Ahora, no seas idiota, Grover. ¡Despierta!».

«Pero, Ben, nunca he conocido a nadie como ella antes, no puedo dejarla».

Después de una larga pausa de meditación, Ben sonrió con un lento asentir del rostro.

«Está bien. Creo que hablas en serio. Y no tienes que dejarla, viejo. Si crees que tienes que tener esta chica de color como dices, te diré lo que debes hacer. Hay una manera sensata —una forma tradicional— la antigua costumbre de la humanidad, consagrada por el uso inmemorial».

«¿Cuál es?».

«Quédate con ella —como amante, concubina— o como quieras llamarla. Tú me comprendes. Tendrás todo lo que quieres y nada que perder, siempre y cuando no te exhibas en público con ella. No serás el primero en Wolverton que arregló así las cosas. He conocido incluso Bautistas y Metodistas que han hecho lo mismo, y estando casados. Y si esos santurrones lo hacen, no hay razón para que un Presbiteriano...».

«Eso no era lo que yo tenía pensado», protestó Grover rápidamente. «Cuando vine a verte...».

«Es tiempo de un receso», le dijo Ben abruptamente, levantándose y yendo hacia la puerta. «Tengo un calambre en la pierna y tú tienes uno en el cerebro. Vamos hasta

el club y tomémonos un trago, quizás hasta necesitemos dos o tres para curarnos de este mal que nos aqueja».

Al pasar por la recepción, *Mrs. Houser* se levantó de su silla para hablar con Ben.

«*Mr. Dowd*, si hay algún telefonazo importante para usted, ¿dónde podré encontrarlo?».

«No quiero que me encuentre, *Mrs. Houser*».

«Muy bien, *Mr. Dowd*», dijo ella con su estilo calmadamente eficiente. «No lo llamaré al club a menos que sea absolutamente necesario».

Al bajar la estrecha escalera de madera a la calle, Ben dijo que sería una buena idea si ambos pensaran mucho la cosa en vez de hablar durante el camino al club de modo que sus mentes estuvieran preparadas para tomar decisiones sensatas. Al avanzar por la Calle Unión, varias personas les hablaron, pero, en vez de detenerse a charlar, simplemente les ondearon un amistoso saludo con la mano cada vez.

No se habló una sola palabra durante todo el trayecto hasta que llegaron al club y se sentaron en una mesa en el rincón más alejado del bar. Ben ordenó dos tragos. Nada más se dijo hasta que los dos vasos de *bourbon* doble con agua llegaron a la mesa.

«Supongo que oíste que Willy Shoelong, el supuesto barbero de Memphis, se sacó su merecido y más en la estación de policía esta mañana», observó Ben de manera casual después de que ambos habían tomado un sorbo. Él se sentía confiado de que podría persuadir a Grover de actuar siguiendo sus consejos, pero quería demorar un poco más la charla sobre el tema hasta estar seguro de la manera como debería enfocar el problema. «Willy comenzó a hablar muy pomposamente como si él fuera el que manejaba el tribunal y exigió tener su propio abogado de Memphis, pero el Juez Painter ya tenía sus ideas al respecto. Nombró a uno de los abogados locales que ocasionalmente estaba en la corte para que representara a Willy. Y así acabó todo. Willy obtuvo la máxima tan pronto como el Juez Painter pudo imponérsela. Un año de trabajos forzados por atacar con una navaja a los dos policías de Wolverton que lo arrestaron por exceso de velocidad».

Grover alcanzó su vaso y lo vació de un trago.

«¿No hay esperanza de que Willy Shoelong salga con fianza, verdad, Ben?», preguntó apresuradamente, casi tumbando el vaso vacío al ponerlo en la mesa.

«No. ¿Por qué?».

«Sólo estaba pensando, eso es todo».

«Estás mal, muchacho, mal de veras. Lo que necesitas para curarte es otro trago rápido».

Ben campaneó los cubos de hielo en su vaso y pidió en voz alta otros dos tragos. Se sentaron en silencio hasta que les sirvieron la segunda tanda.

Bajando cuidadosamente la voz de modo que los otros hombres en el bar no pudieran escuchar lo que hablaban, Ben se inclinó sobre la mesa.

«Voy a decirte algo ahora, Grover, y lo he pensado muy cuidadosamente. Y no

digas nada hasta que termine lo que quiero decir. Ya tendrás tu turno. Mira, se trata de esto. Quiero que abandones por un año entero la idea de casarte con esa chica de color y entonces al final de un año hablaremos de nuevo sobre eso si es necesario. Y por un año entero la puedes tener, como te dije en la oficina. Saldrás mucho mejor librado y sin ningún problema. Y la única diferencia entre casarte con ella y tenerla será que deberás cerciorarte de que no te vean por ahí en ninguna parte, a ninguna hora. Absolutamente nunca. ¿Lo entiendes?».

Grover asintió. «Te entiendo, pero...».

«Aguarda a que termine, Grover», dijo Ben. «Esto es como será. Tú podrás verla cuanto quieras en tu casa después de que los empleados y criados se hayan ido a sus casas, y antes de que regresen por la mañana. O cuando quieras darles el día libre a Annie y Della. Ahí tienes. ¿Qué más podrías exigir, casado o no? Ahora, piensa en eso y ve si no acabas por estar de acuerdo conmigo».

Grover tomó su vaso y se echó atrás en la silla. Se quedó allí mirando al otro extremo del salón como si estuviera mirando un lugar nebuloso a unas cuantas millas de distancia.

«¿Y bien?», preguntó Ben, golpeando impacientemente en la mesa con los nudillos. «¿Qué piensas, Grover?».

«¿Cómo podría hacer yo eso, Ben? Si yo fuera a buscarla, ella no podría venir conmigo en el carro pues alguien podría vernos. Y es demasiado lejos para que vaya caminando todo el trayecto desde Wolverton a mi casa y regresar luego».

«Muy sencillo, viejo. Muy sencillo. Estaba esperando que me lo dijeras. Cómprale un carro. No uno nuevo. Eso llamaría mucho la atención. Pero un buen carro usado que parezca el tipo que una maestra de escuela podría darse el lujo de tener. Deberá ser de un bonito color conservador, no rojo brillante ni nada por el estilo. Y la licencia estará a su nombre, no al tuyo. Y el seguro a su nombre, también. Tú pagas todo. ¿Ves qué fácil resultaría? Y yo me encargaría de todos los detalles. Es la única forma en que podría hacerse, viejo. Pero la próxima vez que se te ocurra casarte, escoge una chica blanca, o búscate otro abogado. ¿Me oyes?».

«Te oigo».

«Y cuando digo una chica blanca, no me refiero a Gladys. ¿Me oyes?».

«Te oigo».

CAPÍTULO 6

I

En las sofocantes tardes de agosto durante los últimos años cuando estaba en camino a su casa a las seis de la tarde, después de terminar su labor diaria en los establos, Jeff Bazemore había tenido la costumbre de detenerse en el pozo junto a la cerca de la finca de *ponies* para nadar sólo por media hora o más.

Las pocas veces que Jeff no se había detenido a nadar en el pozo era cuando había una violenta tempestad de truenos y rayos al final de la tarde y entonces se iba siempre derecho a casa de los Lawsons en Media Vida.

Aunque para entonces el pozo no había sido usado para dar de beber a los *ponies* por muchos años, y estaba ahora rodeado de altas encinas y enmarañados sauces que lo hacían invisible desde la vía férrea, el ancho camino hecho por los cascos de los *ponies* desde el albergue no había sido invadido aún por yerbas y matorrales y Jeff tenía la costumbre de desnudarse en el albergue y dejando allí su ropa se iba por el sendero al pozo a nadar. Nunca había pedido permiso ni a Grover Danford ni a Jim Whittaker para nadar en el pozo y nunca había pensado que nadie supiera que él iba allí.

Los otros mozos de establo tenían caminos más cortos para llegar a sus casas ya que vivían en direcciones diferentes y Jeff se había acostumbrado a estar solo y le gustaba pensar que el pozo era su propia piscina privada. Al hacerse más cálidos los días del verano, y más húmedos, cada vez que corría chapoteando en la fresca agua clara él tenía la esperanza de que algún día tendría una finca de *ponies* propia con un gran pozo en el cual nadar.

Jeff Bazemore tenía dieciséis años ese verano con un año más de secundaria por delante antes de dejar la casa para entrar a la universidad. Grover Danford le había asegurado varias veces durante el último año que tendría una educación universitaria de cuatro años y todos sus gastos pagos como un bono por haber trabajado tan duro y tan fielmente desde que había empezado a entrenar los Shetlands cuando tenía nueve años.

Ya medía uno con ochenta y era de cuerpo robusto. Durante el último año Jeff se había transformado en un joven muy buen mozo con su ondulado pelo castaño y su piel de un moreno más claro aún que el de su madre. Cuando Grover y Jeff estaban juntos en los potreros y establos, era fácil reconocer un notable parecido particularmente en la forma de las delgadas narices y el molde de sus labios y un pronunciado arco de las pestañas. Varias veces en los últimos meses Jim Whittaker había observado de manera al parecer casual, pero nunca a oídas de Grover, que se

parecían tanto los dos que cualquiera que no supiera quiénes eran podrían pensar que eran parientes muy cercanos.

Era una de las sofocantes tardes de agosto de costumbre cuando Jeff, después de nadar y chapotear en el pozo por casi una hora, salió del agua y se fue por el sendero de los *ponies* al albergue para vestirse.

Ese día había sido sin una nube ni amenaza de tormenta, pero para ese momento de la tarde con el sol aún lejos de ponerse, el aire se estaba volviendo fresco y cómodo en la sombra. Sin apresurarse, y silbando perezosamente de vez en cuando, Jeff se tomó su tiempo al ascender por el sendero enyerbado. La cena en casa de los Lawsons era siempre después de ponerse el sol en verano e igualmente en invierno y quedaban todavía casi dos horas de luz.

Cuando Jeff llegó al albergue, sus ropas no estaban ya en el banco donde sabía que las había dejado ni se veían por parte alguna. Él sabía el sitio exacto donde había dejado su camisa y pantalones al desnudarse, porque siempre los ponía en el mismo sitio cada vez, y su pensamiento inmediato fue que uno de los mozos del establo le estaba jugando una broma escondiéndole la ropa mientras estaba en el pozo. Al principio no se sintió especialmente preocupado, porque no había muchos sitios en el albergue donde pudiera esconderse nada así.

Mientras trataba de pensar cuál de sus amigos sería el más probable que le hubiera hecho esa clase de broma, empezó a buscar sitios donde su camisa y pantalones pudieran estar escondidos. Miró primero en el establo del caballo, luego en todos los comederos, arriba en las vigas, y finalmente fue detrás de la alta pila de heno embalado que se mantenía en la parte trasera del albergue.

No encontrando aún su ropa, Jeff se dio vuelta para buscarlos en algún otro sitio, y fue entonces cuando vio a Effie Devlin de pie en el angosto pasadizo entre el muro del albergue y la pila de heno embalado.

Aunque estaba demasiado sorprendido para decir nada, él sabía que estaba arrinconado sin manera de escapar mientras se mantuviera allí.

Sintiéndose de repente avergonzado al darse cuenta de que ella estaba viéndolo completamente desnudo, encorvó los hombros hacia adelante y trató de cubrirse con las manos cuanto podía.

Mientras la miraba, se preguntaba por qué Effie Devlin habría venido al albergue y escondido su ropa.

«Hola, Jeff», la oyó decir.

Él inclinó la cabeza sin hablar.

«¿No sabes quién soy, Jeff?».

Él asintió de nuevo con la cabeza.

«Entonces no te quedes ahí con esa cara de susto», dijo Effie, con una voz pastosa y excitada, mientras sonreía. «No tienes nada que temer. Puedes actuar naturalmente. Nadie sabe nada de esto».

«¿Nadie sabe nada de qué?», preguntó amedrentado.

«Nadie sabe que te seguí aquí».

«¿Y para qué lo hizo?».

«¿Para qué crees?».

«No lo sé, pero ojalá no lo hubiera hecho».

«Jeff, tú no quieres decir eso y herirme en mis sentimientos, ¿verdad?».

Ella se había acercado un paso más y estaba sonriéndole con un leve oscilar desaprobatorio de la cabeza.

«Usted me escondió mi ropa, ¿verdad?», dijo él acusadoramente. «¿Por qué lo hizo?».

«Para que no pudieras huir, para eso. Caramba, qué hermoso estás. De veras que has crecido durante este verano. ¡Caramba! ¿Cuántos años tienes, Jeff?».

Él sacudía la cabeza preocupado. «Dieciséis. Pero no puedo quedarme aquí así. *Mrs. Devlin*, por favor deme mi ropa ahora y déjeme ir. Por favor, señora, por favor. ¿Dónde la escondió?».

En vez de responderle, Effie empezó a sacudir el polvo y las telarañas de una vieja manta color marrón que había estado sosteniendo en las manos. La conoció inmediatamente, porque la había visto colgada todo el verano en un gancho cerca del establo del caballo.

Aunque estaba curioso sobre la razón por la cual ella estuviera desempolvando la manta, estaba más preocupado entonces por encontrar su ropa y cubrirse que por cualquier otra cosa. Effie continuaba sacudiendo con energía la manta, como si estuviera decidida a eliminar el último grano de polvo y el último hilo de telaraña.

«Por favor, señora, dígame dónde escondió mi ropa», suplicó. «*Mrs. Devlin*, no quiero verme en líos —líos así— yo soy un muchacho de color y...».

«No habrá líos de ninguna clase ahora ni nunca si te portas bien», le dijo en voz tranquilizante.

«¿Y qué quiere decir portarse bien?».

«Caramba, tú debes saber hacerlo. No podrías haber crecido así y no saber nada sobre eso».

«Pero ¿qué quiere usted que yo haga?».

«¡Caramba! ¡Esa pregunta si es bien cómica!».

«Tal vez le suene cómica a usted, pero para mí, *Mrs. Devlin*, es cosa seria».

Jeff había estado tratando de mantenerse cubierto lo mejor que podía utilizando las manos y los brazos, y entonces de repente trató de alcanzar la manta para envolverse con ella. Effie lo eludió antes de que pudiera alcanzarla, y entonces, sonriendo excitadamente, comenzó a soltarse el traje. Ya se había quitado los zapatos, y al caer de su cuerpo el traje de verde desteñido Jeff vio que era la única ropa que llevaba. Sacudiendo su enmarañado y corto pelo rubio de su frente, se quedó allí con la blancura de su cuerpo desnudo reluciendo a la luz del sol de la tarde.

II

Effie Devlin era una mujer de gran tamaño de gruesos brazos y piernas y grandes nalgas pesadas y, aunque no había llegado aún a los veinticinco, su inmensa talla la hacía parecer diez años mayor de lo que en realidad era. Trozos de grasa en las caderas se hinchaban bajo la piel y sus enormes senos caían hacia abajo como si estuvieran pesadamente lastrados y oscilaban de un lado a otro con el menor movimiento de su cuerpo. Tenía una agradable sonrisa y pequeños hoyuelos en las mejillas, pero tenía varios dientes desiguales y manchados que le daban una apariencia amenazante aunque estuviera sonriendo complacida por algo. Effie había estado casada por varios años con Mike Devlin, que había sido uno de los choferes de camión de Grover Danford por mucho tiempo, y vivían en una de las pequeñas cabañas blancas junto a Saddle Creek.

Mike y Effie habían estado teniendo frecuentes disputas ruidosas desde que se casaron y había habido ocasiones en que habían salido de la casa al patio de enfrente a gritar y pelear y luchar en el suelo a plena vista de los vecinos. Aunque eran casi de la misma estatura, Effie era más pesada que Mike y generalmente lograba dominarlo en el suelo y golpearlo con los puños y los codos y rodillas hasta que él se daba por vencido. Después de la pelea regresaban a la casa y Effie se mostraba alegre y amorosa durante varios días hasta la próxima pelea.

Cuando le preguntaban a Mike por qué él y Effie peleaban tanto, él decía que Effie siempre empezaba quejándose de que él bebía más de la cuenta cuando traía a la casa unas cuantas botellas de cerveza los sábados por la noche. Effie, sin embargo, decía que la verdadera razón era porque había muchas ocasiones cuando recibía el cheque de Grover Danford, lo guardaba y se lo llevaba cuando tenía que hacer un viaje con el camión y lo cambiaba en un burdel de Memphis o de cualquier otro sitio adonde fuera en vez de darle a ella algo de dinero por cocinarle sus comidas y por dormir con él.

«Mrs. Devlin, tengo que irme», Jeff suplicó desesperadamente. «No me haga quedarme aquí más tiempo así. Por favor, dígame dónde escondió mi ropa. Deme aunque sea los pantalones. Puede guardarse el resto si quiere. Pero no puedo irme a casa desnudo como estoy. La policía me agarraría, seguro. Me pondrían preso. Y no quiero líos así. Por favor, señora, déjeme ir».

«Caramba, Jeff, tómalo con calma. No tienes que ir a ninguna parte ahora. Nadie va a venir a husmear en este viejo albergue a estas horas. Tal vez vengan algunos ponies, pero ellos no cuentan. Este es el sitio más seguro de todo el condado. Te lo aseguro. Yo no tengo miedo, y no hay razón para que tú lo tengas».

«Mrs. Devlin... no puedo evitarlo. Tal vez usted no esté asustada, pero yo sí».
Effie se rió.

«Si ese míster puyón tuyo pudiera hablar, no estaría diciendo nada parecido. Ese no tiene nada de miedo. Puedo darme cuenta por lo bien parado que está. Está de veras contento y suplicando quedarse. Hazle caso a lo que quiere y no te irás».

«Pero *Mrs. Devlin*... usted es una señora blanca y...».

«Tú casi podrías pasar por blanco, Jeff. Caramba, si ni siquiera pareces tener trazas de color o nada por el estilo. Tienes ese lindo cabello castaño ondeado y nada de negro en todo el cuerpo. ¿Qué eres? ¿Eres parte de indio o gitano con algo de blanco también? ¿Cómo lograste nacer con ese color?».

«Yo no sé nada de eso, pero...».

«Si tienes miedo de Mike —si es eso lo que te preocupa— Mike anda muy lejos. Estará fuera por dos o tres días. Se fue con un cargamento de *ponies* hasta St. Louis».

«Ya lo sé... Yo mismo le ayudé a cargar los *ponies* ayer por la mañana. Pero eso no hace ninguna diferencia. Quiero mi ropa, *Mrs. Devlin*. Por favor, déjeme pasar y yo mismo la buscaré».

Effie sacudió de nuevo la manta marrón.

«Deja de portarte ya como un viejo extraño». E hizo un mohín sacudiendo el pelo enmarañado. «Me has visto muchas veces antes por los establos. Te he observado muchas veces. Te he estado observando y se me vinieron ideas a la cabeza, aunque tú no lo sepas. Y te seguí ayer tarde hasta aquí cuando te fuiste a nadar en el pozo. Me imaginé que ahora que Mike se fue a St. Louis era el momento oportuno, y yo estaba escondida en los matorrales aguardando y esperando que terminaras. Pero algo debe haberte asustado —quizás me oíste o me viste en los matorrales— porque te viniste corriendo al albergue y te vestiste tan rápido que no pude llegar aquí a tiempo de detenerte antes de que te fueras. Por eso es que volví esta tarde y te escondí la ropa y se va a quedar escondida hasta que te portes bien».

Jeff se movió incómodamente, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra varias veces. Al mirar entonces a Effie Devlin, su inmenso cuerpo parecía haberse expandido hasta bloquear completamente el angosto pasadizo entre el muro del albergue y la alta pila de heno embalado.

«¡Caramba! Parece como si estuvieras a punto de portarte como yo quiero», dijo Effie con una sonrisa complaciente. «Tú podrás tener miedo, pero el puyón no muestra la menor señal de susto».

«¿Qué quiere usted que yo haga, *Mrs. Devlin*?».

Effie se inclinó y extendió cuidadosamente la manta sobre el piso áspero de madera.

«¡Cógeme, muchachote! ¡Quiero que me cojas!».

Ella se había erguido y estaba de pie sobre la manta con las piernas abiertas. Su redondo rostro estaba encendido de excitación y pequeñas gotas de sudor brillaban sobre su estómago mientras su carnoso cuerpo empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás.

«Te lo digo en serio», dijo Effie con ceño impaciente, «si no me tiras al suelo

rápido, te tiro yo. Caramba, no he venido aquí dos veces, ayer y hoy, para nada. No después de observar y esperar todo el verano. Yo tengo mi orgullo. Ahora ven, acércate, y te manosearé un poquito. Entonces te será más fácil. Yo sé cómo. Ese señor puyón está listo para empezar. Está que salta, y él sabe dónde está la niña hoyos. Vamos, señor puyón».

«Mrs. Devlin... si alguien me viera... Mrs. Devlin».

«¡Vamos, señor puyón! ¡Busca a la señorita hoyos!».

Effie se acercó más a Jeff, y cuando ella trataba de agarrarlo, él se lanzó de cabeza tratando de escapar desesperadamente por el angosto pasadizo.

Vigilante y alerta, Effie lo ciñó instantáneamente por la cintura con sus fuertes brazos y lo levantó hasta que los pies le quedaron bailando en el aire. Estrangulado entre sus poderosos brazos, él luchaba por respirar cuando ella le mordió el hombro tan dolorosamente con sus dientes desiguales que él aulló y trató de liberarse golpeando con los codos. Apretándolo aún más, Effie no dejaba de morderlo hasta que aulló por segunda vez y luego lo arrojó de espaldas sobre la manta. El peso de su cuerpo cayendo sobre él le quitó completamente el aliento y mientras estaba luchando por poder respirar de nuevo ella ya estaba sentada sobre él a horcajadas, presionándole los muslos con sus fuertes piernas.

«Caramba, actúe con naturalidad, señor puyón», dijo Effie con una pastosa ternura.

Entonces, conteniendo momentáneamente el aliento, lo cubrió con un solo empujón de su cuerpo.

«Siéntase ahora en casa, señor puyón», susurró entonces. «Bienvenido. No sea tímido».

Casi inmediatamente empezó a golpearle el pecho y los hombros con los puños. Cuando ya no podía soportar más sus golpes, Jeff trató de quitársela de encima con sus brazos y codos, pero nada podía hacerla detenerse hasta que le agarró los inmensos senos que se balanceaban sobre él. Sus senos eran demasiado grandes para poderlos tomar completamente con las manos y él tuvo que clavar las uñas en su carne para poder mantener parte de ellos entre las manos. Effie, que no lo golpeó ya más desde entonces, empezó a sonreír satisfecha. El sudor le corría por el cuello y los senos y caía gota por gota sobre Jeff que podía gustar la sal en sus labios.

III

Su redondo rostro incendiado y ardiente, y sonriendo aún felizmente, Effie echó atrás su rubio cabello y empezó a cantar.

*Todas las mañanas
Al despertar yo,
Nunca estoy contenta
Mientras no haga... ¡jop!*

Para cuando había llegado al final de la estrofa, ella se había levantado lentamente sobre las rodillas, y al decir *¡jop!* entonces se lanzaba hacia abajo de nuevo con todo el peso de su cuerpo.

«¡Caramba! ¿No es una linda canción?», decía, suspirando profundamente y mirándolo con su radiante sonrisa. «¿No te parece muy adecuada para la ocasión, Jeff? No sé cuánto hace que la oí la primera vez, tal vez se me ocurrió y la inventé yo misma. Me gusta hacer cosas así. De todos modos, se vuelve más bonita y resulta más natural y oportuna cada vez que la canto así. Tú la aprenderás de mí de modo que puedas cantarla también y verás que pensarás lo mismo, también».

Sin voluntad para resistirla más, y olvidando todo su miedo, Jeff le agarró los inmensos senos más ansiosamente.

Cerrando los ojos, y llena de elación sacudiendo la cabeza hacia atrás, Effie empezó a cantar de nuevo.

*Si no me levanto
Pues no sale el sol,
Es el mejor tiempo
Para más... ¡jop! ¡jop!*

Al final, Effie se lanzaba hacia abajo sobre él dos veces con todo el peso de su cuerpo con cada *¡jop! ¡jop!*

«Y esa no es toda la canción», estaba ella diciendo. «Hay otros versos más. ¡Caramba! Nunca quiero parar una vez que comienzo».

Su cuerpo había comenzado a oscilar con el ritmo musical cuando empezó a cantar de nuevo.

*Si la luna sale
Al ponerse el sol,*

*Yo no pierdo el tiempo:
Me pongo a hacer... ¡jop!*

Effie terminó de cantar la estrofa lanzándose de nuevo excitadamente sobre él.

«Canta esta vez conmigo», le dijo a Jeff al empezar a subir y bajar su cuerpo con el ritmo de la canción. «Vamos, canta, Jeff. Tú agarrarás las palabras, es fácil de hacer. Y haz tú también un poco de “jop”. Ambos lo haremos al mismo tiempo. ¡Caramba!, ¡así será mejor todavía!».

Las manos resbalosas de sudor en el calor del verano, Jeff no podía continuar agarrando sus senos cuando Effie empezaba a cantar y sacudirse con el ritmo de la música. Entonces él estiró cuando pudo los brazos y le clavó las uñas en las nalgas.

*Si es la media noche
Y despierto yo,
Lo primero que hago
Es hacer... ¡jop! ¡jop!*

Effie había empezado a cantar otra estrofa, pero después de las primeras palabras se detuvo abruptamente como si de repente estuviera agotada y exhausta. Levantándose en vilo y dejándose caer al lado de él sobre el duro piso, ella se quedó inmóvil.

«¿Está usted bien, Mrs. Devlin?», preguntó Jeff que se había sentado y la estaba mirando, temeroso de que le hubiera dado un ataque al corazón y fuera a morir ahí mismo. «Mrs. Devlin... Mrs. Devlin... ¿qué le pasa? ¡Diga algo! ¿Qué le pasa, Mrs. Devlin?».

Sin abrir los ojos, Effie sonrió levemente al inhalar profundamente una bocanada de aire.

«Nada anda mal», dijo después de un momento. «No quería dejar de hacerlo tan pronto pero de repente me sentí muy cansada. ¡Caramba! Duraste más que yo. No fue culpa tuya que yo tuviera que suspender el juego».

Lentamente abriendo los ojos, miró entonces a Jeff.

«Ahora te diré dónde escondí tu ropa. Anda a mirar detrás de la pila de heno allá donde se apoya contra el muro. Te juro que nunca la habrías encontrado aunque hubieras gastado todo el día buscándola».

Después de hallar su ropa y de vestirse rápidamente, él regresó adonde Effie estaba sentada y poniéndose los zapatos. Mientras estaba observándola y preguntándose por qué se pondría los zapatos antes que el vestido, ella alzó el rostro para mirarlo y sonrió.

«Jeff, ¿no estás contento ahora de no haberte ido como trataste de hacerlo hace un ratito? ¿No estás contento de verdad?».

Recordando de repente cuánto miedo había tenido de que alguien lo viera con

ella, él miró en torno al albergue con una mirada preocupada.

«Mrs. Devlin, ¡tengo que irme!».

«Caramba, no tengas tanta prisa, Jeff. Me siento muy sola. Quédate un ratito más y hazme compañía. Y esa canción es tan linda, que quiero seguir cantándola todo el tiempo. Oye, empecemos desde el principio y cantémosla otra vez».

Cerrando los ojos, con sus grandes senos oscilando rítmicamente empezó ella a cantar.

*Todas las mañanas
Al despertar yo,
Nunca estoy contenta
Mientras no hago... ¡jop!*

Mientras estaba terminando el primer verso, trató de levantar sus nalgas hacia arriba y hacia abajo pero no pudo levantar el cuerpo del suelo. Con un hondo suspiro empezó a luchar por levantarse, y Jeff la agarró uno de los brazos con ambas manos y haló hasta que ella pudo ponerse en pie.

«Estoy tan feliz de que no estés bravo conmigo ahora y me siento dichosa sobre todo por razones personales que tú no conoces», le dijo mientras le limpiaba la camisa y los pantalones, sacudiéndole el polvo y las telarañas.

Él podía ver lágrimas en sus ojos y se preguntaba por qué estaría llorando después de decir que estaba tan feliz.

«Caramba, Jeff, mira qué cantidad de polvo y telarañas en tu linda ropa. No quiero que llegues a casa así —me avergonzaría. Todo es mi culpa por no haber encontrado un mejor escondite —pero estaba tan apurada por esconderte la ropa que no sabía lo que estaba haciendo. Estoy muy avergonzada por eso. Quiero que te veas bien en tu ropa».

Cuando finalmente terminó de limpiarle la camisa y los pantalones a satisfacción, dio un paso atrás y asintió con un gesto de aprobación. Después de eso tomó del suelo su desteñido traje verde y lo sacudió.

«¿Quieres saber algo, Jeff?».

«¿Qué, Mrs. Devlin?».

«Es un secreto, pero te diré por qué estoy tan feliz, si no se lo cuentas a nadie». Las lágrimas le caían por el rostro encendido mientras se ponía el traje. «Quiero que sepas, pero tienes que prometerme no contárselo a nadie».

«No se lo diré a nadie, Mrs. Devlin», dijo él al punto. «Lo juro que no lo haré».

«Entonces que Mike nunca llegue a saberlo. Me mataría para hacerme decir quién lo hizo. Y entonces iría tras de ti también».

Las lágrimas le caían ahora por el rostro tan rápidas que rodaban antes de que pudiera limpiárselas.

«Desde que me casé con Mike —todos estos años— he deseado tener un bebé.

Pero Mike no me lo puede dar. Algo no funciona bien, él hace cuanto puede, pero el bebé no llega. Yo fui al médico y él dice que yo estoy muy bien y que es culpa de Mike y no mía. Sólo un bebé sería suficiente si no puedo tener más. Uno solito. He rezado y rezado y ensayado y ensayado y he comido cenizas de la estufa y mascado raíces de sasafrás pero nada ayuda. Hay un hombre —un hombre blanco— que trabaja aquí en la finca. Pero no quiso tener nada que ver conmigo. Él dijo que yo era demasiado grande y gorda para jugar conmigo. Eso fue hace como dos meses. Y después de eso fue cuando te escogí y empecé a observarte y a pensar cómo hacerlo. Tú eres bastante blanco. De modo que no habrá mucha diferencia. No me pareces de color en lo más mínimo. Y ahora voy a tener un bebé —lo sé— lo siento aquí».

Jeff, desconcertado, y sintiéndose demasiado débil para mantenerse en pie, se sentó en una paca de heno. Nunca había pensado que una cosa parecida pudiera sucederle —ni siquiera con una chica de color— y una sensación de entumecimiento le recorrió todo el cuerpo mientras contemplaba la blancura de la piel de Effie cayendo aterrorizado en la cuenta de lo que ella había dicho.

Effie se había arrodillado y estaba oprimiendo su rostro húmedo contra él mientras lo apretaba con toda la fuerza de sus brazos. Casi había dejado de llorar entonces y su temblor y sus sollozos gradualmente se desvanecieron mientras se aferraba a él.

«Caramba, qué feliz estoy ahora», Jeff podía oírla diciendo apenas algo más que un suspiro como si estuviera hablando sola. «Y tú has hecho todo esto para hacerme feliz. Voy a tener un precioso bebé que acunar y amamantar y cuidar. Es lo que he estado deseando tanto tiempo y no podía conseguir. Tengo docenas de lindas muñecas con qué jugar, muchas las he hecho yo misma. Caramba, tengo tantas muñecas que no puedo recordar siempre todos sus nombres y tengo que detenerme y pensar antes de poder jugar con ellas algunas veces. Pero tan pronto empiezo a jugar con ellas me hace sentirme peor porque no son reales y entonces lloro a mares».

Effie alzó la cabeza y miró a Jeff.

«Ahora no tendré que seguir llorando así, sabré que mi precioso bebé está al llegar. No tendré que seguir jugando a las muñecas y llorar cada vez que lo hago. Ojalá hubiera podido seguirte al albergue mucho antes y entonces no habría tenido que esperar tanto tiempo más mi precioso bebé de verdad. Estoy tan feliz ahora que creo que voy a llorar un poco más, de todos modos».

CAPÍTULO 7

I

Cuando Grover Danford oyó de las amenazas que Mike Devlin estaba haciendo, era media tarde de un suave y agradable día de junio.

No era nada nuevo que Mike se enfureciera por cualquier observación trivial o algún accidente baladí y empezara una pelea a puñetazos en Wolverton o en cualquier parte, pero nunca se le había acusado de un delito más serio que eso. Varias veces lo habían tenido preso durante la noche en la cárcel del pueblo y lo habían multado con diez dólares por estar borracho y haber creado un desorden en la Calle Unión, pero nunca se le había acusado de un delito más serio que eso. Era un hombre grande, de duros músculos, de pelo negro erizado y una ancha y chata cara, que gustaba de exhibir su fortaleza cuando se había bebido unas cuantas copas y presumía que siempre hacían falta tres policías y dos golpes de yatagán para ponerle las esposas.

Grover y Jim Whittaker habían estado en la oficina del establo revisando cuentas por una media hora y Jim había aguardado hasta terminar los asuntos de negocios antes de decirle a Grover lo que había sucedido en los establos al comienzo de la tarde.

Lo que había sucedido era que Mike Devlin había llevado la camioneta a la fábrica de alimentos para animales en Wolverton para traer la acostumbrada carga semanal de avena y maíz y cuando regresó gritó a los mozos de establo que se apuraran a descargar los sacos y llevarlos al granero. Aunque Jeff Bazemore fue el primero en llegar, Mike lo insultó por no haber corrido más y lo empujó contra el lado de la camioneta con tal fuerza que Jeff perdió el equilibrio y había caído al suelo.

Cuando Jeff estaba levantándose Mike le dijo que tendría suerte de tener otra oportunidad en un millar de estar vivo y de pie otra vez para descargar la comida de los *ponies* o para cualquier otra cosa. Jeff estaba demasiado amedrentado para decir una sola palabra entonces y se asustó más aún cuando Mike lo siguió al granero y le dijo que si sabía lo que le iba a pasar debería empezar a correr para salvar la vida mientras podía.

Aunque había estado allí todo el tiempo y había visto el empujón y había oído las amenazas, Jim dijo que estaba tan preocupado que decidió no decir nada por temor de enfurecer más a Mike hasta el punto de que podría regresar por la noche y prenderle fuego a los graneros y establos. En vez de eso, había enviado a Jeff a caballo al potrero del norte y le había dicho que se quedara allí con los Shetlands hasta que lo mandara a buscar más tarde.

Jeff, que ya tenía diecisiete años, se había graduado en la secundaria la semana anterior y ya había sido aceptado y se había inscrito en la universidad en Nashville a la que esperaba ingresar al final del verano.

A comienzos de mayo, varias semanas antes de la graduación, uno de los otros mozos de establo le había dicho a Jeff que Effie Devlin había dado a luz un bebé cuyo color y rasgos faciales eran tan distintos a los de Mike que él estaba sospechoso y había advertido a Effie que no iba a dejarla en paz de día o de noche mientras no le dijera quién era el padre del bebé. Ninguno de los vecinos había visto a Mike pegarle a Effie para que le dijera, pero, como dijeron algunos de ellos, la habían oído gritar y los aullidos de él y el ruido de sillas y mesas rompiéndose al ser arrojadas contra los muros de la pequeña cabaña en Saddle Creek.

Cuando Jeff oyó por primera vez sobre el bebé de Effie Devlin, recordó claramente lo que ella le había dicho en el albergue esa tarde del pasado verano, pero eso le pareció entonces ser algo tan del pasado que no podía creer ser el padre del bebé. Recientemente, sin embargo, había oído a un mozo de establo decirle a otro que el bebé se parecía más a Jeff que a Mike Devlin y entonces se sintió preocupado de veras.

«¿Qué piensas que debemos hacer?», preguntó Grover cuando Jim terminó de contar lo que había acontecido esa tarde. Se levantó de la silla y empezó a pasear nerviosamente de un lado a otro. «¿Qué sería lo mejor, Jim? ¿Darle a Mike Devlin un mes de paga y hacer que se vaya lo antes posible?».

«Eso no detendría a Mike por un minuto, Grover. Si le pagáramos y le dijéramos que se fuera, podría quedarse en Wolverton y perseguiría al muchacho. Cuando alguien como él tiene ese tipo de rencor, no es probable que pueda uno pacificarlo así de fácil. Todo es por el bebé que su mujer tuvo hace un mes. De eso se trata. Has oído tantos chismes como cualquiera. Según me lo imagino, Mike Devlin finalmente logró que Effie hablara —precisamente como había estado presumiendo que lo haría. No sé qué hizo para hacerla hablar —pero me lo imagino».

«Yo sé», dijo gravemente Grover. Fue hacia la ventana y se quedó allí mirando los potreros vacíos por un rato. «Yo sé», dijo de nuevo al volverse y mirar a Jim. «He estado temiendo eso desde que supe del bebé —el color y el parecido...».

Jim asintió.

«Jim. No sé la verdad al respecto y me he abstenido de decirle nada a Jeff. Pero —si lo que escucho es verdad...».

«Grover, mejor acostúmbrate a la idea, y acéptala». Jim hablaba en un tono serio y tranquilo. «Lo hecho, hecho está y no puedes cambiar lo que es».

Grover sacudió la cabeza. «Es difícil para mí creer que Jeff, a su edad, haya violado a una mujer blanca. El verano pasado no tenía sino dieciséis años —cuando esto tuvo lugar— si es que pasó —y todavía es sólo un niño».

«Hay más de una manera, Grover. Tú lo sabes. No quisiera tratar de convencerme que tuvo que ser una violación lo que hizo que Effie tuviera un bebé parecido a él.

Pero de uno u otro modo, no tiene la menor importancia ya. Está hecho. Recuerdo haber observado a Effie Devlin dando vueltas por los potreros el verano pasado y debí haber estado ciego como un pollo con la cabeza cortada para no darme cuenta de lo que estaba buscando. Ella estaba buscando quién le hiciera el favor —conozco las señales cuando las veo. Y no puedes culpar a un muchacho como Jeff Bazemore cuando ella se decidió a facilitarle las cosas».

«Yo la noté también dando vueltas por ahí, pero pensé que escogería a algún blanco».

«Ambos estamos perdiendo el tiempo con toda esta charla sobre el pasado y de lo que tenemos que preocuparnos es de lo de ahora, Grover. Mejor llévate a ese muchacho de aquí lo antes posible y lo más lejos que puedas. Y quiero decir rápido y lejos ahorita mismo. Si sigue por aquí después de que anochezca, no contaría con que esté vivo al amanecer mañana. Así de seria es la cosa. Si hubieras oído la forma como Mike Devlin estaba hablando —bien, toma mi consejo, Grover, y saca al muchacho de aquí ya mismo. No pierdas tiempo. No quisiera que le pasara lo peor».

«Tendré que tratar de pensar en el mejor sitio donde llevarlo donde alguien en quien pueda confiar lo cuide. Alguien como Mary y Pete Lawson. No conozco a nadie así en Memphis o Nashville. Y no me gustaría depositarlo en casa de extraños que podrían no cuidarlo bien. Es apenas un muchacho y yo...».

«Bueno, mejor empieza a pensar pronto. Bien sabes que hay muchos malditos jinetes nocturnos en Wolverton y en todo el condado para que uno pueda sentirse tranquilo y Mike es muy amigo de toda esa gente. Y sólo toma unos cuantos telefonazos y unos cuantos tragos y un viajecito aquí y allá para lograr que toda una multitud de ellos se excite. Conozco muchos de ellos de nombre y los he oído hablar. Este es el tipo de cosa que les gusta a ellos que suceda —un hombre de color y una blanca— y entonces se alistan y empiezan su cabalgata nocturna tan pronto se pone el sol. Mike ya se fue —dijo que tenía que tomarse el resto del día libre para atender a algún asunto y eso es mala señal para empezar».

El largo péndulo de bronce del gran reloj de pared parecía haberse apresurado y estar tictaqueando cada vez más rápido. Jim, levantándose de la silla, cruzó el cuarto y se detuvo de espaldas a la puerta.

«Grover, siempre me he cuidado de lo que te digo y nunca he preguntado directamente nada, y nunca me lo has dejado saber, pero yo sé que Jeff es tu hijo natural lo mismo que lo sabes tú —lo mismo que tú y yo sabemos quién fue su madre. No hay nada que esconder entre los dos ahora. Yo sabía todo lo tuyo y ella en el albergue los domingos y en la casa grande algunas noches y todo lo demás hasta el momento en que la asesinaron. Nunca fisgoneé. No es mi estilo. Pero como sucedió, todo era tan claro como el día. Pero lo que sé me lo he guardado aquí y siempre lo haré.

»Bien, eso es todo lo que voy a decir sobre eso. Pero lo que voy a decir ahora es que si él fuera un hijo mío —no importa que yo sea blanco y él de color— no

importa, yo haría exactamente lo mismo que vas a hacer para evitar que le corten las bolas o lo maten en un potrero la víspera del Día de Acción de Gracias —o como tú y yo caparíamos un potro. Ahora ponte a trabajar, Grover, y empieza a pensar, cómo vas a sacarlo de aquí esta noche y a dónde vas a llevarlo».

«Jeff tiene abuelos en Tupelo», dijo Grover. Una leve sonrisa de alivio pronto iluminó su rostro. «Ya recuerdo. Los padres de su madre vivían allí —ojalá sigan vivos y viviendo en Tupelo. Los encontraré de cualquier modo —tengo que hacerlo — puedo llegar hasta allá esta noche».

«Muy bien, pero no hay tiempo que perder», dijo Jim. «¿Qué explicación le vas a dar a tu mujer para irte así con Jeff?».

«No tendré que decir nada. Madge ha estado en Nashville los últimos cuatro días y no sé cuándo volverá».

«Bueno, eso nos evita el problema de inventar una buena excusa que darle. Y mientras hablamos de ella, si me obligaras a hablar con toda franqueza...».

«Adelante, Jim», le dijo Grover. «Está bien. Di lo que quieras».

«Bueno, sé que ningún hombre tiene el derecho de hablar de la esposa de otro hombre en la forma en que estoy pensando. Pero, maldita sea, Grover, he aguardado bastante para hablar otra vez como quiero y no hay mejor oportunidad que ésta. No recuerdo cuántos años has estado casado con ella —sólo sé que ha sido demasiado tiempo para que cualquier hombre lo aguante y ni siquiera tenga un hijo que mostrar. No sé cuál es la razón —y tú puedes decirme que eso a mí no me importa— pero tú has probado que lo puedes hacer. De todos modos, ella no está dándote un hijo que algún día pueda manejar esta finca como debe ser el día en que tú faltes. Ya sé que no es la primera vez que me has oído decírtelo, pero...».

«Esa es una cuestión personal entre Madge y yo, Jim. Pero te diré esto. Ella me dijo aun antes de que nos casáramos que un médico en Nashville le estaba haciendo un tratamiento especial para cierta molestia física y que toma un largo tiempo lograr una curación completa».

«No dudo que hay algo que no anda bien, pero me suena como algo muy raro y muy grave si toma tanto tiempo curarlo. ¿De modo que todo este tiempo ha seguido ella tomando el tratamiento?».

Grover dijo que eso era lo que le había dicho.

«Bueno, tal vez sea así», Jim observó con tono dudoso. «Pero no me suena muy convincente. Nunca he creído en todas las misteriosas enfermedades de las mujeres de que he oído hablar. Y el hecho sigue en pie. Tu papá dejó un hijo cuando murió y sería una maldita vergüenza que tú no hagas lo mismo. No es natural que un hombre no quiera tener un hijo que lo herede. Y ahora te diré algo que me sorprende a mí mismo cuando lo pienso. Siempre he estado en contra de la mezcla de razas y todavía lo estoy por regla general. Pero en cierto modo es diferente cuando se trata de algo como de la familia. Yo siempre he estado con tu padre y contigo toda mi vida y me siento como uno de la familia».

Jim hizo una pausa y miró a un lado por un momento. Luego pasó saliva ruidosamente antes de continuar.

«Grover, tal vez sea por eso que no quiero que le pase nada a un hijo tuyo aunque tenga sangre mezclada —y que es probable sea el único hijo que jamás tengas. Yo creo que esta finca de *ponies* es lo mejor del mundo, como si fuera mía, y no quiero ver que una mujer como ella vaya a coger todo cuando no merece ni un pedazo de tabla de la cerca. Por eso quiero verte ir inmediatamente y cuidar de ese hijo único que tienes. Sí, Grover, lo digo en serio. Sé que no parece que estas cosas salieran de mis labios, pero es lo que quiero decir. Luego, después de que lo hayas cuidado bien y lo hayas sacado del peligro, comienza a buscar el modo de deshacerte de esa mujer que has tenido que soportar todo este tiempo para nada. No estoy del todo convencido de que una mujer así se acueste siquiera contigo para satisfacer tus necesidades ordinarias cuando está aquí —y de todos modos casi nunca está aquí».

Grover se puso el sombrero y se fue hacia la puerta.

«Eso es algo en que pensaré en otra ocasión, Jim. Es decir, acerca de ella. Eso puede esperar. Ahora lo que quiero es llevarme a Jeff pronto de aquí».

Cuando salieron, el sol estaba ya tan bajo en el cielo que parecía que se pondría dentro de media hora. Jim inmediatamente dijo a uno de los mozos de establo que ensillara rápidamente un caballo y fuera al potrero del norte a decirle a Jeff que viniera pronto a los establos.

II

Después de que Grover había conducido su gran sedán azul oscuro del garaje y lo había dejado en el camino de entrada con el motor prendido, observó una expresión tensamente preocupada en el rostro de Jim Whittaker.

Eso fue cuando Jim dijo que sería demasiado peligroso que vieran a Jeff montado en el carro por las calles de Wolverton, o siquiera tratando de ocultarse en el asiento de atrás y dando una vuelta por un atajo, y que la única manera segura de llevarlo a Tupelo esa noche sería llevarlo en la maleta del carro al menos hasta que estuvieran varias millas fuera de Wolverton. La única manera de pasar por Wolverton, como bien lo sabían, era tomar una carretera de tierra poco usada que hacía un amplio círculo alrededor del pueblo y se unía a la carretera principal varias millas al sur cerca de Bushy Creek.

Grover estuvo al punto de acuerdo en que esa sería una prudente precaución. Mientras él buscaba un delgado colchón para poner en la maleta, donde Jeff pudiera descansar, Jim abrió un agujero en el piso para que Jeff pudiera tener suficiente aire fresco mientras tuviera que permanecer encerrado en la maleta.

Mientras aguardaban a Jeff, Jim dijo que iría a Wolverton un poco más tarde y les diría a Pete y Mary Lawson que no se preocuparan si Jeff no volvía a casa esa noche, y les explicaría que había sido enviado de viaje fuera de la ciudad por un tiempo. Dijo que trataría de tranquilizarlos sobre la seguridad de Jeff donde estaría y no decir nada más en caso de que alguien fuera a verlos y tratara de averiguar si sabían dónde estaba Jeff.

Era el crepúsculo cuando Jeff regresó a los establos y le dijeron lo que se iba a hacer. Estaba demasiado asustado para decir mucho cuando Grover le explicó que estaba preocupado por las amenazas de Mike Devlin y que tenían que irse de Wolverton antes de que hubiera una oportunidad de que algo malo le fuera a pasar. Mientras Jeff se metía en la maleta del carro, Grover le dijo que no hiciera ningún ruido si tenían que parar en el camino y alguien golpeaba la maleta y lo llamaba por su nombre. Grover le dijo que él abriría la maleta tan pronto como estuviera seguro de que habían ido lo bastante lejos de Wolverton de manera que no hubiera peligro en salir y montarse en el asiento delantero.

«¿Qué me harían, *Mr. Grover*?». Jeff preguntó asustado con los labios temblándole. Ya no había lágrimas en sus ojos pero tenía que contenerlas con esfuerzo. «*Mr. Grover*... ¿qué me harían?».

«No lo sabemos, Jeff, y no queremos pensar en eso ahora».

«Tengo miedo, *Mr. Grover*».

«Lo sé; pero yo voy a cuidarte».

Jeff sostuvo abierta la tapa de la maleta para impedir que Grover la cerrara.

«*Mr. Grover*, yo no pude evitar lo que pasó el último verano. Fue en el albergue después que yo había ido a bañarme en el pozo. *Mrs. Devlin*... ella me escondió la ropa y no quería devolvérmela. Traté de escapar de ella, de todos modos, pero no pude. Ella era demasiado grande y fuerte. Esa es la verdad, *Mr. Grover*. Yo no trataría de hacer una cosa así con una mujer blanca. Yo sé lo que debo hacer. Pero ella no quería dejarme ir y luego ya no pude contenerme. Era como si quisiera hacer... como si quisiera hacer lo que ella quería entonces».

«Lo sé, Jeff. Lo comprendo. Podremos volver a hablar de eso en alguna otra ocasión. Ahora tenemos que irnos».

Jeff se tendió en la colchoneta y dobló las rodillas para poder acomodarse en la maleta del gran sedán que era lo bastante espaciosa en altura y anchura de modo que podía darse vuelta y moverse cuanto quisiera, pero tendría que mantener las rodillas dobladas todo el tiempo.

«¿Y a dónde vamos, *Mr. Grover*?», preguntó.

«A Tupelo, a buscar a tus abuelos Bazemore de modo que puedas quedarte con ellos algún tiempo».

«Yo nunca los he visto. ¿Sabes ellos quién soy yo?».

«Lo sabrán cuando yo se lo diga».

«Papá y Mamá Lawson no sabrán a dónde he ido. Quiero dejárselo saber para que no se preocupen por mí».

«*Jim Whittaker* se encargará de eso. Él va a ir a verlos esta noche».

«Pero tengo que ir a casa y conseguir algo de ropa si voy a estar fuera por un tiempo. Tengo unos pantalones mejores que éstos, y algunas camisas limpias, también. Y podría ver a Papá y a Mamá antes de irme».

«No Jeff. No podemos hacerlo. Lo siento. Pero no podemos correr el riesgo. No vamos a acercarnos siquiera a la casa de los Lawson. Ni siquiera pasaremos por Wolverton —vamos a tomar la carretera de tierra. Pero no te preocupes por ropa. Te conseguiré ropa nueva en Tupelo».

«Si no pasa nada malo, *Mr. Grover*..., ¿siempre voy a entrar a la universidad como dijo usted?».

«Claro que sí. Pero ahora hay cosas más importantes en qué pensar. Pon la cabeza abajo cuando cierre de un golpe la tapa. Y no olvides mantenerte callado, no importa lo que pase, mientras yo no te abra la maleta».

«No lo olvidaré. Y hay otra cosa que quiero decir antes de que me encierre».

«¿Qué es?».

«*Mr. Grover*..., estoy tan contento de que usted quiera cuidarme como lo está haciendo».

«Eso es lo que quiero hacer, Jeff. Y lo haré siempre. Puedes contar con eso».

Después de cerrar la maleta y de verificar que estaba bien cerrada, Grover entró al carro para partir. Pero antes de irse *Jim Whittaker* le advirtió que no fuera muy de prisa por la carretera de tierra y le recordó las hondas acequias que tenía a cada lado.

No había llovido en los últimos días y el piso estaría seco y un poco polvoriento. Sin embargo, como de costumbre en verano e invierno, había agua estancada en algunas de las acequias hondas y charcas en la carretera cuyos bordes estaban resbalosos de barro.

III

La oscuridad, como es usual en esa parte del año, estaba llegando rápidamente cuando Grover tomó la angosta carretera de tierra. Una luna llena estaba levantándose detrás de la montaña; sin embargo, era demasiado temprano para que la luna diera luz suficiente para ver el camino y Grover sabía que pronto tendría que encender los faros del carro. Aunque había pocas casas a lo largo de la aislada carretera, él quería avanzar lo más posible antes de que nadie viera las luces de un automóvil procedente de la finca de *ponies* yendo hacia el sur por esa carretera de tierra y a esas horas de la noche. Había teléfonos en algunas de las casas y la voz podría correrse en pocos minutos.

Cuando finalmente se hizo demasiado oscuro para conducir sin peligro de salirse de la carretera y atascarse en una acequia, Grover finalmente prendió los faros. Ya había recorrido varias millas para entonces y sabía por el paisaje familiar que sólo le faltaba como un cuarto de milla para llegar a la carretera pavimentada y pronto podría andar más de prisa y alejarse más de Wolverton. No había visto a nadie en la carretera ni se había encontrado con un solo carro desde que salió de los establos. También era un alivio saber que ningún carro venía siguiéndolos.

Llegando al final de la carretera de tierra, Grover detuvo el sedán por un momento antes de virar al sur para tomar la carretera pavimentada y miró atrás al brillo de la luna sobre Wolverton. El pueblo estaba a sólo una corta distancia y la luna para entonces había ascendido lo suficiente para revelar la oxidada cúpula de techo metálico de la corte de justicia del condado y la blanca aguja del campanario de la Iglesia Bautista de la Trinidad.

Ahora que estaba seguro al otro lado de Wolverton, se preguntó si habría valido la pena desperdiciar tanto tiempo andando por esa mala carretera y tomar ese desvío para evitar pasar por el pueblo. Tupelo continuaba estando tan lejos como al principio y sabía que iba a sentirse incómodo y aprensivo cada minuto hasta que lograra llegar allá con Jeff.

Grover empezó a conducir rápidamente hacia Tupelo y después de recorrer como una milla había cruzado el puente sobre Bushy Creek. A menos de cien yardas más allá del puente había una curva forzada con empinados taludes a ambos lados. Al empezar a tomar la curva, sus faros revelaron de pronto un *pick-up* estacionado en una forma tal que ambas vías de la carretera estaban completamente bloqueadas.

Viendo que no había espacio suficiente para pasar por ningún lado, tuvo que detenerse a unos pocos pasos. Apenas había frenado cuando vio a Mike Devlin y a otros dos hombres que se acercaban.

«¿A dónde va, Grover Danford?», oyó que alguien le gritaba.

«¿Cuál es la prisa?».

Antes de poder decir nada, uno de los hombres abrió de un golpe la puerta de atrás del sedán y rápidamente inspeccionó el interior con una linterna. Después de eso la cerró de un golpe.

«No piense en ir tan rápido», dijo Mike acercándose lentamente al otro lado del carro. «Nadie tiene ninguna prisa por aquí a esta hora de la noche. Hace fresco y es temprano. Orílese y quédese un rato con nosotros».

«No tengo tiempo».

«¿Y por qué no?».

«Necesito continuar», le dijo Grover.

«¿Por qué? ¿Para qué?».

«Hay algo que debo hacer más adelante».

«¿Qué?».

«Algo importante».

«¡Qué carajo! Usted sabe que no anda por ahí tratando de vender sus caballitos enanos de noche, ¿verdad? La gente quiere ver lo que compra a la luz del día, ¿no le parece?».

Cuando Grover no respondió, Mike le dio un puntapié al sedán con toda su fuerza.

«¡Qué carajo! Está temprano todavía... Grover. Ahora no estoy en el trabajo y no tengo por qué llamarlo *Mr. Danford*, ¿verdad, Grover? Ahora vaya y saque el carro de la carretera para que no la bloquee para gente que pueda venir con alguna buena razón a atender algún negocio en la noche... Grover».

Mientras él estaba llevando el carro a un lado de la carretera, alguien movió el *pick-up*. Cuando las luces de los dos vehículos se apagaron, la luna era lo bastante brillante para que Grover pudiera ver la cache de una pistola que Mike Devlin tenía en el bolsillo y el brillo del cañón de una escopeta que un hombre alto, de rostro delgado y pelo negro corto sostenía bajo el brazo. Este le era tan extraño a Grover como el de la linterna, que era pequeño y regordete, y decidió que ambos habían venido desde alguna comunidad distante del condado.

«¿De qué se trata, Mike?», preguntó.

«Ya lo sabrá», Mike le respondió cuando Grover salió del carro. La ruda manera como Mike le hablaba sonaba más como una orden que cualquier otra cosa. «Subamos al tope de este talud. Hay un buen sitio ahí donde todos podemos sentarnos y rascarnos las bolas y no tener que estarnos de pie en la carretera. Carajo, alguien podría venir a toda velocidad por esta curva en un carro grande y aplastarnos si nos quedamos aquí. Y a nadie le gusta que lo maten, ¿verdad, Grover?».

Mike Devlin y los dos extraños eran los únicos hombres que Grover había visto cuando salió del carro.

Sin embargo, había otros tres aguardando en el tope del talud cuando llegó allí. Para entonces podía ver mejor con la luz de la luna y supo al punto quiénes eran los otros hombres. Uno de ellos era el dueño de una estación de gasolina llamado Nobby

Johnson; el otro era Bundy Godowns, que era carpintero y albañil y hombre útil para cualquier cosa; y, lo más sorprendente de todo, la tercera persona era el Predicador Scoggins, un ministro soltero de treinta años que había llegado hacía poco a Wolverton como Pastor de la Iglesia de la Hermandad Unida.

CAPÍTULO 8

I

Los tres hombres que Grover había reconocido a la luz de la luna cuando trepó al tope del talud de resbalosa arcilla rojiza estaban sentados sobre una capa de agujas de pino secos al borde de un grupo de árboles de gran tamaño. Nobby Johnson, llevando aún su gorra de tela verde y su grasiento uniforme de la estación de gasolina con la placa del mérito de la compañía gasolinera por cinco años de servicio, estaba recostado contra un pino y fumaba tranquilamente su pipa como si estuviera sentado a la orilla de un arroyo aguardando pacientemente a que un pez mordiera la carnada. Bundy Godowns y el Predicador Scoggins estaban sentados con las piernas cruzadas no lejos de Nobby con las cabezas juntas y susurrándose algo confidencialmente.

Nadie le dijo una palabra a Grover mientras aguardaba en el claro mientras Mike Devlin y los otros dos estaban trepando el empinado talud detrás de él.

Un automóvil, los faros reluciendo en la noche, pasó a toda velocidad la curva abajo, y él se preguntó cómo Mike y los otros sabían que estaba viniendo cuando lo hizo y estaban preparados a bloquearle el camino con el camión. Decidió que alguien —probablemente un rancharo que vivía en la carretera de tierra— lo había visto salir de la casa y había telefoneado la información a quienquiera que estuviera esperando la llamada.

Había una suave brisa del sur agitando suavemente las ramas de los pinos y el único otro sonido que se escuchaba después del paso del veloz automóvil que iba hacia Tupelo era el gruñir de Mike Devlin y de los dos hombres al llegar al claro. Después de acuclillarse cerca de Nobby y de los otros, y mientras él se mantenía de pie afrontándolos a todos los seis, Grover sintió como si estuviera siendo juzgado por un juez prejuiciado y por un jurado que había decidido ya de antemano imponerles a él y a Jeff la pena de muerte.

Mientras pensaba en Jeff impotente en la maleta del sedán, se culpó a sí mismo y culpó a Jim Whittaker por no pensar en una mejor manera de sacar al chico de Wolverton.

«Grover, creo que usted conoce a todos los presentes, con excepción de Ed y Howie», dijo Bundy Godowns, perezosamente, de manera amistosa, como si todos los siete acabaran de encontrarse en la Calle Unión en Wolverton. «Siempre en un grupo así debe haber alguno que sea un extraño para algún otro, ¿verdad? Nadie puede esperar conocer a todo el mundo en el condado, ¿no?».

Bundy, un hombre fornido de cara redonda, de unos cuarenta años con erizado pelo amarillo, vestía sus acostumbrados pantalón y camisa de trabajo grises y sucios.

Su ancha sonrisa le daba la apariencia de ser amable y simpático, pero era bien conocido pues se ponía furioso de pronto cuando algo le desagradaba. Tenía varios hijos y el mayor era del equipo de *basketball* de la escuela superior. Bundy estaba siempre presente y haciendo barra en todo juego que se jugara en Wolverton y varias veces se había levantado de su asiento y había golpeado al *referee* cuando le disgustaba una decisión suya en contra del equipo de casa. Y sólo el año pasado en un trabajo de construcción se puso a discutir con un negro y lo mató de un tiro, pero argumentó que había sido en defensa propia y nunca fue arrestado ni juzgado por el asesinato.

«¿No tengo razón en lo que digo, Grover?».

Grover asintió.

«Bueno, en ese caso, Grover, creo que usted querrá saber todo al respecto de Ed y Howie para que no sigan siendo extraños. ¡Ellos saben todo acerca de usted y cómo usted cría esos caballitos recortados y es sólo justo que usted los conozca a ellos!».

Grover, crecientemente preocupado por Jeff y esperanzado en terminar con esta ordalía lo antes posible, asintió inmediatamente a Bundy. Sin embargo, Bundy no corría prisa y se sentó sonriendo amistosamente por varios instantes como si se deleitara prolongando la tortura.

«Grover, creo que empezaré por Ed Bridger», dijo al fin. «Es lo correcto, ya que Ed parece ser el más viejo, aunque no lo es. Ese que está acurrucado ahí con esos overoles desteñidos y ese sombrero polvoso es Ed Bridger. En ese sombrero anidaban unas ratas hasta que él llegó y se lo quitó. No estoy acusándolo de que robe. ¡No, señor! ¡No Ed! Lo que él hace es que espera y espera hasta que se imagina que una cierta cosa ya no es tan útil para alguien y entonces va y la coge y se la lleva. Ed ha sido uno del grupo desde que me acuerdo. ¿Cuántos años tienes, Ed?».

«Lo bastante viejo para mis conveniencias», respondió Ed con una voz grave y vibrante. «No necesito agregarme más. Me siento muy bien como estoy».

«¿Oye eso, Grover?».

Bundy dijo con su amplia sonrisa. «Suena tan viejo como el diablo cuando habla, ¿no? Ahora le diré algo más sobre él. Ed viene de la parte superior de Bushy Creek cerca del límite del condado y muele maíz en su molino de agua para la gente que no quiere pasársela sin su pan de maíz que remojar en sus melazas para sus hábitos de comer tres veces por día. Eso es lo que Ed hace cuando no está demasiado ocupado en los bosques destilando aguardiente de caña en su alambique. Dicen que la gente más sana de toda la región viene de donde pueden comer los panes de maíz de Ed. Y su aguardiente mata los gérmenes y las tenias como el rayo y mantiene a todo el mundo sano entre comidas. Por eso es que no hay enfermos allá. Un médico se moriría de hambre si tratara de ganarse la vida en el vecindario de Ed Bridger tratando males de estómago y males de mujeres. ¿No te viniste demasiado rápido y te olvidaste de traer un frasquito con la muestra de tu aguardiente, Ed?».

«Yo y la botella siempre vamos juntos a todas partes», respondió con voz ronca

de sapo. «No consentiría siquiera en ir a la cárcel sin ella. Preferiría pasar más tiempo sin jugar con mi vieja en la cama que sin mi botella. A eso he llegado».

Bundy se volvió e indicó con el dedo al hombre de la cara flaca con el overol azul desteñado, que tenía un sombrero de paja de anchas alas, tostado por el sol. Cuidadosamente había estado afilando la hoja de su navaja en la suela del zapato mientras Bundy estaba hablando de Ed Bridger.

«Ahora este es Howie Smithly. Howie debería ser más joven que el viejo Ed pero no se puede decir con seguridad porque siempre parece como si tuviera una barba de tres días en la cara. Howie podría afeitarse en la barbería a la hora de cerrar los sábados, se iría a la casa, y a la iglesia el domingo por la mañana y todavía parecería que hacía tres días no se afeitaba. Si su mujer fuera moderna no se aguantaría toda la rascadera que tiene que soportarle.

»De todos modos, Howie vive en la vecindad de Perky Peter, al lado oeste del condado. Grover, usted ha oído hablar de Perky Peter. Howie dice que él fue el que le dio el nombre al vecindario porque así es como él se sentía hace mucho tiempo cuando se despertaba por la mañana en primavera. Sí, señor: Pedro Parado. Él dice que ciertas condiciones ya no son como eran antes para él, pero no le importa mucho porque goza recordando como era antes.

»Bueno, para seguir con el cuento, Howie tiene una parcela de algodón o de habichuelas o de lo que sea que cultiva cuando se siente con ganas, que no es muy a menudo, y el resto del tiempo tiene una tiendita de abastos donde vende salmón en latas, cerdo salado y engaña a todos los negros que viven a varias millas a la redonda de Perky Peter porque no hay otra tienda donde puedan comprar nada sin tener que ir hasta Wolverton. Howie dice que le gusta engañar a los negros porque esa es la mejor manera de probar cuánto los odia. Lo mismo que Ed Bridger, Howie ha sido del grupo por mucho tiempo, también. En eso él es muy fiel».

Howie alzó la mano, como saludando a Grover.

«Ahora creo que ya nos conoce a todos, Grover», dijo Bundy.

«Siéntese y póngase cómodo. No vamos a irnos por un rato largo. Tenemos todo el tiempo en el mundo que perder y podemos charlar largo y tendido. Bueno, hasta ahora yo he estado haciendo toda la charla y ahora usted podría decirme algo. ¿Qué le parece, Grover?».

«¿Qué quiere saber?», le preguntó a Bundy.

«¿Para dónde iba esta noche? ¿Y dónde está ese negrito casi blanco que trabaja para usted? Ya sabe a quién me refiero».

«Ya le dije cuando me detuvieron que tenía algo que hacer mis adelante», Grover dijo tan calmadamente como pudo. «Creo que es suficiente».

«Pero todavía no nos ha dicho nada sobre el negrito», gritó fuertemente Mike Devlin. «Eso es lo que quiero saber. ¿Dónde diablos está? Yo fui a la casa de Pete Lawson a buscarlo y Pete y su mujer trataron de convencerme de que no tienen idea de dónde está. Eso no me satisfizo y entonces entré y busqué por toda la casa de Pete

—en los closets y debajo de las camas y en todos los escondrijos— pero no lo pude encontrar. Eso me hizo enfurecer y le dije a Pete Lawson que lo desollaría aunque fuera un inválido si descubría que me estaba mintiendo diciéndome que no sabía dónde estaba Jeff Bazemore».

«Un momento, muchachos», dijo en voz solemne el Predicador Scoggins mientras se ponía en pie. Se quitó el sombrero y lo puso donde había estado sentado en el suelo cubierto de agujas de pino. «Yo soy un ministro del evangelio y oigo que la voz del deber me llama. Cuando la oigo todo lo demás debe aguardar. Mi deber viene primero».

El Predicador Scoggins era un hombre alto, flaco, de pelo oscuro y abundantes cejas negras que se le unían en el ceño. Usaba pantalones polvorientos azul oscuro y una ajada camisa blanca con el cuello abotonado pero sin corbata.

«Ahora escúchenme», dijo gravemente, dando grandes zancadas a través del claro y regresando al sitio de partida frente al grupo. Se pasó los dedos por entre el pelo lacio varias veces antes de separarlo de la frente de un manotazo rápido. «Muchachos, necesitamos a Dios a nuestro lado en un momento así. Queremos que Dios nos bendiga. Muchachos, recemos antes una pequeña plegaria».

«Amén», dijo alguien del grupo.

El Predicador Scoggins aguardó, mirándolos a todos uno por uno, hasta que todos se habían quitado el sombrero e inclinado la cabeza. Entonces tosió varias veces y se aclaró la garganta como si estuviera verificando la claridad y el volumen de la voz.

«Dios Todopoderoso, míranos aquí en estos hermosos bosques de pinos en esta bella noche», comenzó en un tono parejo y calmado. Hubo una larga pausa entonces cuando echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo estrellado. «Dios Todopoderoso, el cielo ofrece un glorioso espectáculo esta noche para que lo contemple todo el mundo pecador, pero todos sabemos que no hay pecado allá arriba como lo hay aquí abajo. Todos sabemos qué sitio tan pecaminoso es esta tierra, pero las gentes como nosotros hacemos lo posible por tratar de ponerle freno al pecado aquí, en cuanto podemos. Y para eso es para lo que nos hemos reunido aquí esta noche».

«Usted lo ha dicho, Predicador», alguien gritó. «¡Amén!».

«Dios Todopoderoso, todos aquí sabemos que somos un poquito pecadores en una u otra forma, que la Biblia nos permite si nos arrepentimos y no reincidimos demasiado a menudo. Y algunas personas son más pecadoras que otras, que se acercan mucho a lo que la Biblia no permite. Por eso es que de vez en cuando algunas gentes van demasiado lejos y el arrepentimiento no es suficiente para el pecado que han cometido. De lo que estoy hablando es de cuando alguien va y viola el sexo de una buena mujer blanca sin ser de su mismo color. Y las gentes como nosotros estamos en el deber de salir y seguirle la pista al pecador y hacerlo que se lamenta por haber hecho lo que la Biblia no permite. ¡Para eso exactamente es para lo que nos hemos reunido aquí esta noche para hacer lo que es correcto al respecto antes de que el pecador huya y desaparezca!».

«Eso es hablar, ¡Predicador Scoggins!», gritó uno de los hombres. «¡Continúe, Predicador!».

Primero se limpió la cara y la frente con la manga de la camisa y entonces, dando varios pasos cortos mientras se aclaraba la garganta una y otra vez, se movía dando vueltas nerviosamente. La falda de la camisa se le estaba saliendo y él volvió a meterse parte de ella debajo de los pantalones. Cuando estaba listo para continuar, tomó primero una profunda inhalación de aire.

«¡Dios Todopoderoso!», empezó entonces el Predicador Scoggins con un grito tembloroso que resonó en eco una y otra vez en el pinar como si hubiera ido repitiéndose de árbol en árbol. Su mirada hacia el cielo fue breve y apresurada mientras levantaba ambos brazos arriba de la cabeza y comenzó a ondear excitadamente las manos. «No permitas que ese negrito pecador se nos escape. Ayúdanos a encontrarlo para hacerlo sufrir por lo que ha hecho. Piensa en esa pobre mujer blanca violada y embarazada hasta que dio a luz a un bebé que es parcialmente negro. Y no olvides a su pobre esposo blanco que estaba trabajando fielmente en su labor sin poder estar presente para haberlo hecho huir. ¡Oh!, ¡es una cosa terrible! Pero nos encargaremos de lo que debe hacerse cuando lo encontremos. ¡Deja eso en nuestras manos! ¡Oh, Señor! No les falles ahora a tus buenos siervos. Ayúdanos. Ábrenos los ojos. Condúcenos. Muéstranos el camino correcto que debemos tomar para que no perdamos tiempo. ¡Tiempo! ¡Tiempo precioso! ¡Estamos listos para levantarnos e irnos!».

Algunos de los hombres estaban ya levantándose del suelo y estirando las piernas.

«¡Hable, Predicador!».

«¡Dios sea alabado!», gritó otro hombre.

El Predicador Scoggins se desabotonó el cuello y se limpió el sudor del rostro y del cuello con una mano mientras continuaba ondeando la otra arriba de su cabeza. Dándose cuenta de que había avanzado hasta que estaba bajo la sombra de una rama de pino, rápidamente retrocedió hasta que quedó visible de nuevo bajo la luz de la luna.

«¡Dios Todopoderoso!». Su voz trémula sonó entonces como si hubiera llegado al límite de su resistencia. «¡Bendícenos por emprender lo que debe hacerse! ¡Bendícenos a todos los que somos buenas gentes! ¡No nos permitas tropezar en un terreno pedregoso! ¡No nos dejes caer al abismo! ¡No permitas que el diablo nos lleve por el camino errado! ¡Dios Todopoderoso! ¡Danos tu luz para guiar nuestros pasos! ¡Haz que la luz brille radiante! ¡Abre nuestros ojos para tomar el buen camino! ¡Condúcenos al pecador! ¡Condena al pecador a los infiernos!».

Al final, su voz era tan débil que todo cuanto pudo hacer fue cerrar los ojos e inclinar la cabeza.

Grover fue el último en ponerse de pie y se hizo a un lado mientras los otros se aglomeraban en torno al Predicador Scoggins y le daban la mano y le palmeaban la espalda. La falda de la camisa del ministro le colgaba fuera de los pantalones y el

resto de la camisa estaba empapada de sudor. Su húmedo pelo liso le caía sobre la frente hasta las cejas y sus hombros estaban caídos de debilidad y agotamiento. Después de tanto gritar su voz estaba tan ronca que apenas si podía susurrar unas cuantas palabras al agradecer con una venia y una sonrisa apreciativa las felicitaciones que le daban.

«Ah, usted sabe cómo ir tras el diablo y tratarlo duro», Nobby Johnson estaba diciéndole. «Le hace bien a mi alma oírle insultar así al diablo después de haber tentado al negrito a que hiciera lo que hizo. La próxima vez que tenga una celebración en su iglesia usted me va a ver allá escuchándolo en primera fila. Usted no tiene miedo de hablar claro como debe hacerlo un predicador».

«Predicador Scoggins», alguien más dijo, «una vieja rana le saltó a la garganta mientras usted estaba rezando y lo que necesita es un buen trago de la botella de Ed Bridger. Eso ahogará esa rana. Vamos. Bajemos al camión donde Ed tiene la botella».

Mike Devlin y Bundy estaban caminando lentamente hacia Grover al borde del claro. Él sabía que le iban a exigir que les dijera y él había estado todo el tiempo pensando cómo evitar que sospecharan que él sabía dónde estaba Jeff. Parecían horas desde que había detenido el carro en la carretera y se preguntaba cuánto tiempo Jeff podría soportar estar atascado en la maleta del sedán sin sentirse desesperado y hacer algún ruido que lo denunciara. Recordó que cuando había salido de los establos había estado confiado en que en no más de una hora habría podido retirarse lo bastante para poder dejar que Jeff saliera de su escondite sin peligro.

Desde el momento en que tuvo que detener el carro para evitar chocarse con el *pick-up*, había estado en constante temor de que uno de los hombres sospechara que la maleta era el escondite de Jeff y le apuntara con un revólver y lo forzara a abrirla. Había tenido la buena idea de quitar las llaves del carro al dejarlo a un lado de la carretera y desde entonces, cuando nadie lo observaba, se metía la mano al bolsillo para cerciorarse de que las llaves seguían allí.

Cuando Mike y Bundy se le acercaron, estaba seguro de que iban a ordenarle abrir la maleta.

«Apúrese todo el mundo y terminen de orinar y vámonos», alguien gritó. «Tenemos cosas que hacer. Estamos desperdiciando demasiado tiempo».

Bundy Godowns empujó a Grover con el codo y todos fueron al borde del talud y uno por uno empezaron a deslizarse hasta el fondo y saltaron la acequia hasta estar en la carretera. Varios automóviles y camiones habían pasado ya mientras estaban en el claro y otro carro se acercó a la curva a gran velocidad. El conductor ni siquiera disminuyó la marcha al pasar.

«Muy bien, Grover Danford», Mike le dijo. «Ahora es cuando usted empieza a hablar. Ha tenido mucho tiempo de pensarlo y ya sabe qué es lo que queremos saber. De nada le servirá seguir fingiendo que no sabe dónde anda el negrito ese».

«Tal vez Grover no sepa dónde está. Tal vez no sepa más que nosotros», dijo Bundy, mirando a Mike a la cara. «No puedes hacer que un hombre diga lo que no

sabe».

«¿Quién dice que no puedo?».

«Lo digo yo».

«¡Culón hijueputa!», le aulló Mike enfurecido. «¿Qué modo de hablar es ese? Sigue con eso y nos quedaremos aquí toda la noche y no descubriremos nada. ¡Cállate el pico y déjame hablar a mí!».

«Maldita sea, Mike Devlin, nadie te ha nombrado jefe de este grupo. ¿Quién carajos crees que eres? ¡No tienes en esto más derecho a hablar que ningún otro!».

«¡Ah, hijueputa! Aguarda no más a que tu mujer sea violada por un negro como le pasó a la mía, y entonces no esperes que yo lo sienta por ti».

«Bueno, he oído decir que no siempre la cosa viene de un solo lado. Hay dos clases de mujeres en este mundo. Yo sé de qué clase es mi mujer pero no sé de cuál es la tuya. Y además tú no lo viste con tus propios ojos...».

Mike dio un paso atrás, tratando de sacar su pistola. Pero antes de poder sacarla, Nobby Johnson le había agarrado los brazos por detrás, y Howie Smithly le sacó la pistola del bolsillo de atrás de los pantalones.

«Maldito seas, Howie, ¡devuélveme mi pistola!».

«Cálmate, Mike», dijo Howie. «Cálmate. Así no vamos a ninguna parte. Yo no estoy convencido de que Grover Danford sepa dónde está el negro. Pero si tú sabes dónde está, dílo y vamos a encontrarlo. Y si no lo sabes, yo me voy a mi casa. No pienso estarme aquí toda la noche y perder el sueño por nada. Tengo mucho trabajo que hacer mañana».

«No te vayas, Howie. Yo sé dónde encontrarlo. Necesitamos tu ayuda. El negro no estaba escondido en la casa de Pete Lawson, estoy seguro. Y es lo bastante vivo para saber que no le serviría esconderse en los establos y graneros de Grover Danford. Él sabe que nos quedaría fácil encontrarlo ahí. Pero yo sé dónde buscarlo. Ahora devuélveme mi pistola y vámonos».

II

Ed Bridger había ido al camión a buscar su botella y una taza de hojalata. Después de vaciar un poco del aguardiente de maíz en la taza, la llevó al Predicador Scoggins. El ministro, sacudiendo firmemente la cabeza y ondeando las dos manos en protesta, retrocedió.

«No quisiera que se supiera que he tocado una gota de eso que usted tiene ahí».

«Nadie lo sabrá más que nosotros, Predicador, y no vamos a contarlo», dijo Ed, siguiéndolo con la taza y acercándosela cada vez más. «Adelante, Predicador. No serían buenas maneras de nuestra parte tomarnos un trago y que usted no tuviera uno. Y nunca me gustó beber delante de un hombre sin que él también bebiera. No es sociable. Y esa ronca garganta suya podría crearle problemas y no podría decir un lindo sermón el domingo entrante si no toma una buena dosis de medicina para matar todos los horribles gérmenes viscosos que esa vieja rana está incubando ahí y tratando de crearles problemas».

Ed le acercó la taza tan cerca de las narices del Predicador Scoggins que cada momento que olía los humos del licor echaba con fuerza la cabeza hacia atrás.

«Bueno, si es buena medicina...».

«Nadie ha inventado nada mejor todavía».

El Predicador agarró la taza de hojalata, metiendo el índice en el asa, y tomó un sorbito cauteloso como si estuviera acostumbrado a verificar la calidad del aguardiente casero de cualquiera antes de comprometerse. Después de relamerse los labios varias veces y parpadeando al sentir las lágrimas ardientes que le nublaban los ojos, rápidamente se echó el resto en largos tragos mientras su manzana de Adán bombeaba el licor garganta abajo.

Ed volvió a llenar la taza y se tomó su trago antes de pasarla a los otros. El botellón de galón estaba casi medio vacío cuando llegó a manos de Grover.

Con todo el mundo observándolo en silencio, Grover sabía que no era el momento de arriesgarse antagonizándolos al rehusar beber con ellos. Se echó un trago pequeño en la taza de hojalata y se lo bebió tan rápido como pudo.

«¿Cómo se siente ahora su garganta, Predicador?», preguntó Ed.

«Muy bien, muy bien».

«Devuélveme ahora mi pistola», Mike le dijo a Howie. «Quiero irme. Y sé adónde ir, también. Puedo ir directamente desde aquí adonde está escondido ese negro y para eso necesito mi pistola».

«Aguárdate un momentico», Bundy dijo, quitándole a Howie la pistola antes de que Mike pudiera agarrarla. «Yo no estoy satisfecho. Nadie ha presionado a Grover Danford para que diga lo que sabe. Y para eso fue que lo detuvimos aquí: para saber lo que él sabe».

«¡Qué carajos! Grover no sabe nada como yo», dijo Mike. «Y si lo supiera no lo diría. Ya me lo tengo resuelto, como te lo dije. Por eso es que sé lo que debo hacer. Si Grover hubiera estado tratando de sacar a Jeff Bazemore de aquí, lo tendría en el carro con él, ¿verdad? Pero no estaba cuando Howie miró en el asiento trasero con la linterna, ¿no es así? ¡Qué carajo! ¡No!».

«Eso no prueba un carajo», dijo Bundy, sacudiendo la cabeza. «Ni un carajo. Podría saber dónde está el muchacho. ¿Qué sabe de eso, Grover?».

Grover sacudió la cabeza, sin decir una sola palabra.

«Diga algo, ¡carajo!».

Bundy insistió. «¿Está escondido en uno de sus graneros y establos? ¿En un montón de heno o en alguna otra parte?».

«No sé nada de eso».

«Y si no lo sabe usted, ¿quién lo sabe? ¿Jim Whittaker? ¿Sabe Jim Whittaker dónde está?».

«Eso tendrán que preguntárselo a Jim».

«¿Y qué espera que yo haga? ¿Llamarlo por teléfono desde aquí? Muy bien. Mientras aguardemos a que cuelguen de las líneas principales una línea telefónica, hay algo que usted me podrá decir. ¿Por qué salió de noche en ese carro suyo?».

«Ya he dicho que hay algo que debo hacer más adelante».

«¿Qué cosa?».

«Eso no importa mientras sea cosa mía, ¿verdad?».

«Podría importar».

«Maldición, Bundy, ¡qué hijueputa bocón eres!», le gritó Mike. «No estás haciendo otra cosa que perder el tiempo, tú, ¡hijueputa culón!».

«No voy a aguantar más de eso». Y el rostro se le encendió de ira y cuando estaba a punto de apuntarle la pistola a Mike, Nobby Johnson se la quitó justo a tiempo. «¡Maldición! Te lo advierto, Mike. Nunca me gustó que me insultaran antes en la vida, y no me está gustando ahora. Mejor cuídate la lengua de ahora en adelante».

«Vete al carajo, Bundy Godowns. ¡Nadie te tiene miedo!».

«Terminarás deseando haber tenido bastante miedo para callarte ¡si sigues insultándome esta noche!».

Escupiendo en el suelo entre ellos como retando a Bundy a cruzar el límite, Mike se dio vuelta hacia el carro de Grover y dio un puñetazo encima de la maleta. Hubo un breve momento cuando se detuvo ahí indeciso mientras miraba la luz de la luna brillando sobre la pulida pintura del carro. De repente le dio otro puñetazo a la maleta y se dio vuelta.

«Vaya a atender sus asuntos, Grover Danford», ordenó. «Lárguese de una vez. No lo necesitamos para lo que vamos a hacer y usted es un obstáculo. No sé qué negocios tenga en este camino a estas horas de la noche, a menos que lleve un *pony* muerto en esa maleta para tirarlo por ahí y desembarazarse de él. La maleta parece lo bastante grande para contener uno de esos caballitos suyos muertos. Pero en ese caso habría hecho un agujero en la finca para enterrarlo».

«¡Qué carajo! Tú no sabes nada, Mike Devlin», dijo Bundy. «Grover tiene algo más importante en su mente que llevar un potro muerto a estas horas de la noche. Él va a ver a una mujer, eso es lo que es. Por lo que he oído, no puede hacer que su mujer se quede en la casa de modo que tiene que salir a buscar mujer en alguna otra parte de vez en cuando. Todo cuanto tiene que hacer es mantener el pico cerrado sobre lo que oyó aquí esta noche y yo no le diré a su esposa lo que sé de él. Ahora váyase a atender sus asuntos personales, Grover ¿me escucha?, de modo que podamos irnos nosotros a atender los nuestros».

CAPÍTULO 9

I

Cuando Grover dejó a los seis hombres de pie rodeando el *pick-up* salpicado de lodo y bebiendo de nuevo del botellón de Ed Bridger, Mike y Bundy habían comenzado otra ruidosa discusión. Él condujo lentamente hacia el sur hasta haber rodeado la curva y había llegado al menos a una milla de distancia de ellos. Sintióse seguro de que todavía no había visto faros de ningún carro que lo siguiera, pronto aceleró el sedán.

Después de continuar unas quince millas por la carretera a Tupelo, y corriendo a veces a noventa millas por hora en las rectas de la carretera de doble vía, disminuyó la velocidad y empezó a buscar un sitio oculto donde detenerse.

Él había estado observando el espejo retrovisor todo el tiempo, temeroso de que uno de los hombres se diera cuenta de que lo habían dejado irse sin revisar la maleta. Sin embargo, como todavía no veía luces que se aproximaran, pensó que ya estaba lo bastante lejos de modo que no corría peligro deteniéndose. No había sonido alguno en la maleta durante todo el tiempo y, temeroso de que Jeff no estuviera recibiendo suficiente aire y estuviera inconsciente, estaba ansioso de parar y abrir la maleta.

Grover había recorrido la misma carretera muchas veces a la luz del día y creía conocer bien el campo. A esa distancia de Wolverton era más que todo tierra boscosa y colinas ondulantes y unos cuantos potreros cercados con alambre de púas y sólo ocasionalmente una finca con su casa a la orilla de la carretera.

La mayoría de las gentes que vivían allí eran arrendatarios que pastoreaban ganado o cortaban madera o cultivaban maíz y habichuelas, y estando habituadas a levantarse y acostarse temprano, no era probable que se quedaran levantados hasta tarde en las cortas noches del verano. Ahora que era media noche, no había una sola luz encendida en parte alguna. La luna estaba poniéndose nublada y su luz era tan débil que ya no era posible discernir los techos y muros de graneros y casas desde la carretera.

El automóvil rodaba ahora a sólo unas cuantas millas por hora cuando Grover llegó a un caminito de entrada a una finca entre un potrero cercado y un campo sembrado de habichuelas, e inmediatamente viró para entrar y avanzó unas cien yardas antes de detenerse. No había casilla de correos a la entrada, ni podía verse casa alguna a la luz de los faros del carro.

Apagando las luces inmediatamente, Grover sacó las llaves y corrió a la parte trasera del carro. En la oscuridad y en su prisa nerviosa, no podía hallar la cerradura de la maleta hasta que se arrodilló y desesperadamente la buscó con las yemas de los

dedos por lo que parecieron minutos y minutos.

Jeff no hizo un solo ruido durante todo el tiempo en que estaba tratando de abrir la maleta y lo que pensaba entonces era que Jeff se había asfixiado si se había dormido cubriendo con su cuerpo el agujero que Jim Whittaker había cortado en el piso de la maleta. Mientras estaba torpemente tratando de abrir la maleta en la oscuridad, llamó a Jeff varias veces pero no obtuvo respuesta. Él recordó haberle advertido al muchacho que no hiciera el menor sonido mientras estuviera en la maleta y Grover no sabía aún si iba a encontrarlo vivo o muerto.

Finalmente, con las manos temblándole más violentamente que nunca, logró insertar la llave en la cerradura y la tapa saltó, abriéndose. Instantáneamente se iluminó la luz de la maleta y allí estaba Jeff, con los labios temblándole y los ojos parpadeando para acostumbrarse a la luz mientras miraba a Grover.

«¡Santo Dios, Jeff! ¿Estás bien?».

Los labios de Jeff temblaban todavía cuando asintió con el rostro.

«¿Es usted, *Mr. Grover*?».

«No te preocupes, Jeff», dijo apresuradamente. «Soy yo».

«Suenas a su voz, *Mr. Grover*. ¡Qué bueno oírlo!».

Grover se inclinó y le apretó el brazo tranquilizándolo.

«¿Puedes verme ahora, Jeff?».

«Ahora puedo ver cada vez mejor. ¿Hay alguien más con usted ahí?».

«No. Nadie más. Sólo yo».

Parpadeando aún, Jeff humedeció los secos labios con la punta de la lengua y sonrió levemente.

«¿En dónde estamos, *Mr. Grover*?».

«En el campo. Y todo está bien ahora. No te preocupes por nada. Estamos bastante seguros».

«¿En dónde están todas esas personas que oí hablar hace rato?».

«Nos libramos de ellos. Los dejamos atrás».

«¿Muy atrás?».

«Casi junto a Wolverton».

«¿Lejos?».

«Unas quince millas o más».

«¿Quiere decirme algo, *Mr. Grover*?».

«¿Qué?».

«¿Cómo se las arregló para impedirles que miraran aquí?».

«Todo lo que pude hacer fue esperar y confiar en mi buena suerte. Y estaba realmente preocupado todo ese tiempo. Era una situación peligrosa. Y continuó por tanto tiempo, me parecía que no acabaría nunca. Pero todo salió bien: eso es lo que importa».

«Querían matarme, ¿verdad? Pude oír mucho de lo que decían. Ojalá no me culparan por lo de *Mrs. Devlin* —fue culpa de ella— no mía. Esa es la verdad, *Mr.*

Grover. Era lo que ella quería hacer. Me hizo quedarme en el albergue sin mi ropa que ella había escondido y no quería dejarme ir y yo no podía golpear a una señora blanca. Me mantuvo aprisionado en el suelo y era tan fuerte y pesada y después ya no pude controlarme. Usted me cree, ¿verdad, *Mr. Grover?*».

«Te creo, Jeff. Y lo comprendo. Pero no hablemos más de eso ahora. Hablaremos más tarde. Quiero que salgas de ahí para que podamos seguir viaje. Todavía nos queda mucho por recorrer y ya es más de media noche. Puedes venir conmigo en el asiento delantero el resto del camino a Tupelo. Sal y vámonos».

Jeff, levantándose sobre el codo, pudo levantar la cabeza y los hombros, pero no pudo moverse más. Tenía una expresión de impotencia en el rostro mientras miraba a Grover.

«*Mr. Grover...*».

«¿Qué pasa, Jeff?».

«*Mr. Grover* —mis piernas— no quieren moverse. Algo anda mal con ellas, con las dos. No sé qué es. Siento como... como si ya no estuvieran ahí. Estoy haciendo lo que puedo, pero no logro moverlas. ¿Qué les pasa, *Mr. Grover?*».

«Has estado atascado en esa maleta tanto tiempo que se te han dormido. Es sólo eso. Y podemos estar contentos de que eso sea lo único que te haya pasado y no algo peor».

Se inclinó entonces, acercándose más a Jeff.

«Rodéame el cuello con los brazos y agárrate bien mientras te saco. En un momento estarás bien. Te voy a llevar al asiento delantero y podrás sentarte y empezarás a desentumirte las piernas. Entonces estarás bien. Ahora, agárrate».

Con el tenso contacto de los brazos de Jeff alrededor de su cuello, y el tacto de su cuerpo contra el suyo cuando lo abrazó para levantarlo de la maleta, Grover se dio cuenta de que nunca olvidaría la sensación que lo había invadido cuando sostuvo a su hijo tan cerca de sí por la primera vez en su vida. Sintiendo el calor de la respiración de Jeff sobre el cuello y la mejilla, apretó más los brazos para sentirlo más cerca aún.

Aunque se habían estrechado las manos con Jeff muchas veces en los establos, y a menudo le había dado palmaditas en la espalda al elogiarlo por su suave manera de tratar los Shetlands, Grover sabía que había estado anhelando todos estos años poder estar solo con su hijo como estaban ahora y poder dejar saber a Jeff sobre su amor y afecto paternos.

Mientras cargaba a Jeff al asiento delantero del carro, estaba preguntándose si el muchacho había jamás sospechado que era su padre o, si no, si se sorprendería demasiado para creerlo cuando se lo dijera.

De pie ante la puerta abierta del sedán después de depositar a Jeff en el asiento, Grover tomó cuidado de estirar y masajear las piernas de su hijo cuando escuchó a un perro ladrar no muy lejos. Al principio Jeff había mostrado dolor en el rostro, pero ahora estaba cada vez más relajado, recostado contra el asiento, y estaba ahora sonriendo agradecido.

«Me están hormigueando las piernas, *Mr. Grover*», dijo. «Puedo sentir el hormigueo en todas las piernas. Qué bueno. Otra vez son reales».

El perro, que se oía ahora más cerca, había empezado a ladrar de nuevo.

«Es buena señal cuando se siente el hormigueo, Jeff. Pronto estarán normales. Sigue masajéandolas mientras saco el carro de aquí hasta la carretera. Debe haber una casa cerca o el perro no estaría ladrándonos. Y no debemos quedarnos aquí más tiempo y que alguien nos descubra».

No hablaron más hasta que retrocedieron por el caminito y habían recorrido varias millas por la carretera pavimentada hacia Tupelo. Jeff había estado doblando las rodillas y estirando las piernas todo el tiempo, y ya no se sentía incómodo. Mientras ambos observaban la carretera serpenteante a la luz de los faros del carro, Jeff se acercó más a Grover.

«*Mr. Grover...*».

«¿Qué pasa, Jeff?».

«Tengo hambre», dijo quejumbroso.

«Sé que debes tener hambre», dijo Grover al punto. «También yo. No hemos cenado todavía. Pero me temo que no podremos encontrar ningún sitio donde comer a esta hora de la noche hasta que lleguemos a Tupelo. Probablemente todo el mundo ha cerrado los negocios y se ha ido a dormir. No hay suficiente tráfico en esta carretera para justificar un restaurante abierto toda la noche. ¿Crees que puedes aguantar un poquito más?».

«Si usted puede, yo también, *Mr. Grover*».

«Ese es el espíritu, muchacho. Me gusta oírte hablar así. Prueba algo».

«¿Le gustan ciertas cosas en especial para comer, *Mr. Grover*?».

«Claro que sí».

«¿Y su señora le cocina todas las cosas que a usted le gustan?».

«Bueno, no, Jeff. Annie y Della se encargan de eso. Ellas saben lo que me gusta y lo hacen para mí».

«Y su señora ¿qué hace entonces?».

«Oh, ella tiene que tener muchos tratamientos médicos. Eso le ocupa la mayor parte del tiempo».

«Debe mantenerla muy ocupada, pues no la veo muy a menudo».

Grover asintió. «Tampoco yo».

Estaban pasando por un grupo de pequeñas casas y un par de tiendas de abastos. No había luces en las calles del caserío y todas las construcciones estaban a oscuras. Al salir de nuevo al campo abierto, la carretera se curvaba hacia abajo hacia una zona pantanosa y crecían muchos sauces a cada lado de un arroyo.

Después de cruzar el angosto puente sobre el arroyo, la carretera continuaba recta pasando por un risco boscoso. Había unos cuantos carteles de avisos a lo largo de la carretera por varias millas y ahora empezaron a aparecer a la luz de los faros más frecuentemente. Algunas viejas y desteñidas, algunas nuevas y recién pintadas, la

mayoría de las vallas quedaban cerca de la carretera de modo que podían leerse fácilmente de noche. Ocasionalmente Jeff leía en voz alta los anuncios al pasar.

Clabber Girl

Blanchard Bros. Almacén de Ropa

No-Doze

Casa Funeral Morrison

Rellene su Tanque Donde Hank Upps

Traiga una Amiga —Motel Paradise— \$5 por Pareja

Jesús Salva

Coma en lo de Fred

Ferretería Dale —para la Casa y la Finca

Tónico del Dr. Jimson para Males Estomacales

Texaco Adelante

Harina Morning Joy para Mejores Galletas

El Hogar del Camionero

Vote por J. A. Hammond para Comisario

Cerveza Pappy

Café Elite

Vea Primero a Hankin si Busca Calzado

Cola Royal Crown

Tortas y Bizcochos de Mrs. Bonner, Hechos en Casa

Jeff empezó a estirar de nuevo las piernas y a moverse inquieto en el asiento. Las vallas eran más abundantes que nunca pero dejó de leerlas en voz alta.

Grover podía notar que Jeff lo miraba interrogativamente.

«¿Qué pasa, Jeff?», le preguntó.

«Mr. Grover —hace un ratito— me dijo que le gustaba oírme hablar de cierto modo. ¿Se acuerda?».

«Sí, Jeff, me acuerdo. ¿Por qué?».

«Usted dijo que eso probaba algo. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Qué prueba?».

«¿Has estado pensando en eso todo este tiempo?».

Jeff asintió con el rostro. «Me he quedado pensando en eso». Estaban tomando entonces una curva muy forzada y Grover aguardó hasta que la habían pasado y estaban de nuevo en una recta. Había disminuido la velocidad para tomar la curva y seguía aún rodando lentamente.

«Te diré exactamente lo que quiero decir, Jeff», dijo entonces. «Eso prueba que te

pareces a mí».

Jeff, silencioso y pensativo, estaba mirando adelante.

«¿No significa eso nada para ti, Jeff?».

Jeff estaba sacudiendo lentamente la cabeza.

«Tú eres mi hijo. Yo soy tu padre. Después de todo este tiempo... ¿no lo sabías ya?».

El muchacho sonrió un poco. «Usted está bromeando, *Mr. Grover*».

«No, Jeff. No estoy bromeando. Y deberías llamarme Papá, o Pappy, o algo por el estilo, no *Mr. Grover*. Pero no puedes hacerlo. No sería bueno, tal como están las cosas. Así tiene que ser. De todos modos, es un secreto entre nosotros y la única manera de mantenerlo es que me sigas llamando como hasta ahora lo has hecho. ¿Me prometes eso, Jeff?».

Jeff estaba moviéndose incómodamente en el asiento.

«*Mr. Grover*, se lo prometo. Pero simplemente no puedo creerlo».

«¿No te gustaría creerlo?».

«Bueno, sí, pero...».

«Pero ¿qué?».

«¿Cómo podría usted ser mi padre? Mamá y Papá Lawson dicen que soy huérfano. Usted es blanco, además. Yo no soy tan blanco como usted».

«Jeff, hasta un huérfano tiene que haber tenido un padre de algún color, para empezar; eso lo sabes. Y puedes creer que eres huérfano, tal como Mary y Pete Lawson te lo dijeron. Pero eso no significa que no hayas tenido una madre, y que yo no pueda ser tu padre. Lo soy. Esa es la verdad, Jeff. Yo debería saberlo. Y estoy contento de poder decírtelo ahora. He querido hacerlo por mucho tiempo. No sabía cómo hacerlo antes, pero esta noche, después de librarte de esos hombres, ya no quise aguardar más tiempo. Y llegó el momento. Y ahora ya lo sabes».

Grover miró a Jeff.

«¿Qué piensas ahora, hijo?».

II

Ni un solo carro o camión los habían pasado desde que dejaron el caminito de la finca y no se habían encontrado con nadie hasta que un enceguedor haz de luz apareció de repente al llegar a la cima de la colina, y luego, igualmente rápido, desapareció detrás de ellos en la noche, al pasarlos.

Después de descender la colina y de cruzar otro arroyo donde altos sauces verdes dejaban caer sus ramajes sobre el agua, la vera del camino comenzó a brillar de rocío sobre la yerba y los matojos que cubrían acequias y taludes. En la cima de la siguiente pendiente, la carretera se hizo recta al cruzar un valle ancho de fincas y potreros cercados.

Jeff continuaba en silencio mientras miraba al frente. De vez en cuando se mordía los labios y se movía incómodo en el asiento. Estaban todavía lejos de Tupelo pero los avisos y vallas de la carretera se estaban volviendo ya más numerosos. Algunos de los avisos más viejos de latón y de madera estaban bien oxidados o desteñidos y apenas visibles al paso que los más nuevos eran grandes y con letras brillantes y diseños imaginativos.

Use Alimento para Pollos Red Ball

Aspirina San José

La Primera Vez —La Próxima Vez— Motel Paraíso —\$5 por Pareja

S. J. McMasters Chevrolet Ventas y Servicio

Visite la Caverna Colosal

Marianne's Salón de Belleza

Café Elite

No se Equivoque —Vaya a Long— Drogas a Precios Rebajados

Tome Coca-Cola

Para Mejores Resultados Sierras de Cadena Sansón

El Gallito Rojo Night Club

Confíe en un Campesino para Buenos Carros Usados

Leroy Country

Cigarros Tampa

Cigarros King Edward

Pollo Frito Estilo Casero — El Rancho del Pollo

Su Mejor Compra — Overoles Deep South

Reelige a Gilbert T. (Dusty) Rhodes para Comisario
Ensaye Hoy Rapé Country Life
Su Vecino Tiene un Rutger. ¿Por Qué No Usted?
Cristo Murió por Ti, Mantente Vivo, No Corras
Para Seguros Bo Bowman
No Lo Olvide, Lleve Sémola Pride-of-the-Country
Para Su Luna de Miel, Motel Paraíso, \$5 por Pareja
¿Por qué Preocuparse? Visite Hoy la Compañía Amistosa de Préstamos

Grover había mirado cautamente a Jeff varias veces, preguntándose qué pensamientos estarían pasándole por la mente y cuánto tiempo le tomaría convencerse de que él era su padre. De pronto, Jeff se dio vuelta hacia él y por un momento se miraron a los ojos.

«Bueno, Jeff», le dijo Grover sonriendo para darle valor, «¿qué piensas de eso ahora?».

Jeff tomó tiempo para responder.

«Mr. Grover... si usted dice que así es...».

«Así es, Jeff».

Hubo otro largo silencio.

«¿Y usted conoció así de bien a mi madre?».

«Sí, Jeff. Así de bien».

«Mi madre era de color y usted es blanco...».

«Así sucedió».

Jeff habló rápidamente. «Pero usted y ella...».

Se miraron de nuevo.

«Anda y dilo».

«Mi madre y usted... usted y ella... ¿ustedes nunca se casaron?».

Grover estaba sacudiendo la cabeza. «Jeff, bien sabes que aquí no puede hacerse. Nunca se ha permitido en esta parte del país. Quizás algún día. Pero entonces no era permitido. No sé cuándo cambiará. Quizás en diez años... o veinte... o treinta. O quizás el año entrante. Pero ya eso no tendrá importancia —quiero decir sobre lo que ya ha pasado— lo que pasó hace largo tiempo, quiero decir lo que pasó poco después de que tú naciste. Tú estás aquí ahora y eso es lo que importa».

«Y sobre mí —quiero saber— ¿era porque mi madre quería que yo naciera?».

«Eso es algo de lo que puedes estar absolutamente seguro, Jeff», le dijo al punto. Hubo una larga pausa antes de que Grover continuara. «Estábamos enamorados —esa es la razón. Algún día tú sabrás por ti mismo lo que es estar enamorado y lo que eso puede significar para dos personas —un hombre y una mujer. De todos modos, yo la amaba y ella me amaba. Y nunca pienses que fue de otro modo. No fue nada parecido

a lo que a veces pasa cuando un blanco —quiero decir cuando un hombre fuerza a una mujer a hacer lo que él quiere— o si ella puede forzarlo a él...».

Dándose cuenta de repente de las implicaciones de lo que acababa de decir, miró a Jeff. A la tenue luz del reflejo de los faros, había visto la tensa expresión preocupada en el rostro de Jeff.

«Fue muy diferente entre tu madre y yo», dijo apresuradamente. «Eso es lo que quiero decir. Era igual que si hubiéramos sido del mismo color. Y te digo algo más. Si tu madre y yo hubiéramos podido casarnos —si la ley no nos lo hubiera impedido por ser de color diferente— tu nombre ahora sería Jeff Danford y no Jeff Bazemore. Pero como no podías ser Danford, quiero que te sientas orgulloso de tener el mismo nombre que tu madre tenía. Bazemore. Kathlee... Kathlee... Bazemore. Siempre siéntete orgulloso de él, Jeff. No lo olvides».

Jeff se volvió a Grover, sonriente y asistiendo.

«Es un lindo nombre... Kathlee... Kathlee...».

«Lindo, Jeff. Para mí será siempre el más lindo nombre que hay. Es tan lindo como lo era tu madre».

«¿Era ella muy linda, *Mr. Grover*?».

Grover asintió. «Sí. Bellísima».

«No la recuerdo. Ni siquiera sé cómo era. Nunca lo supe».

«Claro que no. Eras sólo un bebé cuando ella murió».

«¿Por qué murió?».

«¿No te lo han dicho nunca Mary o Pete?».

«Todo lo que me dijeron es que mi madre había muerto a poco de nacer yo. ¿Por qué murió?».

Con la mirada fija en la carretera, Grover inhaló el aire profundamente antes de responder. Aunque no le gustaba hablar de ello, se dio cuenta de que Jeff era lo bastante mayor para saber la verdad sobre lo que le había sucedido a su madre.

«Alguien la mató...».

«¿Cómo?».

«Con un revólver».

«¿Un blanco?».

«No».

«¡Un hombre de color! ¿Y por qué lo hizo?».

Comprimió los labios y su voz era aguda y furiosa de tono. «¿Por qué, *Mr. Grover*? Dígamelo».

«Él quería que ella regresara a Memphis a vivir. Esa fue la razón». Hablaba lentamente, la voz controlada, al recordar lo que había pasado hacía ya tanto tiempo. «Ella no quería ir... no quería. Tu madre y yo nos queríamos tanto que quería quedarse en Wolverton aunque no pudiéramos casarnos entonces. Lo que planeábamos hacer más tarde —si no hubiera sido asesinada— era irnos adonde pudiéramos casarnos. Sabíamos que no podríamos regresar aquí a vivir después de

casarnos y yo iba a vender la finca y a empezar otra cría de *ponies* en algún otro lugar. Un grupo de jinetes de Kentucky me hicieron una buena oferta y entonces... entonces le pasó eso a ella. Entonces suspendí la venta y decidí conservar la finca».

El automóvil iba ahora a velocidad muy lenta —unas pocas millas por hora.

«¿Por qué me llamo Jeff, *Mr. Grover*? ¿Quién escogió mi nombre?».

«Tu madre y yo lo escogimos juntos. Ninguna razón en especial. No te nombramos así en recuerdo de nadie que conociéramos. Hablamos sobre eso y fue el nombre que más nos gustó. ¿Te gusta a ti?».

«Seguro. Me gusta. Me alegro de que usted y mi madre me lo hayan puesto. No me gustaría llamarme de ningún otro modo».

«Lo que no tienes, Jeff, es un nombre intermedio. ¿Crees que podrás vivir sin tener una inicial en el medio?».

«¿Tiene usted un nombre en el medio, *Mr. Grover*?».

«No».

«Entonces tampoco yo lo necesito. Quiero ser como usted».

Grover aceleró el sedán y rodaron por varias millas en silencio.

La luna estaba aún nublada y, aunque había más y más casillas de correo a lo largo de la vía, las casas de las fincas estaban aún oscuras e invisibles en la noche. Los faros de un automóvil que venía tras ellos rápidamente aparecieron de repente y con un fuerte cornetazo pasó con tal velocidad que pronto se perdió de vista.

Para entonces ya no estaban lejos de Tupelo, aunque todavía no podían ver las luces de la ciudad, y los anuncios y vallas se hacían cada vez más elaborados en diseño y de más vívidos colores. Con voz adormilada, Jeff estaba leyendo en voz alta algunos de los anuncios.

Es Tiempo de Darle un Gusto a Su Esposa — Llévela a Ching Ho a Comer Cualquier Cosa.

Prestamos Rápido y Cobramos Lento — Confidential Loan Company.

Pan Holsum

Estamos Abiertos Todo el Día —Motel Paraíso— \$5 por Pareja.

Cuando Piense en Diamantes —Piense en Joyería Crescent.

No Se Vuelva a Casa con Hambre —Visite el Café Elite.

Dr. Pepper

Asegúrese de Estar Aquí Cuando Cristo Vuelva Otra Vez —Manténgase Vivo— No Corra.

Si No Tiene Un Rutger —Usted No Está Viviendo.

Hay Mucho Que Hacer en Biloxi

No Perderá el Tiempo Si Le Reparán Su Reloj en Hardee's

Dese Un Gustazo —Tome Kola Kola

No Dese Haberlo Hecho —Alégrese de Haberlo Hecho— Motel Paraíso —\$5 por Pareja.

Con la primera luz del alba sobre el horizonte oriental, Jeff estaba desgonzado, muerto de cansancio, agazapado en el asiento. En pocos momentos, después de haber dejado de leer los letreros, se había quedado profundamente dormido con la cabeza reclinada contra el hombro de Grover.

Para que el movimiento del timón no perturbara a Jeff y le impidiera dormir unos cuantos minutos, Grover dejó caer la mano derecha y manejó más lentamente usando sólo la izquierda.

Sentía entonces los leves movimientos oscilantes de la cabeza de Jeff sobre su hombro y de vez en cuando miraba el pálido rostro y el desordenado pelo castaño del muchacho. Pensando en todos los años en que no había podido estar cerca de su hijo como lo estaba ahora, y preguntándose qué sucedería en el futuro, su visión se nubló como si estuviera pasando por entre una densa niebla.

Grover estaba casi completamente ciego cuando finalmente se limpió los ojos con un rápido movimiento de la mano que le quedaba libre para poder ver por dónde iba.

Aunque Grover había tratado de ser cuidadoso con el movimiento de la mano y del brazo, Jeff movió la cabeza inquietamente en su sueño y comenzó a hablar en una voz suplicante.

«No quiero irme y quedarme con nadie más. Quiero quedarme con usted. Por favor no me deje... lléveme con usted... por favor... por favor...».

CAPÍTULO 10

I

En la fresca humedad de la mañana de verano con el sol apenas empezando a asomar, las únicas personas que se veían tan temprano en las avenidas exteriores de la ciudad eran criadas negras en sus blancos uniformes yendo a preparar desayuno en las costosas casas nuevas de ladrillo y en las más antiguas mansiones de madera con la pintura ya craquelada.

Las calles del sector comercial estaban desiertas y silenciosas.

Era demasiado temprano para cualquiera que fuera a trabajar en una oficina y ninguno de los almacenes habían abierto aún sus puertas para la cotidiana actividad comercial. Sin embargo, como si estuvieran realizando su diaria tarea de rutina, bandadas de gorriones enérgicos estaban muy ocupados picoteando desechos en las cunetas mientras se desplazaban dando saltos y cortos vuelos de cuadra en cuadra a lo largo de la calle.

Viniendo desde alguna parte a distancia, el ruido de un camión pesado en una de las carreteras principales llenaba ocasionalmente las calles con rugientes oleadas de sonido hasta que se desvanecía gradualmente. De vez en cuando había el monótono gruñir de una locomotora en el patio de carga de la línea férrea, no muy lejos.

El único otro sonido que se escuchaba tan temprano era el metódico click-click de los suiches de señales cuando las luces de los semáforos en las esquinas de las calles cambiaban constantemente de rojo a verde y de nuevo a rojo.

Había sólo un automóvil estacionado en la calle. Era un carro patrulla policial en que dos policías de la ciudad en camisa blanca estaban descansando cómodamente con las cabezas reclinadas sobre el respaldo del asiento mientras aguardaban poner en funcionamiento la ruidosa y ululante sirena para arrancar tras el primer motorista del día que se comiera una luz roja.

Conduciendo cuidadosamente desde que entró a los límites de la ciudad, yendo más despacio de lo que era el límite fijado en anuncios y aguardando pacientemente en las luces de tráfico, Grover había pasado el carro de patrulla y avanzado varias cuadras antes de hallar un restaurante abierto a esa hora de la mañana.

Jeff se había hecho un ovillo en el rincón del asiento durante las últimas millas y estaba aún profundamente dormido cuando Grover se detuvo en el brillantemente iluminado Café Elite para entrar a conseguir algo que llevar al carro para comer. Sabía que no importaba que hubiera o no un letrero en la puerta anunciando que éste era un restaurante para blancos solamente. Él había visto ignorar y no servir a negros en mostradores de cafeterías muchas veces, o echados por fuerza del lugar, y sabía

que siempre tendrían alguna treta para no servir a Jeff en la mesa o en el mostrador.

Cuando Grover regresó al carro, tenía café con leche en vasos de papel y *doughnuts* y media docena de sándwiches de huevo y jamón frito en una gran bolsa de papel manila. Desplazándose inmediatamente del estacionamiento del Café Elite, avanzó Grover varias cuadras y bajó luego por una calle residencial bordeada de árboles, y se detuvo frente a un lote vacío.

Después de que Grover lo sacudió para despertarlo, Jeff se sentó y se frotó los ojos y miró en torno al paisaje desconocido. Había residencias de varios tamaños y diseños a ambos lados de la calle. Unas pocas eran de dos o tres pisos, otras eran *bungalows* pintados de blanco con porches cubiertos de tela metálica, y todas las residencias estaban ubicadas al fondo, con amplios antejardines con bien cuidados prados y sembrados de encinas.

Ambos estaban comiendo vorazmente cuando el carro de patrulla de la policía se detuvo al pie del sedán.

Uno de los policías llamó inmediatamente a Grover.

«¿Tiene algún problema con su carro?».

«No. Ninguno», respondió sacudiendo la cabeza.

«Entonces ¿qué está haciendo aquí?».

«Comiendo».

«¿De dónde es usted?».

«De Wolverton».

«Eso queda bastante lejos para venir aquí a comer».

Grover asintió.

«¿Para qué más vino aquí?».

«Cuestiones de negocios».

«¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí?».

«No lo sé todavía —pero probablemente no por mucho tiempo».

El policía se volvió y le dijo algo al conductor sentado a su lado. Unos pocos momentos después se salió del carro de patrulla mientras el chofer encendía el radio y comenzó a hablar con alguien en la estación de policía.

«¿Qué hace ese muchacho de color sentado ahí en el asiento delantero comiendo con un hombre blanco como usted?», preguntó mirando a Jeff a través de la ventanilla. «No sé cuáles sean las costumbres en la región de donde usted viene, pero aquí no estamos muy acostumbrados a cosas así».

En un momento así, Grover no podía evitar desear que Jeff se transformara milagrosamente en un muchacho sin su color racial. Sin embargo, no importaba lo perturbado que se sintiera en un momento así, invariablemente empezaba a pensar en la madre de Jeff y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que después de todos estos años su hijo sería como un extraño en apariencia y en personalidad si fuera en modo alguno diferente.

«¿No oyó lo que le dije?», preguntó el policía impacientemente.

«Está bien», le dijo Grover. «Ya nos vamos».

«No tan de prisa. Yo le diré a dónde ir. Déjeme ver su licencia de conducir».

Después de entregarle la licencia, el policía la estudió cuidadosamente y luego miró a Grover a los ojos.

«¿Es usted uno de los de los derechos civiles?».

«No», dijo Grover sacudiendo la cabeza. «Yo soy ganadero. Crío *ponies* Shetland».

«¿Y su nombre es Grover Danford?».

«Correcto».

«Y ¿cómo se llama el muchacho de color?».

«Jeff Bazemore».

«Entonces él no es pariente suyo, ¿no? Por un momento pensé que los dos se parecían un poco».

Sin una palabra más, se llevó la licencia al carro de patrulla y se la pasó al chofer, quien leyó el nombre y dirección de Grover en voz alta por el radiófono.

«No lo queremos a él», gritó el chofer unos minutos más tarde. «Que se vaya».

«O. K.», dijo el policía al devolverle la licencia. «Pero éste no es lugar para pararse a comer. ¿Me oye? Ha debido hacerlo en el Café Elite adonde entró hace un ratito, y luego el chico de color debía haber comido en uno de sus propios sitios. Las gentes que viven en esta calle son muy exigentes y no les gustaría lo que usted está haciendo aquí. Podría arrojar desperdicios en sus lindos prados y hacer que se vean sucios. Y eso no estaría de acuerdo con las normas sanitarias, tampoco. Mejor váyase ya a otra parte a comer de esa bolsa de papel».

El carro de patrulla se alejó rugiendo, y en la próxima esquina, con un rechinar de las ruedas viró y desapareció por una calle lateral. Mientras Grover se dirigía hacia el sector negro de la ciudad, cuidadoso de no exceder el límite de velocidad, observaba el espejo retrovisor, pero el carro de patrulla no estaba siguiéndolos.

II

El primer hombre con quien Grover se detuvo a hablar cuando llegaron a la otra parte de la ciudad dijo que no conocía a nadie de nombre Bazemore y jamás había oído el nombre antes. Se alejó apresuradamente como asustado de que se le viera hablando con un blanco extraño que estaba conduciendo un automóvil grande con un muchacho de color de piel clara junto a él en vez de estar en el asiento trasero.

El sol estaba elevándose sobre las copas de los árboles entonces y las gentes estaban dejando sus pequeñas casas sin pintar y se iban a sus trabajos del día. En la próxima esquina había una pequeña tienda de abastos y carne donde dos negros viejos estaban sentados en un banco bajo el techo de zinc.

Grover se detuvo en frente de la tienda y salió a hablar con los hombres.

«Buenos días», les dijo.

«Días», dijo cada uno de ellos.

«Parece que vamos a tener un bonito día para esta época del verano. No veo nubes de lluvia, pero quizás las siembras necesiten ya un buen aguacero».

«¿Qué vienen a hacer ustedes, blancos, a hablar aquí de eso?», dijo el negro de cara delgada sospechosamente. «¿Para qué necesitan lluvia?».

«Yo crío *ponies* y necesito buenos pastos. Y una buena cosecha de heno, también».

«¿Con que esas tenemos? ¿Eso es lo que usted cría? Bueno, entonces usted debía ser como muchos otros campesinos: depender del tiempo».

«Correcto», dijo Grover. «Todos los cultivadores y criadores están en el mismo problema cuando se trata del tiempo».

El negro sonrió entonces, dejando de refunfuñar. «No sabía qué pensar de usted cuando vino acá. Sospeché que era hombre de ciudad. A ellos no les importa un bledo lo que les pase a los campesinos».

«Un buen aguacero les vendría bien a las siembras ahora», dijo el negro robusto que usaba overoles remendados que habían sido hervidos tantas veces que sólo quedaba un leve rastro del azul original. Ahora, en vez de sentirse sospechoso de los motivos de un extraño blanco, se mostraba amistoso y cordial como si hubiera conocido a Grover toda su vida y pudiera confiar en él. «Yo no tengo cultivos desde que me vine a la ciudad pero sé de algunas gentes que necesitan lluvia después de esta larga sequía que hemos tenido. Les va a ir muy mal si no llueve pronto».

«¿Y cómo les va a las gentes que se han venido del campo a la ciudad?», preguntó Grover.

Los dos hombres en el banco se miraron, ambos sacudiendo la cabeza y riendo entre dientes.

«Le diré, jefe». El hombre flaco de hombros caídos y rostro delgado se echó atrás

el sombrero y continuó diciendo: «Hay sólo una diferencia al estar aquí en la ciudad. Y es poder ver todo el tiempo una gran cantidad de gente como yo en el mismo problema en un solo sitio que ver esa misma gente diseminada por toda la región donde uno no puede verlos al mismo tiempo. Por lo demás, no hay diferencia de dónde viva un hombre de color con hambre y en harapos».

«¡La pura verdad!», exclamó el hombre grueso que estaba sentado a su lado.

«Pero a los muchachos les irá mejor», dijo Grover. «Podrán tener mejor educación y mejor paga y una vida mejor».

«Tal vez así sea —si todas esas cosas no tardan demasiado en cumplirse. A nosotros no nos tocó nada de eso —ojalá les llegue pronto a los jóvenes. Ellos se ponen muy inquietos en estos tiempos y la vida tendrá que ser mucho mejor para la gente de color para que se calmen. Quieren algo mejor ahora y no dentro de un tiempo. Yo estoy acostumbrado a las cosas de antes y no crearé problemas. Pero no es lo mismo con los jóvenes que yo veo por ahí y a quienes he oído hablar. Hablan con tanta violencia que a los viejos nos dan ganas de irnos a esconder en alguna parte».

Grover había estado paseándose frente a los dos hombres del banco. La puerta de la tienda de abastos y carne estaba abierta pero no había clientes todavía.

«Si ya va a irse», dijo el negro robusto, «hay una sola cosa que me intriga de usted. ¿Para qué se detuvo aquí a hablar con nosotros?».

«Ustedes conocen a la mayor parte de la gente que vive en este sector de la ciudad, ¿no?».

«Si no los conozco, ellos me conocen», dijo el otro negro riendo entre dientes para sí. «He estado viviendo aquí muchos años de modo que será lo uno o lo otro. ¿A quién está buscando, jefe?».

«¿Conoce a alguien llamado Bazemore?».

«No hay sino un Bazemore que yo conozca. El viejo Luther. Está casado, también. Ella se llama Ethel. Había unos cuantos jóvenes de ese nombre pero se fueron de aquí hace mucho tiempo. Usted debe referirse al viejo Luther. A veces lo veo. Tal vez ese sea el que usted busca».

«¿Dónde vive?».

Los dos negros se miraron entre sí.

«¿Y para qué quiere ver al viejo Bazemore, jefe?», preguntó entonces el hombre de sombrero de paja de modo cauteloso. «Si usted es la ley persiguiendo al viejo Bazemore por algo que no ha hecho...».

«No, no», dijo Grover rápidamente. «Nada de eso. No se preocupen. Es un asunto personal... relativo a su familia. No es sino para eso para lo que quiero verlo».

«Pero eso es lo que ya le dije cuando usted empezó a preguntar por él. Los hijos de Luther ya no viven aquí. Están dispersos por todo el país menos aquí en Tupelo. No sé cuántos eran, pero sé que eran un montón».

«Eso no importa. Todo lo que quiero es hablar con él».

«¿Vino desde muy lejos para verlo?».

«Desde Wolverton».

«Eso es bien lejos».

Mientras Grover se paseaba de nuevo frente a la tienda pudo ver con el rabillo del ojo que los dos hombres estaban murmurando algo todavía tratando de decidir si consideraban seguro confiar en un extraño blanco.

«¿Quién es el muchacho moreno claro que está sentado en su automóvil?», le preguntó uno de los hombres. «Nunca lo he visto antes. No me parece que viva por aquí. ¿Lo trajo con usted?».

«Sí, lo llevo a ver a los Bazemore».

«¿No será pariente de ellos verdad?».

Grover asintió con el rostro. «Sí, es pariente».

«Bueno, yo no sabía que un negro como Luther Bazemore tuviera parientes de piel tan clara». Estaba sacudiendo la cabeza mientras hablaba. «Pero he visto suficiente en mi larga vida para saber que eso puede pasarle a cualquiera».

Se puso entonces en pie e indicó hacia abajo de la calle.

«Siga derecho dos cuadras y llegará a una iglesia chica de techo plano en la esquina, sin torre. Luego tome a la derecha y baje por la calle de tierra otras dos cuadras, pasando frente a unos cuantos ranchos y luego llegará a una casa de madera pintada de un color marrón con una cerca de madera y un porche defendido por tela metálica. Allá es donde vive el viejo Luther Bazemore y allí lo encontrará si no ha salido a hacer algún trabajito de carpintería en alguna parte. Él no trabaja mucho ahora, debido a su edad».

«Gracias por decirme dónde poder encontrarlo», dijo Grover al irse hacia el carro. «Les agradezco mucho».

«No hay de qué, jefe», dijo el negro robusto con un tono que sonaba inequívocamente dubitativo y lleno de aprensión. «Pero, por favor, no le haga ningún mal al viejo Luther, jefe. Es un buen trabajador y nunca ha tenido líos con la ley que yo sepa».

«No se preocupe por eso», respondió Grover. «Esto nada tiene que ver con la ley. Es personal».

«Gracias, jefe», dijo el negro alto sonriendo tranquilo mientras regresaba a su sitio en el banco. «Gracias de verdad».

Mientras Grover conducía el carro calle abajo el sol estaba brillando con una radiante luminosidad sobre los ranchos descuidados y casi en ruinas que se aglomeraban unos contra otros. La mayoría de las casas habían sido construidas con escalinatas que daban directamente sobre la acera y no tenían por tanto antejardín. Había unas pocas, sin embargo, que tenían un pequeño patio delantero con rosales y junquillos bien cuidados. En el resto del vecindario sólo había uno que otro árbol o un seto ocasional.

Después de volver a la derecha en la esquina de la iglesia, Grover condujo lentamente por la calle de tierra llena de baches, tratando de esquivar con cuidado los

grupos de chiquillos que jugaban en el lodo con palos y tablas y unos cuantos triciclos desvencijados.

De pie ante una casa vacía con los vidrios rotos había varios adolescentes que se volvieron y observaron el gran sedán azul oscuro con miradas hoscas. Cuando uno de los muchachos tomó un puñado de lodo e hizo el gesto exagerado de arrojarlo al carro y otro muchacho le apuntó con un rifle imaginario, Grover se preguntó si había hecho lo correcto en traer aquí a Jeff para que pasara todo el verano. Mirando a Jeff, podía ver que el rostro del muchacho estaba rígido con una expresión de infelicidad en los labios comprimidos.

Nada se habían dicho mientras iban por la calle esquivando los chiquillos que jugaban en los pozos. Después de ver la cara de Jeff, Grover sabía que sería mejor quedarse en silencio cuando había poca esperanza de poder decir cualquier cosa que lo alegrara de venirse a vivir a este vecindario con sus abuelos por casi tres meses.

III

A juzgar por lo que había visto desde que había dejado a los dos negros en frente de la tienda de abastos y carne, Grover había esperado que la casa de los Bazemore sería similar a las otras del vecindario y se sintió sorprendido al descubrir lo bien cuidada que estaba al detener el carro frente a ella. Aunque era una casa vieja y tenía manchas de orín en el tejado metálico, la casa era la más grande de la cuadra y había sido construida sobre buenas fundaciones de ladrillo. También, un prado bien cuidado cubría el patio del frente y crecían flores en abundancia bordeando el porche cubierto de tela metálica y los lados de la casa. Sobresaliendo del tejado podían verse las copas de árboles de caucho en el patio posterior de la casa.

«Quiero que me aguardes aquí mientras entro a hablar con tus abuelos primero», le dijo a Jeff mientras salía del carro. «Creo que es lo mejor».

La misma expresión con los labios comprimidos continuaba en el rostro del muchacho y asintió sin decir una palabra mientras Grover se dirigía a la casa. Al llegar a la portezuela del antejardín, Grover volvió a mirar y vio a Jeff arrellanado en el asiento, la barbilla hundida en el pecho en un estado de franco desaliento. Dudó un momento antes de abrir la portezuela, preguntándose a última hora si seguiría adelante con sus planes pero, recordando las amenazas que los seis hombres habían hecho la noche anterior, la abrió rápidamente y siguió el sendero hasta el porche.

Grover llamó fuertemente con los nudillos sobre el marco de madera de la puerta de tela metálica del porche. No hubo respuesta inmediata. En vez de llamar de nuevo, acercó el rostro a la tela metálica y vio a alguien sentado en el porche en una silla mecedora. El robusto negro de piel color carbón y cabellos grises cortados casi al rape parecía tener unos sesenta y cinco años. Usaba overol de carpintero y botas de trabajo. En el piso al lado de la silla había un sombrero de fieltro oscuro de anchas alas y salpicado de aserrín.

«¿Es usted Luther Bazemore?», preguntó Grover.

«Ese soy yo. ¿Qué necesita?».

La mecedora crujía levemente al moverse.

«Quisiera entrar para hablarle de algo».

«¿Hablar de qué?».

«Se lo explicaré si me deja entrar».

«Váyase; no voy a comprarle nada».

«Yo no estoy vendiendo nada».

«¿Entonces quién es usted y de qué viene a hablarme?».

«Eso es lo que quiero decirle si me deja entrar».

«Con ese truco no me hará abrir la puerta».

Cuando Grover trató de abrir la puerta por sí mismo, se dio cuenta de que estaba

asegurada por dentro con un pasador. Entonces comenzó a golpear la puerta de nuevo hasta que sintió que los nudillos le dolían.

«Me llamo Grover Danford. Vivo en Wolverton. Me gustaría entrar y hablar de su nieto».

«¿Qué nieto?», preguntó Luther en tono muy fastidiado. Hubo un más rápido crujir de la mecedora. «¡Nieto! Tengo más nietos regados por todo el país de los que puedo acordarme aunque quisiera. ¿De quién está hablando?».

Luther permanecía sentado en la silla, sin dar indicación de que deseaba abrir la puerta y hacerlo pasar.

«Le estoy hablando del hijo de Kathlee».

El movimiento de la mecedora se detuvo de pronto y Luther se irguió en la silla.

«¡Kathlee! Váyase de aquí. Ella está muerta. Ha estado muerta quince años o más. No sé nada de ella ni quiero saberlo. Y si tuvo un hijo cuando estaba viva, no quiero saber nada de eso tampoco. Yo le dije que se fuera y que nunca volviera por aquí. No tiene importancia cuántos hijos tuvo. Yo soy negro y orgulloso de serlo y ella era medio blanca y eso prueba que no era parienta mía. Mi mujer decía que no había sido su culpa y no pudo evitar que la violara un blanco, pero eso no hace la menor diferencia. No tengo parientes medio blancos y no los quiero cerca. Pero ¿qué tiene que ver un blanco como usted con esto? ¿Por qué se mete en estas cosas?».

«El hijo de Kathlee ha trabajado para mí por muchos años —ya tiene diecisiete. Yo tengo una finca de *ponies* Shetland en Wolverton y él me ayuda a entrenarlos. Estoy interesado en él... bueno, porque su madre está muerta y...».

«¿Y por qué no se encarga de eso su propio papá en vez de usted? Me sospecho que su papá era un blanco, por la manera como usted habla. Eso sería muy de Kathlee. Ella siempre actuó como si fuera demasiado buena para ser una negra ordinaria y no quería tener nada que ver con negros. No estoy muy seguro de que usted no sepa más de eso de lo que me está diciendo. ¿En dónde está el muchacho de que me habla?».

«Está en el carro. Quisiera traerlo y hablarle a usted de él».

Luther se reclinó en la silla y empezó a mecerse de nuevo.

«¿Hablar de él para qué?».

«Me gustaría arreglar con usted para que él viva con ustedes por el resto del verano. Y yo le pagaré por su cuarto y comida la cantidad que usted fije. No habrá ninguna discusión por asuntos de plata. Y él podrá ayudarle con cualquier clase de trabajo que usted quiera que él haga. Usted es su abuelo y...».

«Ya le dije que no es pariente mío, ni ninguno de los de su clase. La Kathlee tampoco era parienta mía y los hijos de ella tampoco lo son. ¿Cómo diablos se le ocurrió traérmelo a mí?».

«Bueno, ha habido algunos problemas en Wolverton y él no puede estar seguro allá por ahora. Esto queda lo bastante lejos, de modo que...».

«¿En qué clase de problemas se ha metido?».

«Hay una mujer allá, una mujer blanca...».

«¡Ajá! Eso es todo lo que me hace falta saber. Y podría haberlo adivinado si me lo hubiera propuesto. No quiero tener nada que ver con un blanquinegro que anda haciendo majaderías con mujeres blancas y se mete en líos. No, él no puede venir a quedarse aquí, como tampoco dejé que se quedara su mamá negriblanca: yo la eché tan pronto como pude. Y usted lléveselo, sáquelo de esta ciudad. No quiero que nadie aquí vea un negriblanco metido en mi casa. Yo soy un negro y estoy orgulloso de serlo y no quiero tener nada que ver con los otros. Váyase, ya. Lléveselo de aquí como le dije y no vuelva a traerlo nunca».

Una mujer grande, carnuda, de pelo gris, que había estado de pie junto a la puerta de la casa durante los últimos minutos salió al porche. Grover no podía ver distintamente su cara a través de la tela metálica mientras ella se limpiaba los ojos y mejillas con la manga de su traje.

«Luther», suplicó llorosa. «Luther, déjalo que se quede. ¿No quieres, Luther? Ella me escribió una carta hablándome de él antecitos de morir. Estaba tan orgullosa de él. Yo lo cuidaré, Luther. Yo me encargaré de que nunca te moleste. Quiero cuidarlo por Kathlee. Por favor, Luther ¿no vas a dejarlo que se quede —aunque sea por un poco— no puede quedarse para que yo pueda cuidarlo?».

«¡Carajo! ¡No! Ese no entra a mi casa. Ni tienes para qué seguir hablando. Y no hables más de ella, tampoco. No quiero oír hablar más de ninguno de los dos».

Ella se acercó a la tela metálica y miró a Jeff sentado en el carro.

«¿Cómo se llama?», le preguntó a Grover.

«Jeff. Jeff Bazemore».

«Jeff», repitió ella suavemente. «Jeff, el hijo de Kathlee. Ni siquiera lo habían bautizado cuando ella me escribió. Y a poco ella murió...».

La mujer sollozaba mientras se pegaba más a la tela metálica y trataba de ver a Jeff más claramente, y sus lágrimas formaban pequeños paneles de vidrio en la tela metálica.

«El chico de Kathlee —su hijo— ¡no me canso de mirarlo! ¡Quiero salir a verlo bien! Quiero tocarlo ¡el chico de Kathlee!».

«¡Nada de eso, Ethel!»., ordenó Luther rudamente. Se levantó de la mecedora y la empujó retirándola del porche para impedirle que abriera la puerta de tela metálica. «¡Haz lo que te digo! ¡No te le vas a acercar!».

«Pero Luther», suplicó ella, «él es mi nieto... ¿no puedo salir siquiera y verlo una sola vez? Quiero ver cómo es, una sola vez, Luther. ¿No puedo, Luther?».

«Maldita sea, Ethel. Cállate de una vez. Tú bien sabes que ese no es de mi familia».

«Señor, ¿adónde se lo va a llevar de aquí?», preguntó la abuela de Jeff frenéticamente. «Por favor, señor, dígamelo. ¿A algún sitio donde pueda verlo algún día?».

«No lo sé», respondió Grover. «Si no puede quedarse aquí, tendré que llevarlo a

Memphis y encontrarle un sitio donde pueda quedarse».

«¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¡Eso queda tan lejos y yo quiero verlo antes de que me muera! ¡La pobre Kathlee está muerta y yo quiero ver a su hijo antes de que yo también me muera!».

«¡Ya te dije que te callaras, Ethel!», le aulló Luther. «No quiero oír hablar más de eso».

Luther se acercó a la puerta de tela metálica.

«Váyase ya de aquí con ese muchacho», le dijo a Grover. «Lléveselo a cualquier parte —no me importa adónde— ¡y no vuelva a traerlo a esta casa nunca!».

Grover se dio vuelta y recorrió el sendero hacia la portezuela del jardín. Antes de llegar a la puerta, se dio cuenta de lo alegre que estaba de no tener que dejar a Jeff en la misma casa con Luther Bazemore. Y cuando llegó al carro, estaba sonriendo mientras pensaba en lo alegre que Jeff iba a ponerse cuando le dijera que no tendría que quedarse allí.

CAPÍTULO 11

I

Grover entró al carro y cerró la puerta de golpe sin decir una palabra. Jeff lo miraba interrogativamente pero Grover quería aguardar hasta haberse retirado de la casa de Luther Bazemore antes de explicar lo que había sucedido.

Cuando Grover estaba arrancando el motor, el rostro de Jeff se iluminó de pronto al darse cuenta de que estaban a punto de irse y de que no tendría que quedarse allí después de todo. Ya desaparecida su tristeza, sonrió por vez primera esa mañana.

Grover, complacido y entusiasmado, le dio una palmada al muchacho en la pierna. Le hacía bien saber que estaba llevándose a Jeff lejos de todo esto aunque se daba cuenta de que no sería fácil y le tomaría una cantidad de tiempo y paciencia hallarle un sitio seguro y adecuado para que viviera en Memphis o en cualquier otra parte.

Habían recorrido sólo una pequeña distancia desde la casa de Luther cuando el carro patrulla de la policía, alcanzándolos de repente, se les puso a la par y uno de los policías le hizo gestos a Grover de que se detuviera. Eran los mismos policías de antes con sus camisas blancas y evidentemente lo habían seguido y estaban aguardando a la vuelta de la esquina donde podían observarlo mientras estaba en la casa de Luther Bazemore.

El policía que había hecho señas a Grover de que se detuviera era un joven corpulento de unos veintisiete o veintiocho años, como de uno con ochenta de altura y más de cien kilos de peso. Grover no se había dado cuenta en la suave luz de la mañana, pero a la brillante luz del medio día observó que la cara ancha y severa del policía era pálida y que sus fríos ojos grises tenían una mirada penetrante que intimidaba y era amenazante.

«Usted ha estado andando por la ciudad toda la mañana», le dijo a Grover con una dureza acusadora, como si esa fuera una violación de alguna ordenanza municipal. «Dijo que no se quedaría aquí mucho tiempo, pero lo vemos por todas partes de la ciudad. Se está volviendo cansón vigilarlo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí? Tenemos otras cosas que hacer. ¿Qué pasa, pues?».

«Ya me voy», contestó Grover abruptamente, metiendo la primera y empezando a moverse. «Eso los dejará en paz y podrán volver a su trabajo y dejar de seguirme por todas partes».

El chofer de la patrulla bloqueó inmediatamente al sedán contra la acera con un choque de guardafangos.

«No tan de prisa», dijo el policía gigantón toscamente. «No me gusta ese tipo de

charla y yo le diré cuándo puede irse. Aguarde hasta que yo termine. Ahora, quiero saber algo. ¿Qué diablos hace un blanco como usted en esta parte negra de la ciudad durante tanto tiempo? Usted se detuvo en la otra calle y habló largo rato con unos negros y les preguntó por alguien llamado Bazemore. Ahora ha estado en su casa conversando largo rato. No parece nada bueno. Sería mejor que no venga a agitar a estos negros con cosas como los derechos civiles y cosas así. Y usted me dijo que criaba *ponies*, ¿no?».

«Correcto».

«¿Y ha estado tratando de venderles *ponies* a estas gentes? ¿No sabe que no podrían alimentar un *pony* cuando la mayoría de ellos ni siquiera pueden medio alimentarse ellos mismos incluso después de haber recibido dinero por nada del gobierno? Todos ellos juntos en esta calle no podrían reunir suficiente dinero para comprar un *pony*, de cualquier modo».

«Yo no estoy vendiendo nada, pero es un asunto de negocios lo que me ha traído aquí», replicó Grover, sintiéndose más irritado y provocado por el interrogatorio. «Ya se lo dije cuando me interrogó esta mañana».

«Cuidado con lo que dice. No trate de decirme la misma cosa dos veces si no se la pregunto».

Grover, controlando su ira, asintió con el rostro sin decir una palabra.

«No quiero oír eso otra vez pero hay algo más que quiero que me diga. ¿Por qué no hace que el muchacho se siente en el asiento trasero? Parecería como si quisiera hacerlo pasar por blanco pero cualquiera puede ver a la luz del día que tiene suficiente color para ser negro. Usted debería saber que no se ve bien que un negro ande en un carro por la ciudad en el asiento delantero con un blanco. A la gente no le gusta ver eso».

«Hay suficiente espacio aquí para él. Si quisiera que se sentara en el asiento de atrás, ya se lo hubiera dicho».

«¿Con que esas tenemos? Ahora le diré algo. Y mejor óigame bien, porque sólo voy a decirlo una vez. Hay suficiente espacio en la cárcel, también, para gentes como usted que vienen a la ciudad y dan vueltas por las calles en un automóvil grande con un negro sentado en el asiento delantero y luego se descuidan en una luz del tráfico o algo por el estilo. En lugar de tanta charla de su boca, mejor piense un poco en eso».

El carro patrulla se marchó a gran velocidad, saltando sobre la superficie irregular de la calle de tierra hasta que se perdió de vista al doblar la siguiente esquina.

Conduciendo aún más cuidadosamente de lo que lo había hecho más temprano esa mañana, Grover dejó el sector negro de la ciudad y se dirigió hacia el oeste por la carretera a Memphis. Antes de llegar al límite de la ciudad, sin embargo, se detuvo para tomar gasolina y luego volvió a parar en una venta de pollos listos para comer y compró dos grandes cajas de pollo frito para alimentarse tan pronto hallaran algún sitio donde detenerse en la carretera.

Desde que dejaron el vecindario donde Luther Bazemore vivía ambos habían esperado ver de nuevo el carro patrulla en cualquier momento. Grover estaba observando el espejo retrovisor y Jeff miraba en ambas direcciones al cruzar cada esquina. Pero si el carro patrulla estaba siguiéndolos, se mantuvo sin ser visto.

Jeff había estado moviéndose inquieto en el asiento por largo rato. Sin embargo, había aguantado hasta llegar a campo abierto antes de preguntar lo que Grover sabía que tenía en mientes.

«Mr. Grover, quiero saber algo».

«¿Qué, Jeff?».

«Mr. Grover, ¿por qué no me dejó con mis abuelos?».

«¿Estás contento de no haber tenido que quedarte?».

«Claro que sí. No me gustó eso. Y no me gustó la forma como ese policía le habló, tampoco. No habíamos hecho nada malo, ¿verdad? ¿Por qué tenía que ser tan malo?».

«Así son las cosas, Jeff. No dejes que eso te preocupe. Pero también yo estoy contento de que no te hayas quedado».

«Pero para eso me traje aquí».

«Ya lo sé. Tienes razón. Pero Luther Bazemore no quiso que te quedaras en su casa. No te quería allí. Tu abuela sí quería, pero tu abuelo, es decir, Luther Bazemore, no quiso ni siquiera escucharme».

«¿Por qué no?».

Mirando adelante, Grover disminuyó la velocidad del carro antes de responder.

«Jeff, es mejor que lo sepas de una vez. Ya tienes edad suficiente para entender. Tu madre —Kathlee— tuvo un padre blanco. No Luther Bazemore. No sé quién fue y tu madre tampoco lo supo nunca. Y tú tienes también un padre blanco, igual que tu madre. Eso te hace más blanco que cualquier otra cosa, pero eso no es demasiado importante. Lo que es importante es que tú eres mi hijo —el hijo de tu madre— nuestro hijo».

Aguardó a pasar una curva antes de continuar.

«De todos modos, Luther Bazemore no es en realidad tu abuelo —no es pariente tuyo— como tampoco era pariente de tu madre. Él lo sabe. Y por eso no te quiere. Él tiene todo el derecho a sentirse orgulloso de ser negro puro. Uno puede entender por qué cualquiera se siente orgulloso de ser lo que es, blanco, negro, o de cualquier color. Pero un color no es más sagrado que ningún otro color. Es un rasgo humano en todas partes sentirse orgulloso del color con que se nace. Y puedes sentirte orgulloso de lo que eres, quiero que te sientas orgulloso, Jeff. No simplemente porque yo sea tu padre. Sino por tu madre y por mí. Lo que tienes que hacer por tu cuenta es aprender a vivir como eres, estás en medio de dos mundos y ninguno de los dos es muy amistoso contigo. Uno de ellos es el de Luther Bazemore. El otro es el de Mike Devlin. Y no va a serte fácil vivir mientras no haya muchos más como tú».

Dándose cuenta de lo que había implicado, Grover miró a Jeff. El chico había

agachado la cabeza como para tratar de disimular su embarazo.

«No te preocupes por eso, Jeff», dijo apresuradamente y con toda la ternura que podía. De nuevo le dio otra palmada en la pierna como para consolarlo. «No quise referirme a lo tuyo, hijo. No te preocupes por eso. No quiero que te sientas avergonzado de lo que sucedió. Esas cosas pueden pasarle a cualquiera. Y suceden todo el tiempo. Yo no te culpo. Fue idea de Effie Devlin, de todos modos. Y hay sólo una cosa más que quiero decir sobre eso. Uno de estos días, después de que te gradúes en la universidad y hayas aprendido mucho después de cuatro años de estudio, estarás manejando la finca. Será tuya algún día, tú eres el único a quien puedo dejársela, y tú la heredarás. Pero mucho antes de eso espero que tengas tus propias ideas sobre con quién quieres casarte y tener hijos. No me importa si es negra, blanca, o intermedia: lo que importa es que sea bella y maravillosa como fue tu madre».

II

Durante varias millas se mantuvieron en silencio. El campo estaba cubierto de grama sobre las colinas onduladas con una finca de cría de pollos ocasional o una lechería con sus establos y graneros cerca de la carretera. No habían llegado aún a ningún bosquecillo donde pudieran detenerse para comer el pollo frito aunque ahora los árboles se hacían más numerosos al avanzar hacia el oeste.

«*Mr. Grover*», dijo de pronto Jeff como si no pudiera mantenerse callado por más tiempo.

«¿Qué, Jeff?».

«*Mr. Grover*... ¿está usted avergonzado de mí?».

«¿De qué demonios estás hablando?».

«De mi color, del modo como soy».

«¿Y qué?».

«Bueno. Yo no soy blanco como usted. Y las otras personas. Y los demás no me quieren por mi color y...».

«Eso no tiene nada que ver con la forma en que yo sienta, Jeff. Me gustas como eres. Y quiero que lo recuerdes. Nunca pienses distinto al respecto».

«No lo quiero, pero...».

«Míralo de esta manera, Jeff. Algunas personas tienen pelo negro, otras lo tienen rubio, otras lo tiene rojo. ¿Qué importa de qué color sea el pelo? Claro que no tiene ninguna importancia. ¿Por qué entonces debería avergonzarme de tu apariencia?».

«¿De modo que de veras no está avergonzado de mí?».

«¡No!», dijo Grover enfáticamente. «Ahora, deja de pensar en eso de una vez por todas. No vuelvas a preocuparte por eso».

Jeff se quedó en silencio mientras se mantenía mirando al frente hasta que de pronto comenzó a moverse nerviosamente en el asiento junto a Grover.

«¿Qué te pasa, Jeff?», preguntó Grover con ternura. «¿Sigues preocupado por eso?».

Jeff sacudió la cabeza. «Es algo más. ¿Qué va a pasar con el bebé de *Mrs. Devlin*?».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Llegaremos a verlo alguna vez? ¿Lo veré yo?».

Grover sacudió lentamente la cabeza. «No lo sé, Jeff. Eso es algo que no sé».

«Si lo que *Mrs. Devlin* dijo es la verdad... si estaba diciendo la pura verdad...».

«¿Qué, Jeff?».

«Bueno, pues que me gustaría verlo... ver cómo es...».

Grover estaba asintiendo comprensivamente. «Sé lo que quieres decir, Jeff. Y creo saber cómo te sientes al respecto. No me sorprendería si algún día, si se mudan

ahora para otra parte, quisieras encontrarlo y... bueno, tú sabes lo que quiero decir».

Jeff había vuelto la cabeza y estaba mirando vagamente a distancia.

«Es una sensación bien extraña darse cuenta de eso», estaba diciendo como si hablara consigo mismo. «Nunca pensé que pudiera pasarme a mí».

«Hay una cantidad de hombres en este mundo con el mismo problema, Jeff. La única diferencia es que algunos de ellos saben que tienen hijos en alguna parte y otros no pueden evitar preguntarse si los tienen... y cuántos».

«*Mr. Grover*, en cierto modo no me importa saberlo. Estoy contento, de veras. Y me la paso pensando en *Mrs. Devlin* cuando decía que quería que le sucediera. Ella dijo que lo quería porque no deseaba seguir jugando con muñecas».

«¿Jugando con muñecas? ¿Qué muñecas?».

«*Mrs. Devlin* dijo que tenía docenas de muñecas, y que ella misma había hecho varias pero que jugar con ellas la hacía llorar porque no eran reales. Dijo que por eso era que quería tener un bebé».

«Pero si quería tanto un bebé, ella está casada con *Mike Devlin* y...».

«Dijo que él había ensayado, pero nada había pasado, de modo que tenía que conseguirlo con algún otro».

«De modo que te escogió a ti».

Jeff rió un poquito para sí. «Bueno, lo que ella dijo es que yo fui el segundo escogido porque había un blanco en los establos, que no quiso hacer lo que ella quería».

«¿Quién era, Jeff? ¿Era *Jim Whittaker*?».

«Ella no me lo dijo. Y yo estaba demasiado asustado para preguntarle una cosa así».

«Bueno, para tu información, Jeff, no fui yo. Si lo hubiera sido, yo le hubiera dicho que siguiera jugando con sus muñecas y le hubiera dado un dólar para que se comprara otra».

«Tal vez, *Mr. Grover*, pero *Mrs. Devlin* es una señora con mucha fuerza y sus músculos y su mente estaban decididos a conseguir lo que querían cuando me arrinconó en el albergue y no quiso atender a nada de lo que yo le decía».

La carretera estaba descendiendo hacia un valle para cruzar varios centenares de metros de tierras bajas llenas de torrentes y a cada lado de la carretera había espesos bosquecillos de sauces y cauchos. Grover disminuyó la velocidad del sedán inmediatamente, y cuando vio la débil huella de un caminito que conducía al bosquecillo, viró inmediatamente y lo siguió hasta que estuvieron completamente a cubierto del sol.

Mientras Jeff estaba caminando estirando las piernas, Grover fue al torrente y se lavó las manos y la cara. Al regresar al carro estaba secándose la cara con un pañuelo.

«Si alguien necesitó jamás una afeitada, ese soy yo», le dijo a Jeff. «Estas barbas parece que han estado creciendo por una semana. Mejor paramos en el próximo pueblo y busquemos una barbería. ¿Cómo estás tú, Jeff?».

Tocándose las mejillas y la barbilla, sonrió y sacudió la cabeza.

«No están muy crecidas. Yo sólo empecé hace poco a afeitarme dos o tres veces por semana, y ahora no hay mucho que afeitar».

«Bueno, dentro de un año o cosa así tendrás que levantarte todos los días y afeitarte cada mañana. No querrás volverte perezoso como algunos y dejarte la barba, ¿no?».

«No sé cómo me vería con barba pero ahora sé que no me vería bien. Prefiero seguir pareciendo un muchacho».

Grover pensó por un momento en decir algo sobre el hecho de que ya había demostrado ser un hombre pero rápidamente decidió que sería mejor no hablar de eso.

Se sentaron en una pequeña loma cubierta de césped y, silenciosamente y con voracidad, empezaron a comer el pollo frito que habían comprado en las dos cajas. Había una docena de presas de pollo en cada caja, piernas y alas y muslos y pechugas, pero ni un solo hígado ni molleja.

Cuando Jeff se había comido el último bocado, hizo un montoncito con los huesos y los colocó en la caja antes de cerrarla.

«Mr. Grover, ¿qué pasó con todos los hígados y mollejas de los pollos que no nos dieron?», preguntó preocupado. «No había señas de eso en toda la caja».

«¿Los echaste de menos, también?».

«Claro que sí. Son las mejores presas».

«Yo he pensado en eso muchas veces. Y ahora he llegado a la conclusión de que no importa dónde compres pollo, la gente que hace grandes negocios vendiendo pollos fritos escoge las mejores presas y se las llevan a casa si les da la gana. Tú has visto fotos del Coronel Sanders y de Minnie Pearl y de Buddy Hackett suplicando a la gente que compren sus pollos fritos y sabes qué alegres y bien alimentados se ven. Y no puede haber sino una razón para que estén tan bien alimentados. Es porque se comen todas las mollejas y no las comparten con gente como nosotros. Preferiría que me robaran al darme el vuelto o en el peso cada vez que compro a que me dejen sin molleja. Pero te diré lo que haremos. La próxima vez no compraremos pollo frito a menos que nos prometan que nos darán las mollejas».

«Mr. Grover, ¿a usted le gustan los sándwiches de molleja como a mí?».

«¿Y por qué no, Jeff? Es cosa de familia».

«Lo que me gusta hacer es tomar un pan caliente y abrirlo y echarle mantequilla a ambos lados y luego poner la molleja frita en el centro para hacer un sándwich. Podría comerme una docena ahora mismo».

«También yo, Jeff».

Primero Grover, y luego Jeff, se tendieron en el césped a la sombra fresca de los cauchos. En la quietud de la tarde había tan poca brisa que no se oía el susurro de las hojas y los carros y camiones que corrían por la carretera pasaban tan raudos que parecían llevarse consigo su propio sonido.

«¿Dónde voy a quedarme en Memphis, *Mr.* Grover?», preguntó Jeff mientras yacía tendido mirando al verde follaje. «No me importaría quedarme allá todo el verano si no tienen policías como los de antes que eran tan horribles».

«No sabemos todavía dónde vas a vivir», contestó Grover adormilado. «Ya veremos cuando lleguemos allá y echemos una mirada a la ciudad. Ahora lo que necesitamos es una buena siesta después de pasar toda la noche en blanco. Más necesito dormir que una afeitada. Mis barbas tendrán que esperar. Pero ya no podemos seguir sin dormir».

La voz de Grover se hacía cada vez más indistinta con cada palabra que pronunciaba. Con un largo y ruidoso bostezo de sueño, se puso el sombrero sobre la cabeza.

«Algo arreglaremos en Memphis... No te preocupes, hijo... Yo me encargaré de eso... Pero primero un poco de sueño... Un poco de sueño...».

III

Jeff fue el primero en despertarse. Se sentó, frotándose los ojos y mirando en torno suyo en las sombras del final de la tarde. El sol, apenas visible a través de los matorrales, estaba hundiéndose en el horizonte como una bola de fuego roja y ya varios pájaros nocturnos empezaban a cantar y a revolotear entre los árboles.

Con el sombrero aún sobre la cara como si no se hubiera movido durante todo ese tiempo, Grover estaba durmiendo a pierna suelta cuando Jeff se levantó y se fue al arroyo a tomar agua. Cuando regresó, estaba oscureciendo rápidamente bajo los árboles con la llegada de la noche y le alegró ver que Grover estaba sentado y lo miraba. No se asustaba a menudo en la oscuridad, pero imaginó escuchar las voces de Mike Devlin y de los otros en algún sitio del bosquecillo.

«Creo que dormimos como cuatro horas», dijo Grover. «Y es el mejor sueño que jamás he tenido. ¿Cómo te sientes, Jeff? ¿Dormiste lo suficiente?».

«Ahora me siento muy bien, *Mr.* Grover. No me desperté hasta hace un momento cuando se ocultaba el sol. Entonces fui al arroyo a tomar un poco de agua. Pensé oír voces de personas, pero tal vez fue pura imaginación».

«Podría haber una casa en algún sitio cerca de aquí pero nadie va a molestarnos: ya nos vamos», Grover se puso de pie y estiró los brazos. «Tengo tanta hambre otra vez que podría comerme otra caja entera de pollo frito. Vamos al próximo pueblo y busquemos algo que comer».

«¿Cómo sabremos qué marca de pollo frito comprar para obtener lo que queremos?».

«Te diré. Tú observas la personalidad y características físicas de los dueños de esas empresas. Por ejemplo, cuando compras pollo frito del Coronel Sanders, puedes contar con obtener los mayores muslos y piernas. Y cuando lo compras de Minnie Pearl esperarás tener buenas pechugas».

«¿Y qué pasa con los pollos fritos de Buddy Hackett?».

«Bueno si ha dejado de comérselas él, entonces podremos conseguir algunas mollejas».

«¿Quieres saber en qué estaba soñando cuando me desperté, *Mr.* Grover?».

«¿En qué?».

«Nos habíamos parado en algún sitio a conseguir algo que comer, pero no era pollo frito sino un sitio donde tenían las más grandes hamburguesas que jamás he visto ¡eran de este tamaño!». Y puso juntos los dedos índices y pulgares indicando la forma de un plato grande. «Así de grandes eran las hamburguesas y los panes eran un poco más grandes todavía, y adentro tenían mostaza y salsa picante y cebollas picadas y pimentones. Nunca vi nada igual antes. Pero me desperté antes de poder probar el primer bocado. Era una hamburguesa linda, aunque no llegué a probarla».

antes de despertarme».

«Me estás haciendo sentir más hambre que nunca, Jeff. Deja de hablar así y vámonos yendo. Ahora no sé si comerme una hamburguesa así o mejor un sándwich de molleja. Pero puedo comerme las dos cosas. ¡Vamos!».

Pronto Grover sacó el carro en retroceso hasta la carretera y siguieron de nuevo hacia el oeste. A poco las luces de una población aparecieron de repente sobre la cresta de una colina. Ya estaba oscuro y Grover sabía que estaban todavía a medio camino de Memphis. A esa distancia, sabía que iba a ser otra larga noche y probablemente también sin poder dormir.

Tan pronto llegaron al límite de la ciudad, Grover se detuvo en la primera estación de gasolina. Sin embargo, en vez de ponerle más gasolina al carro, fue primero a una cabina telefónica en el fondo del estacionamiento.

«Voy a telefonarle a Jim Whittaker», le dijo a Jeff al salir del carro. «Quiero saber si todo anda bien en la finca desde que nos vinimos. Podría haber algo que yo deba saber antes de seguir adelante. O Jim podría necesitar consultarme algo».

Grover no se sorprendió cuando Jim Whittaker no respondió la llamada en la oficina del establo a esa hora de la noche. Sin embargo, contestó inmediatamente cuando la llamada fue transferida a su casa.

«Qué bueno que me llamaste, Grover», dijo Jim al punto. «No sabía cómo ponerme en contacto contigo de modo que me he quedado aquí al pie del teléfono en la esperanza de que me llamas. ¿Dónde estás, Grover?».

«Holly Springs».

«¿Qué haces ahí?».

«Voy a llevar a Jeff a Memphis ahora».

«¿No lo dejaste en Tupelo?».

«No».

«Bueno, eso está bien. Ahora puedes darte la vuelta y lo traes aquí».

«¿Qué lo vuelva a llevar allá? ¿Qué quieres decir, Jim?».

«Ya nadie lo va a molestar aquí. Óyeme no más, Grover, y te diré por qué. Todo se tranquilizó aquí y ya no habrá más líos. Esos malditos jinetes nocturnos se dispersaron en todas direcciones por el país como una manada de conejos asustados tratando de escapar de un perro. Ya no van a molestar más a nadie. Todo acabó anoche. Por eso es que puedes traerte al muchacho a Wolverton ahora».

«¿Estás seguro, Jim?».

«Tan seguro como que estoy vivo. ¿Me oyes?».

«Te oigo. Pero ¿qué pasó, Jim?».

«Por lo que he oído en el pueblo hoy, había seis de esos malditos jinetes nocturnos anoche, Mike Devlin y otros cinco. No sé todos sus nombres pero en total eran seis. Oí que te detuvieron en el camino al sur del pueblo cuando te fuiste pero no tuvieron cerebro para ocurrírseles mirar en la maleta del carro. ¿Correcto?».

«Correcto, Jim».

«Bueno, no quiero reclamar el crédito por eso, pero por eso exactamente fue por lo que te sugerí que lo metieras en la maleta: yo tenía tanta confianza en lo estúpidos que son, que sabía que no se les ocurriría mirar ahí. De todos modos, después todos vinieron aquí a buscar al muchacho. Tenían linternas y miraron en todos los establos y graneros y no pudieron hallarlo en ninguna parte y Mike se mantenía diciendo que el único sitio donde lograrían encontrarlo era en el albergue al pie del pozo. De modo que todos se fueron allá y le prendieron candela, pensando en que el muchacho saldría para no asfixiarse o se quemaría adentro».

«No me digas que quemaron el albergue, Jim. No el albergue...».

«Lo hicieron, Grover. No queda sino cenizas y un poco de heno echando humo. Tú sabes cómo se quema el heno embalado».

«¿Y por qué tenían que hacer eso? ¡Qué desgracia! El albergue era algo especial para mí, no me importaba que estuviera viejo y descuidado, quería mantenerlo así. Quería que siempre fuera como siempre había sido; yo tenía una razón para ello...».

«Ya no existe, Grover, y nada puede hacerse. Pero eso no es todo, tampoco. Hay algo más. Y te lo diré enseguida. Cuando Jeff no salió huyendo del humo ni se quemó en el incendio, Mike y Bundy Godowns se pusieron a discutir sobre haber quemado el albergue y destruido propiedad privada para nada porque no encontraron a Jeff y Bundy insultó a Mike por hacerlo. Bueno tú los conoces. No se detienen ante nada cuando se enfurecen y lo de insultarse es sólo el comienzo. Y entonces hubo tiros y Mike cayó muerto».

«¿Mike Devlin? ¿Muerto?».

«Muerto. Y enterrado en el cementerio con un montón de tierra encima. Según oí en el pueblo, Bundy lo mató con una escopeta después de que Mike sacó la pistola y empezó a disparar. Así es como terminó todo y todos los otros huyeron a los sitios de donde habían venido. Ahora ya no habrá más problemas para Jeff. Ya terminó todo con la muerte de Mike. Después de lo que pasó, nadie va a querer remover la cosa. Puedes volver a traer al muchacho».

«¿Y qué pasó con la mujer de Mike?».

«Me dicen que se llevó al bebé y se fue a vivir con sus familiares en Jackson».

«Bueno, hay sólo otra cosa que quiero saber».

«¿Qué, Grover?».

«¿Está mi mujer en casa ahora? ¿Has visto a Madge?».

«Yo no la he visto, pero vi su carro rojo al pie de la casa cuando salí del establo al anochecer. Creo que esté ahí ahora, pero no quiero calcular cuánto tiempo se va a quedar antes de que se vaya de nuevo. Te diré, si yo tuviera que soportar una mujer como...».

«Está bien, Jim. Creo que eso es todo por ahora. Te veré en la mañana. Adiós».

«Buenas noches, Grover. Y anda con cuidado. Es muy lejos Holly Springs para andar de noche por una carretera que no conoces y no sería nada bueno que tuvieras un accidente al regresar a casa. Quiero verte sano y salvo mañana por la mañana».

CAPÍTULO 12

I

Había sido un alba nublada y gris la de esa mañana, y más bien fresca también para ser de verano, y mucho tiempo después de una salida del sol incolora hubo una niebla flotando sobre los verdes pastizales y sobre las faldas de grama húmedas de rocío de la finca de *ponies*. Hasta las altas cúpulas de los establos y las veletas sobre los graneros y el empinado caballete del tejado de la gran mansión blanca sobre la colina eran apenas visibles a través de la humosa bruma.

Una vez más, como sucedía año tras año, era la época del verano cuando a menudo el día empezaba con una silenciosa quietud como si nunca más volviera a haber una brisa en el aire y luego en la tarde había un intervalo de intensa luminosidad solar seguido de una violenta tormenta con vientos huracanados, truenos y relámpagos y aguaceros torrenciales.

La apacible calma en la brumosa mañana, sin embargo, habría de ser breve y abruptamente rota por el penetrante silbido de la fábrica de alimentos en Wolverton. No pasaría mucho tiempo antes de que empezaran los gritos de los mozos de establo en los potreros, el sonido de cascos galopando de los Shetlands en el picadero, y el ruidoso clamor de un tractor cortando heno en uno de los campos de las tierras bajas.

Entretanto, sin embargo, todo estaba tranquilo y sereno en las primeras horas de la mañana cuando Grover salió de su sedán después de dejarlo en la carretera de entrada junto al carro rojo de Madge y ascendió ansiosamente hasta la veranda de la gran casa blanca.

Después de dejar a Jeff en la casa de los Lawson en Wolverton, se había apresurado a llegar a casa esperando que Madge todavía estuviera allí y que no se fuera de nuevo demasiado pronto. Cuandoquiera que ella regresaba después de pasar en Nashville varios días que a veces se hacían semanas, él siempre abrigaba la esperanza de que al fin llegaría el momento cuando sería considerada y amorosa y no lo dejaría más solo. Él se preguntaba entonces si ella jamás llegaría a darse cuenta, o a importarle, cuán solitario se sentía él en el silencio de la mansión inmensa sin su compañía.

Antes de abrir la puerta para entrar, se volvió y miró el brillante convertible rojo de Madge en el camino. Inmediatamente se le nubló la vista al ver el llameante color del carro.

Desde el momento en que se habían casado y ella había exigido que le diera un convertible nuevo cada año que fuera exactamente del mismo color y de la misma costosa marca, él había tratado a menudo de persuadirla de que lo dejara darle un

carro de color diferente pero nunca lo había logrado. Y aunque él todavía estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por complacerla, cada vez que veía el familiar color rojo de su carro que tanto odiaba se sentía tentado a derramar una lata de cinco galones de gasolina y prenderle fuego. Sabía por qué tenía semejantes sentimientos. Había llegado a convertirse en un símbolo enloquecedor. El violento color rojo había llegado a asociarse firmemente en su mente con el continuo rehusar de ella de tener hijos y un constante recordatorio de su hábito de pasar más tiempo en Nashville que en su casa.

Aunque él creía que continuaba aún tan enamorado de Madge como siempre, a menudo se preguntaba cuánto más resistiría el anhelo de hacerla quedarse y observar mientras él derramaba una lata de gasolina sobre el carro rojo y lo quemaba completamente. Y había, también, muchas ocasiones en que se preguntaba cuánto tiempo más soportaría él la agonía de su cruel indiferencia que lo hería cada vez más profundamente, día tras día y año tras año. Él le había preguntado muchas veces en el pasado por qué quería pasar tanto tiempo fuera de la casa. Sin embargo, sus respuestas eran siempre vagas e inconcluyentes y, frecuentemente, amargamente sarcásticas.

En cuanto al misterioso y prolongado y costoso tratamiento que ella decía necesitaba, ella siempre se ponía molesta y evasiva cuando él trataba de interrogarla sobre el propósito y la naturaleza de los tratamientos. Hacía mucho tiempo que él había empezado a dudar de que ella le estuviera diciendo la verdad cuando decía que siempre se quedaba en casa de sus padres cuando estaba en Nashville.

Mientras estuvo allí mirando la borrosa imagen del llameante carro rojo, en ese momento empezó a pensar sobre la manera en que ella lo había tratado cada vez que se iba de la casa. Entonces era cuando se iba con un simple aletear de la mano después de ignorar alegremente su pregunta de cuántos días iba a estar fuera y luego volvía a mirarlo con una tantalizante sonrisa mientras se escapaba en su carro dejándolo en la carretera de entrada viéndola desaparecer con el nebuloso parpadear de sus ojos.

Dejó entonces la veranda y subió al segundo piso. Grover no quería perturbar el sueño de Madge tan temprano, pero quería echarle una rápida ojeada después de tantos días de no verla. Cuando trató de abrir la puerta de su alcoba, sin embargo, encontró que estaba cerrada.

Se sintió desilusionado, y por varios momentos estuvo indeciso sobre lo que debería hacer, pero después bajó al *hall* sin haber llamado a su puerta y habiéndose cuidado de hacer el menor ruido mientras se afeitaba y se bañaba en la ducha. Después de buscar ropa limpia bajó para decirles a Annie y Della que había llegado y quería desayunarse.

Usualmente cuando bajaba al gran salón comedor forrado en madera de encina por la mañana, tanto Annie como Della se mostraban agradablemente habladoras y alegres con brillantes sonrisas en sus anchas caras negras. A ambas les encantaba

hallar pequeñas excusas para quedarse en el comedor arreglando las cortinas y alisando arrugas imaginarias en el mantel y arreglando de nuevo algunos de los platos en la mesa como si no hubieran sido bien dispuestos para empezar.

Mientras se mantenían ocupadas alrededor de la mesa, y si él no las desalentaba absorbiéndose demasiado en la lectura de su periódico, ellas tenían un modo de desarrollar algún incidente trivial transformándolo en un episodio largo y humorísticamente relatado: una vecina de Media Vida al barrer su porche había encontrado en una grieta la misma moneda que había perdido la semana pasada y pensaba que la había perdido para siempre, o una amiga al tomar el autobús para irse a Jackson en su día libre para hacer algunas compras había tomado el autobús que no era para regresar a casa y descubría encontrarse en cambio en Memphis a las tres de la madrugada.

Esta vez, sin embargo, Annie y Della lo atendieron con briosos eficiencia impersonal y no podía ver rastro de sonrisa en sus labios. Y en vez de demorarse para hacer algún comentario casual sobre alguna cosa, algo que nunca habían dejado de hacer antes, se apresuraron a volver a la cocina sin decir una palabra cada vez que una de ellas traía un plato y lo ponía en la mesa.

Lo que era aún más extraño era que no decían nada sobre el incendio del albergue, que era algo de lo que ciertamente deberían estar enteradas, y, de ordinario, una de ellas habría dicho algo dándole la bienvenida después de regresar de un viaje de uno o dos días. Conociendo a Annie y Della como las conocía después de tantos años, decidió que estaban perturbadas por algo distinto del incendio del albergue y de la razón por haberse llevado a Jeff en un viaje de dos noches.

Grover había terminado de tomar su desayuno de tocineta y huevos y tostadas y estaba sentado allí tratando de leer uno de los periódicos que Annie y Della le habían traído como de costumbre del puesto de revistas de Wolverton y los habían puesto en la mesa para que los viera. Al mismo tiempo estaba tratando de pensar cuál podría ser la causa del curioso comportamiento de las dos negras.

Della, caminando suavemente, salió de la cocina con otra cafetera llena de café caliente.

«Gracias, Della», le dijo mientras miraba su rostro impasible. «Como siempre, has hecho muy buen café esta mañana. Nadie sabe hacer un café tan bueno como tú, Della. Debes tener un secreto para hacer café que nadie más conoce».

Della asintió con la cabeza brevemente sin decir una palabra como si estuviera decidida a contradecir cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Él continuó mirando esperanzado a su redonda cara, viendo a ver si por fin decía algo, pero ella evitaba su mirada hasta que pudo dejar la mesa y salir corriendo del salón. Tomando un periódico tras otro, primero *The Commercial Appeal*, luego *The Nashville Banner*, y finalmente el semanario *Wolver County Enterprise*, trató de leer los titulares de primera página pero en realidad veía sólo letras borrosas. Eso fue cuando Annie, moviéndose tan suavemente como si viniera de puntillas con los pies

descalzos, entró al comedor a llevarse los platos que quedaban.

«Annie», le dijo inmediatamente, alzando la voz, de manera que ella no pudiera fingir no haberlo oído. «Annie, yo vi el carro de la señora en la carretera cuando llegué hace un rato, pero no la desperté. Pensé que era demasiado temprano para levantarla. ¿La viste anoche cuando llegó?».

Hubo un largo silencio como si ella no hubiera entendido la pregunta o la estuviera ignorando deliberadamente. Finalmente, sin embargo, ella asintió con el rostro sin mirarlo directamente.

«Sí, *Mr. Grover*, la vi. Y a su acompañante, también».

«¿Trajo compañía con ella, Annie?».

Annie no respondió.

«¿Quién es, Annie?».

«Eso es algo que no sé».

«¿Es algún pariente suyo? ¿Es su madre o su padre?».

Por toda respuesta simplemente frunció los hombros.

«Bueno, ¿es alguien que yo conozca, Annie?».

Annie, retrocediendo hacia la cocina estaba sacudiendo la cabeza. «No creo, *Mr. Grover*. Ella no me pareció ser... no actuaba como alguien que usted quisiera conocer».

«¿Qué quieres decir con eso?».

«Eso es todo lo que sé, *Mr. Grover*».

Apretó los labios con gesto de desaprobación, aunque parecía querer decir más y estaba forzándose a no hablar para no parecer exagerada.

«Annie, no me estás diciendo lo que quiero saber».

«Mejor es que usted lo vea por sí mismo, *Mr. Grover*».

Ella salió del comedor y regresó a la cocina.

Grover levantó la cafetera para llenar de nuevo la taza y, con mano temblorosa derramó el café en el plato y en el mantel.

El café caliente le quemó los labios y la garganta cuando tomó un trago y entonces derramó más sobre el mantel al depositar la taza en el plato. Agarrando uno de los periódicos, trató de leer por un rato mientras se preguntaba por qué la huésped de Madge había perturbado en tal forma a Annie y a Della. El índice Dow Jones de valores bursátiles, la posición de los equipos de béisbol de la Liga Nacional, los informes de lluvia y temperatura, la situación del Río Mississippi en Memphis, y la cotización del algodón en Nueva Orleans se confundieron rápidamente en una mezcla de cifras y porcentajes que eran inseparables y carecían para él de todo significado.

II

Cuando Grover estaba poniendo de lado el periódico, Madge entró al comedor con una mujer alta, de pelo oscuro, que caminaba pesadamente y quien lo miró inmediatamente con una mirada fríamente desaprobadora como si él fuera un intruso que estaba ofendiéndola a propósito por estar en su presencia.

Al parecer de la misma edad, Madge y la extraña mujer usaban idénticos trajes — camisas rojo encendido y pantalones verde pálido. Lo único que las diferenciaba, aparte del tamaño físico, era el reluciente pelo rubio de Madge y el pelo negro corto de la otra, que parecía como si se lo hubieran trasquilado irregularmente.

Para el momento en que Grover pudo levantarse de su silla, ya ellas se habían sentado una al lado de la otra en el otro extremo de la mesa.

«¡Oh!», exclamó Madge de repente después de varios instantes de silencio en el salón mientras miraba a Grover a través de la mesa como si acabara de darse cuenta de su presencia. «Esta es mi amiga, Micky Pete».

Madge había vuelto el rostro y estaba sonriéndole a la mujer sentada junto a ella.

«¿Micky Pete?», repitió sorprendido, mirando fijamente a la extraña mujer y preguntándose si ese sería su verdadero nombre o si había sido escogido para que cuadrara con su apariencia masculina, sus espesas cejas y su cuello musculoso y sus anchas espaldas. Él hizo una pequeña venia. «Encantado de conocerla, Micky Pete».

La mujer lo miró con los ojos entrecerrados mientras se mantenía desdeñosamente silenciosa.

«¡Y tú! ¡Grover Danford! ¡Tú eres un infeliz hijo de puta!», dijo Madge con un amargo y despreciativo tono de voz.

El rostro de Madge estaba totalmente pálido y sus labios estaban tensos y adelgazados. Había contenido el aliento hasta el máximo mientras lo miraba enfurecida a través de la mesa. Su labio superior empezó a temblar de pronto.

«De nada te servirá quedarte ahí sentado y fingir que eres sordo ¡puerco hijo de perra! ¿Por qué no dices nada? ¡Ya oíste lo que te llamé! ¡Y eso es lo que eres! ¡Un puerco hijo de perra! ¿Lo oíste ahora? ¡Y si no lo oíste seguiré repitiéndolo! ¡Hijo de perra! ¡Hijo de perra! ¡Hijo de perra!».

«¿Qué es lo que te pasa, Madge?», preguntó él después de un momento hablando con toda la calma que podía.

«No te gusta lo que te he llamado, ¿verdad?».

«Madge, tú nunca has hablado así antes. ¿Qué te ha pasado? No sé qué pensar de ti. Este no es sitio para hablar así. Tenemos compañía y...».

«¡Cállate! Yo hablo como me dé la gana y donde me dé la gana y cuando me dé la gana y tú no puedes impedírmelo. Tú, hediondo baboso hijo de perra. No vas a decirme lo que yo puedo hacer. Yo hago lo que me da la gana. ¿Lo oíste Grover?»

¿Grover Hijo-de-Puta Danford?».

Él miró a Micky Pete. Ella estaba sonriendo aprobadoramente mientras se inclinaba y le daba suaves codazos a Madge.

«¡Madge! ¿Qué demonios te ha pasado?», preguntó en voz alta, hablando enfurecido. «¿Por qué te portas así? ¿Qué diablos es lo que pasa?».

Cerrando los ojos, ella se rió de él burlonamente echando la cabeza hacia atrás.

«¡Grover Hijo-de-Puta Danford! Nunca tuviste un segundo nombre antes; ahora tienes uno que te cuadra muy bien».

«¡Madge! ¿Qué hace ella aquí? ¿Quién es? ¿Qué hay entre ustedes dos? ¿Qué es ella?».

Madge lo miró con una sonrisa de desdén.

«No puedes hacerme callar, de modo que te enfureces e insultas a mi amiga. Sigue y verás de qué te sirve. Y de paso, anda e insúltanos a las dos. Todo lo que haremos es reírnos de ti. Tú, hediondo baboso hijo-de-puta».

«¿Por qué te la pasas diciendo eso, Madge?».

«¡Porque eso es lo que eres!».

«¿Qué te hace pensar así?».

«Yo no tengo que darte explicaciones».

«¿Por cuánto tiempo la has conocido?».

«Más tiempo de lo que te he conocido a ti ¡gracias a Dios!».

«¿Has estado viéndola todo este tiempo en Nashville?».

«¡Sí! ¡Todo este tiempo! ¡Sí, sí, sí!».

«¿Por qué?».

«¡Sí, sí, sí!».

Ella rió de nuevo mientras Micky Pete asentía con el rostro dándole ánimos.

«¿Entonces qué pasó con todos esos tratamientos médicos —o lo que fuera— que decías tenías que tener? Y siempre me pediste dinero para pagar por ellos y no me dejabas ver la cuenta del médico. ¿Qué hay de eso, Madge?».

«No te importa».

Grover indicó a Micky Pete con el dedo.

«¿Has estado quedándote con ella en Nashville cada vez que ibas allá y no decías la verdad cuando decías que te quedabas con tus padres? ¿Por eso es que querías que yo prometiera nunca telefonearte a su casa? ¿Ni llamarlos a ellos, tampoco?».

«¡Sí, sí, sí! ¡Ni debe importarte un carajo! ¡Hijo-de-puta Grover Danford! Y vamos a seguir viviendo juntas, también. Y tú vas a tener que pagar por ello mucha plata. ¡Te voy a hacer sufrir donde más te duele! Desearás nunca haber nacido cuando acabe contigo. Micky Pete y yo vamos a tener el más grande y mejor apartamento en Nashville. Nada sino lujo. Criadas día y noche. Trajes. Lo más caro de todo y todo lo que puedas imaginar. Nadie va a tener más lujo que nosotras. Estoy harta de vivir en este barrio campesino con todos esos hediondos establos y caballitos enanos. ¿Qué piensas ahora de eso, hijo-de-puta?».

«¿Por qué hablas así?», preguntó suplicante. «¿Qué tienes contra mí, Madge?».

Ella lo miró, apretando los labios.

Las dos blusas de rojo llameante gradualmente se mezclaron hasta hacer una mancha de ardiente brillantez. Inmediatamente la mancha llameante tomó la forma y el color idéntico del carro de Madge.

«Tú debes saber cuánto te he querido siempre, Madge», le dijo él. «Imposible evitar que lo sepas. Y todavía te quiero. Pero si esta es la forma como siempre te has sentido con respecto a mí y con respecto a ella todo este tiempo, ¿por qué te casaste conmigo? ¿Por qué me mentiste sobre todo? ¿Por qué no me dijiste antes la verdad?».

Ella sonrió indiferentemente frunciendo los hombros. Micky Pete la miró con un gesto de aprobación.

Grover se levantó de su silla. «Madge, ven conmigo», ordenó con energía. «Quiero que subas conmigo de modo que podamos hablar de eso en privado. Esto es un asunto serio, demasiado serio para que nadie fuera de nosotros dos intervenga».

Él vio cómo Micky Pete sacudía la cabeza mientras codeaba a Madge. Si no hubiera dudado momentáneamente y si no se hubiera controlado, sabía que le habría dado una cachetada a la mujer que la habría hecho rodar de la silla.

«¡Privado!». Madge dijo burlándose con sumo desdén. «¿Por qué no pensaste en esto antes de hacer idioteces que todo el mundo conoce y que hace que la gente se burle de ti, y de mí también? ¡Privado!».

Él volvió a sentarse.

«¿Qué quieres decir, Madge?».

«¿Por qué no tratas de explicarlo?».

«¿Explicar qué?».

Annie y Della entraron casi sin hacer ruido con los platos del desayuno para Madge y Micky Pete. Ni una palabra se dijo en el comedor mientras rápidamente colocaron las cosas en la mesa y salieron casi huyendo a la cocina. Inclínándose a Madge, Micky Pete le susurró algo al oído. Después de eso ambas, miraron a Grover, asintieron con el rostro y rieron.

«No respondiste a mi pregunta, Madge», dijo Grover exigiéndole una respuesta mientras la miraba a los ojos. «¿De qué estás hablando, que todo el mundo se está riendo de mí?».

«Si dejas de gritar y nos dejas a Micky Pete y a mi desayunarnos en paz, te lo diré. Y sé mucho. Descubrí todo sobre ti en Wolverton ayer, como todo el resto de la gente en esta detestable aldea sabe todo sobre ti y está hablando de ti en la calle. ¿Pensaste que podías mantenerlo en secreto, no? ¡Gracias a Dios lo supe a tiempo! ¡Tú y la famosa oh-tan-complaciente, oh-tan-bella, oh-tan-leche-y-chocolate putita negra que tenías! ¡Y ese hijo tuyo con su ondulado pelo castaño! ¡Tú, coge-negras! ¡Tú, puerco, sucio, baboso, hediondo jodedor de negras! ¡Y todo este tiempo te mantenías suplicándome que te diera hijos! Gracias a Dios no te dejé convencerme. ¡Tú puerco jode-negras! Hediondo...».

«Madge, escúchame. Eso sucedió hace mucho tiempo. Años y años antes de que te conociera, mucho tiempo antes de que nos casáramos. Nada tiene que ver con nosotros».

«¿Con que no? No quiero tener más que ver contigo. Tú, tú con ese negrito hijo tuyo de pelo castaño ondeado que lo sacaste del pueblo para ocultarlo para que no lo mataran después de que violó a una mujer blanca y ella tuvo uno de esos bebés de color de tu familia».

«Tú no sabes la verdad sobre eso, Madge. No sé qué oíste, pero sé exactamente lo que sucedió. Si me escuchas te explicaré por qué no puede culpársele por algo...».

«¡Ah! ¡Y ahora lo defiendes y tratas de excusarlo! Evítate el trabajo, Grover Hijo-de-Puta Danford. Yo sé lo que todo el mundo sabe en esa horrible aldea al respecto y no voy a creer tus mentiras. Oí todo sobre tu amor por esa negra. Nunca me he sentido tan avergonzada ni tan humillada en mi vida. ¡Pensar que he estado casada todo este tiempo con un hombre que tiene un hijo negro! ¡Y todo este tiempo me has hecho la madrastra de un negrito! ¡Un hijastro negrito! ¡Yo! Me da náuseas. ¡Me dan ganas de vomitar en tu cara! ¡Cristo Todopoderoso! ¡Oh, cómo te odio, Grover Hijo-de-Puta Danford! ¡Oh, cómo te desprecio!».

Al gritar los brazos, tumbó un vaso de agua, derramándola en el mantel. Ni ella ni Micky Pete hicieron el menor esfuerzo por secar el agua con una servilleta.

«Y tú piensas que vas a dejarle en testamento esta finca de manera que le pertenezca cuando te mueras, ¿verdad? Y le has prometido pagarle su educación en la universidad, ¿verdad? Ayer estuve en el pueblo y oí todo al respecto —todo el mundo en Wolverton no habla de otra cosa. Sólo Dios sabe qué más piensas hacer con él. ¡Bueno, déjame decirte algo, don hijo-de-puta coge-negras! ¡Prepárate porque se te van a saltar los ojos! Yo sólo me casé contigo para conseguir tu dinero, todo el dinero que pudiera sacarte ¡y ahora estoy mejor de lo que pensaba! ¡Ahora tengo la ley de parte mía para armarte un pleito y quitarte cuanto tienes, tus *ponies* enanos y todo lo demás!».

«Madge, no hables así. Tú no puedes hablar en serio, estás demasiado excitada. ¿No te acuerdas cómo era al principio? Tú sabías que yo te quería y no pudiste haberte casado conmigo si el dinero hubiera sido la única...».

«Aguarda no más. Ya lo verás. Cuando termine contigo no te quedará un solo centavo para ese medio blanco, medio negro hijo tuyo. Tendrá que salir y sudar la gota para ganarse la vida como debe hacerlo todo negro. Y tú, también. Tendrás que sudarla para ganarte la vida como ellos. Voy a conseguirme los mejores abogados que el dinero pueda obtener y que sepan cómo arruinarte. ¡Oh, Dios, cómo sufrirás! Eso será el pago por habértelas ingeniado para hacer que me casara contigo cuando no eras más que un coge-negras. Ojalá hubieran quemado a ese negrito tuyo cuando quemaron el albergue la otra noche. Nunca me gustó el tal albergue y me alegra que lo hayan quemado. Cada vez que lo veía, sentía sospechas de por qué lo mantenías. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Por razones sentimentales? Eso es. Tú harías una cosa así. Era

el tipo de lugar donde te encontrarías con la negrita de marras».

«¡Cállate, Madge!», le dijo rudamente. «Basta de esa clase de conversación. No quiero oír más».

III

Madge agarró el plato más cercano y se lo arrojó a Grover, quien lo esquivó a tiempo, y el plato se estrelló contra el muro. Micky Pete le acercó a Madge otro plato, pero esta ya estaba retirando su silla para levantarse.

«Míralo no más», dijo con su desdeñosa risita. «Míralo ahí sentado, sintiéndose triste por su suerte. De un momento a otro empezará a llorar. Es tan egoísta que pensó que tenía una personalidad tan avasalladora y un encanto masculino tan irresistible que ninguna mujer podría darle la espalda y abandonarlo como lo estoy haciendo. ¡Caramba! Cómo le hiere esto su orgullo. Él pensó que iba a pasarme la vida teniendo hijos para él —hijos blancos, para variar— mientras era un padre consagrado para el negrito y se dedicaba a criar sus *ponies* enanos. ¡Oh, cómo sufre, y como me alegra!».

Volviéndose a la otra mujer, Madge le tomó la mano y le dio un apretoncito.

«Vámonos, Micky Pete, querida», dijo con afectuosa sonrisa, inclinándose a ella y oprimiendo su mejilla contra la suya. «Apresurémonos y vámonos a casa. Recogeremos algunas de mis cosas arriba; me las quiero llevar con nosotras, y podremos irnos inmediatamente después. No quiero quedarme en esta horrible casa un minuto más de lo que tenga que quedarme. Y no volveré a verla jamás, tampoco, porque la venderemos para conseguir un montón de plata para nosotras».

Micky Pete hizo un comentario en un susurro a Madge, y luego, tomadas de la mano, dejaron la mesa y se dirigieron hacia el *hall*. Micky Pete no había hablado una palabra a Grover durante todo el tiempo que estuvo en el comedor pero justamente antes de pasar la puerta echó una mirada hacia atrás y lo miró con una golosa sonrisa de conquista. Lo último que Grover vio de ellas fue el vívido emblema rojo de sus trajes.

Entristecido y meditabundo, temblando con la primera sensación de soledad, Grover no se movió de su sitio en la mesa. Aún antes de que Madge dejara la casa él había empezado a sentir el agudo dolor de la separación y sabía que le tomaría mucho tiempo superarlo. Habiendo estado tan enamorado de Madge todos estos años aguardando pacientemente el día en que ella se quedara con él y tuviera finalmente el anhelo de tener hijos propios —para descubrir luego que ella vivía con una mujer como Micky Pete para satisfacerse— era algo que ahora le hacía sentir incapaz de volver a confiar en mujer alguna el resto de su vida. Se dio cuenta de que esto significaba que tendría que vivir de ahora en adelante solo. Pero un momento después sintió un hálito de felicidad. Quedaba Jeff, el hijo de Kathlee, su hijo, el hijo de ambos.

Sacudiendo la cabeza decididamente, se dijo que no iba a permitir que la amenaza de Madge de arruinarlo tuviera éxito. Firmemente resuelto entonces, tenía confianza en que Ben Dowd y todos los otros abogados que hicieran falta se encargarían de

conservarle cada pulgada y cada trozo de madera de la finca de modo que algún día pudiera ser heredada por su único hijo. De ahora en adelante tenía mucho por qué vivir.

Annie y Della, que sin duda habían estado escuchando todo detrás de la puerta de la cocina, entraron al comedor con los rostros sonrientes y radiantes. Mientras Annie recogía los trozos de porcelana del piso y Della retiraba el mantel empapado, ambas haciéndolo todo lentamente y cantando en voz baja alegremente, sabía que nunca tendría por qué explicar por qué Madge lo estaba dejando y nunca volvería a vivir allí.

Grover salió de la casa por una puerta lateral y bajó por el sendero pendiente a los establos sin volver a mirar una vez sola el convertible rojo que estaba aún estacionado en la carretera de entrada. Yendo directamente al establo de Governor, estaba ensillando el gran caballo bayo cuando Jim Whittaker se le acercó.

«Veo que llegaste sano y salvo, Grover. Me alegro de que todo haya resultado como resultó. Pero a decir verdad, yo andaba muy preocupado por un tiempo. No estaba muy seguro de que lográramos sacar al muchacho en la maleta del carro, pero me imaginé que era la mejor posibilidad que tenía y me alegro de veras que nada saliera mal. De todos modos, no me gustaría tener que arriesgarnos otra vez. He visto cosas muy feas en mis años, pero yo diría que esa parecía que iba a ser la peor de todas. Era un grupo de desgraciados lo que andaban detrás de Jeff. Y ahora que se pelearon entre ellos —lo cual fue una buena cosa— y uno de ellos resultó muerto —sobre lo que no haré comentarios— de todos modos, eso debería haberles enseñado una lección y haberlos dispersado de una vez por todas e impedirles que sigan asociándose así».

Acariciando la sedosa piel del cuello de Governor, Grover asintió con el rostro pero nada dijo. El caballo, inclinando la cabeza, le pasó el belfo por el pecho a Grover y pateó excitadamente varias veces el piso.

Grover estaba pensando sobre Madge y Micky Pete y tenía la esperanza de que Jim no hiciera comentarios sobre el hecho de que el convertible rojo estaba en la carretera de acceso. Quería esperar otra oportunidad para contarle lo que había sucedido en el comedor esa mañana.

«El único problema que nos queda es que el albergue haya sido incendiado», dijo Jim. «Lo echo de menos después de todos estos años cuando se había vuelto como una especie de punto de referencia personal que uno nunca quiere perder de vista y en cierto modo no puedo acostumbrarme a no verlo ahí y que sólo queden de él cenizas que volarán con el próximo viento fuerte que llegue. Hace un rato miré en la pradera donde antes estaba y te digo que me dio una tristeza horrible no verlo. Yo soy capaz de aceptar las cosas como vengan, pero esta no es una de esas. Me puse a pensar cómo los potrillos solían irse corriendo al albergue cuando se aproximaba una tormenta y cómo lo encontraban una buena excusa para aglomerarse ahí y apretujarse juguetones como si fueran niños aullando, jugando y escondiéndose debajo de la

cama para escapar del trueno y del rayo. Así pasaba con los potrillos y era algo lindo de ver».

Jim pateó a Governor en el anca y el gran caballo pateó el piso y sacudió la cola como si estuviera ansioso de salir del establo y empezar a galopar.

«Ese es un sentimiento que tengo de haber perdido el albergue, Grover. Otro es como tener una gran encina vieja en el patio delantero de la casa y cuando te has acostumbrado a verla por años despertarse una mañana y descubrir que una tormenta de viento se produjo en la noche mientras uno estaba dormido y la arrancó de cuajo y las hojitas verdes están ya casi marchitas y siente uno una ira de que ya no estará más frente a la casa para ofrecer sombra en los días de verano cuando el sol quema. Me imagino que no puedo dejar de ser un poco sentimental sobre ciertas cosas en esta vida, después de todo».

«Pero no será así, Jim».

«¿Qué quieres decir? El albergue ya no existe. Ya no está. Puedes ir a ver por ti mismo».

«Voy a ir hasta allá a caballo y echaré un buen vistazo y mientras estoy allá quiero que contrates inmediatamente unos carpinteros y mandes a buscar la madera que necesitamos. Vamos a construir ese albergue en el mismo sitio donde siempre estuvo y no perdamos tiempo».

Pasó un momento antes de que Jim pudiera decir nada.

«Grover, ¿hablas de veras en serio?», preguntó.

«Claro que sí».

Una ancha sonrisa le iluminó el rostro a Jim.

«Y yo estoy feliz de oírte decir que quieres hacer eso, Grover. Nunca parecería el mismo lugar sin el albergue. Y cuando uno tiene una razón personal especial como tengo yo...».

«¿Y qué razón es esa, Jim?».

«Bueno, yo nunca te la mencioné antes, porque es más personal que cualquier otra cosa, pero cuando yo era joven y trabajaba para tu papá...».

Se detuvo abruptamente, los ojos parpadeándole, y lentamente se pasó la palma de la mano sobre la curtida piel de las mejillas y la barbilla. Su expresión se iluminó entonces como si se hubiera limpiado docenas de años de la cara.

«Bueno, como decía, cuando era un muchacho, ese albergue era el sitio especial adonde yo llevaba a mi mujer para enamorarla todos los domingos por la tarde para poder persuadirla de que se casara conmigo. Cuando uno se vuelve viejo y piensa en algunas cosas de hace mucho tiempo, domingos por la tarde en el verano y esos briosos potrillos y el dulce olor picante del heno recién cortado en el albergue y los momentos de amor que ha estado uno ansiando tener toda la semana de modo que uno ya no puede esperar más...».

Grover se dio vuelta y miró a distancia.

«Sé lo que quieres decir, Jim».

«Grover, supongo que tú tienes el mismo tipo de sentimientos por las cosas que yo tengo».

«Los lleva uno muy adentro, ¿verdad, Jim?».

«Claro que sí, Grover. Claro que sí».



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.